L. PERU DE LACROIX

DIARIO DE BUCARAMANGA

DIARIO DE BUCARAMANGA

POR L. PERU DE LACROIX

Publicado por primera vez
con una
introducción y notas
por
CORNELIO HISPANO

SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS
:: LIBRERIA P. OLLENDORFF ::
50, Chaussée d'Antin, PARÍS

DIARIO
DE BUCARAMANGA

ó

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR

SIMÓN BOLÍVAR

OBRAS de CORNELIO HISPANO :

El jardín de las Hespérides.
Leyenda de oro.

En preparación :

Elegías caucanas.
Bolívar íntimo.

Es propiedad. — Derechos reservados.

Chartres. — Imprenta Ed. Garnier.

L. PERU DE LACROIX

DIARIO

DE

BUCARAMANGA

Ó

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR
SIMÓN BOLIVAR

Publicado por primera vez con una introducción y notas

POR

CORNELIO HISPANO

Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas
LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50
PARÍS

INTRODUCCIÓN

I

LUIS PERU DE LACROIX

Antes de hablar detenidamente del *Diario de Bucaramanga*, manuscrito sin cesar discutido en Venezuela y por primera vez publicado hoy completo, á lo menos en lo que de él nos queda auténtico, conviene que los lectores refresquen sus recuerdos acerca del autor de estas memorias históricas.

Luis Peru de Lacroix nació en Montelimart, en Francia, en 1780. Muy joven fué soldado, y de 1810 á 1812 sirvió á Napoleón, bajo las órdenes de Murat. Pasó luego á la campaña de Rusia, y antes de la batalla de Leipzig partió á

Inglaterra, en comisión reservada, para averiguar los planes de Luis XVIII. Por entonces tomó el aristocrático apellido de Lacroix, y en compañía de Saint-Colombe, otro comisionado, obtuvo, dándoselas de borbónico, del crédulo proscrito, algunos secretos é instrucciones para tratar con el duque de Wellington. Lacroix dió cuenta de su encargo á Napoleón, y como para entonces, 1814, se desmoronaba el Imperio, dejó á Francia por temor de los Borbones, quienes habían de conocerle, y pasó á las Indias Occidentales en donde se reunió con su compatriota Aury, quien lo nombró Mayor General y Secretatario privado. En 1816, Peru de Lacroix era un oficial incorporado al grupo de venezolanos y granadinos que las catástrofes políticas habían arrojado á las Antillas. Con su inmediato jefe, colaboró eficazmente en el intento de perturbar la expedición de Bolívar en los Cayos de San Luis, en Haití. Muerto Aury, Lacroix indujo á Courtois, su sucesor en el mando de la expedición, á desembarcar en Cartagena y tomar parte en la revolución de Colombia. En 1823, la flotilla de Courtois se incorporó á la marina nacional de Colombia. Para fines de aquel año, Lacroix servía

en el Estado Mayor del Ejército Libertador y allí obtuvo el grado de general de brigada. En 1828 acompañó al Libertador durante su permanencia en Bucaramanga hasta la disolución de la gran Convención de Ocaña. En 1830 Lacroix cayó con el partido boliviano, al cual pertenecía, y fué deportado, con otros colombianos notables, á las Antillas. En 1835 se encontraba en Venezuela cuando estalló la revolución de « Reformas » del 8 de julio.

Lacroix se unió en aquel escándalo á Pedro Carujo, el mismo Carujo de la nefanda noche septembrina en que atentó contra la vida del Libertador, y el mismo que dirigió á la Asamblea Constituyente de Venezuela, el 3 de marzo de 1830, una manifestación con estas palabras : « El pueblo de Soacha pudo haber sido en 1828 la escena feliz donde Bolívar expiase sus crímenes y se fijara la época de restauración nacional; pero por otro evento funesto hubo quien detuviese nuestro brazo en aquella ocasión favorable, y ese hombre (Santander), á quien el tirano debe hoy la existencia, vaga por el antiguo Continente como víctima de los efectos que él mismo hizo producir de una manera negativa ». Fué en auqella

ocasión cuando el doctor Miguel Peña propuso que no se considerara la representación de « ese hombre, cuyo nombre no pronuncio por temor de equivocarme... »

Expulsados de Venezuela en 1836 varios reformistas, Lacroix, que se contaba entre ellos, se encaminó á su patria nativa, y allí consumó su antiguo designio. Un día de enero, del año de 1837, los periódicos de París anunciaron el suicidio de Luis Peru de Lacroix.

II

TESTAMENTO DE PERU DE LACROIX

Al ilustrado bibliófilo caraqueño y excelente amigo, don Manuel Segundo Sánchez, debo una copia auténtica del testamento de Peru de Lacroix, y otros datos interesantísimos acerca de su vida, sus obras y, especialmente, sobre el *Diario de Bucaramanga.*

He aquí algunas noticias relativas al suicidio del prócer colombiano, tomadas de los diarios de París de aquella época : « Anteayer, el dueño de la posada de la calle de Baune, subió, según costumbre, á la pieza ocupada por el señor Peru de Lacroix, general colombiano, y uno de sus locatarios, para pedir sus órdenes. Al entrar vió el cuerpo del general en un rincón de la pieza con la cabeza ensangrentada. El posadero avisó inmediatamente á Mr. Barlet, comisario de poli-

cía, quien llegó y bien pronto reconoció que no podía haber duda respecto del suicidio. Una carta colocada sobre un mueble tenía esta inscripción : « Á la autoridad encargada de tomar razón de los fallecimientos ». En esta carta, el general hace saber que tiene cincuenta y siete años, que nació en Montelimart, que fué desterrado de Colombia, que está en la más completa miseria y que prefiere la muerte á tener que mendigar ».

En otra carta dirigida á los « *Sres. Administradores y Editores de* « *El Siglo* », se lee lo siguiente:

« Si más allá de la vida puede haber un sentimiento, yo llevaré el reconocimiento hacia ustedes porque voy con la esperanza de que me harán revivir en este mundo por mis escritos. Estos son, señores, los últimos adioses del que deja la memoria de su vida en sus manos.

L. Peru de Lacroix. »

He aquí el testamento :

« *Motivos de mi suicidio y mis últimas disposiciones.*

« Cincuenta y siete años, una nueva caída política, separado de mi mujer y de mis hijos hace seis

años, sin esperanza de reunirme á ellos, sin fortuna, sin estado, la realidad de la miseria ya presente, y la perspectiva de sus inseparables compañeras, la humillación y la ignonimia, son los motivos que me determinan á abreviar mis días, convencido, por otra parte, de que hay más valor en darse la muerte que en dejarse degradar *et prendre à la gorge* por la horrible miseria, que en dejarse arrastrar por ella hasta el lodo, y que en vivir, en fin, bajo su cruel y permanente tiranía... Mis Memorias, que quedan manuscritas, explican la última parte de mi vida. Estas Memorias forman dos volúmenes bajo el título de : *Mis veintidós años de Nuevo Mundo, mi juventud en Europa y mi suicidio en París.* Entre mis papeles se encontrarán también algunos manuscritos en español, á saber : *Colombia desde su creación hasta su destrucción,* ó *resumen histórico de las revoluciones políticas que más han contribuído á la destrucción de esta República,* 2 volúmenes. *Memorias de Pacheco, portero vitalicio del Gobierno de Bogotá,* 1 volumen, no concluído. *Almanaque histórico y político,* no concluído, seguido de efemérides colombianas. En borradores, 16 fragmentos políticos é históricos bajo diversos

títulos. *Diario de Bucaramanga, ó vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, 1 grueso volumen. Todos estos manucristos, con excepción del último, se encontrarán entre mis papeles. El *Diario de Bucaramanga*, que considero ser la obra más interesante porque contiene la vida pública y privada de un grande hombre, de un bienhechor de la humanidad, está depositado en manos de mi digno y respetable amigo el marqués Francisco Rodríguez del Toro, general de división de la República de Venezuela, residente en Caracas. Este amigo debía poner la obra en manos del cónsul francés, residente en Caracas, para que éste me la dirigiera á París, bajo cubierta del ministro de Relaciones Exteriores. No sé que haya llegado.

«Si mi situación hubiese sido otra en Francia, yo habría corregido todos estos manuscritos y, con la ayuda de un editor instruído, los habría publicado. Puesto que no lo puedo hacer, otro lo hará, tal vez, y con esta esperanza y con esta intención dejo el presente legado de todos los dichos manuscritos, incluso el *Diario de Bucaramanga*, á los señores Administradores de *El Siglo*, para que ellos sean los editores y los hagan

publicar á su beneficio en el idioma que gusten, con la única condición de que un ejemplar de cada obra sea dirigido por ellos á cada una de las personas siguientes: Mr. Eusebio Peru, en Montelimart; general de división Francisco R. del Toro, en Caracas; don Vicente Ibarra, en Caracas, para su hermano, el general Ibarra, y á la señora viuda Peru de Lacroix, Dolores Mutis, en Bogotá (1).

« Hago, además, este escrito para que nadie pueda ser acusado de mi muerte, y para que ella no sea atribuída á un acto de demencia de mi parte, sino á la fría y juiciosa razón, único móvil de mi voluntad y de mi mano.

« Mi sepultura me inquieta poco: sin embargo, si mi voluntad pudiese valer algo, yo pediría el entierro de un simple soldado, que fué mi primer grado militar en Francia.

« Hecho y firmado de mi mano, debiendo llevar la fecha del día de mi muerte. París, á... de 1837.

L. Peru de Lacroix. »

(1) El doctor don Carlos A. Villanueva, autor de la famosa obra sobre *La monarquía en América*, me comunica que personalmente ha hecho averiguaciones en las oficinas de *Le Siècle*, y que no ha logrado saber nada acerca de los manuscritos que á aquel diario legó Peru de Lacroix. Lo probable es que, no advirtiendo su valor, los hayan destruído.

III

LOS MANUSCRITOS DEL « DIARIO DE BUCARAMANGA »

En el año de 1828 acompañaba Luis Peru de Lacroix, como empleado de Estado Mayor á Bolívar durante la permanencia de éste en Bucaramanga, cuando la Convención de Ocaña. Peru de Lacroix, llevaba diario ó apuntes de todos los episodios del servicio oficial, y muy especialmente de la vida privada del Libertador. En 1835, Peru de Lacroix, entonces en Caracas, en casa del marqués del Toro, se ocupó en corregir sus manuscritos, bautizados con el nombre de *Diario de Bucaramanga*, manuscritos que desde aquel tiempo han andado en Caracas de mano en mano, hasta perderse las huellas de los originales escritos de puño y letra del autor.

En 1869 el señor Fernando Bolívar obtuvo una copia del manuscrito, y, prohijando á su arbitrio unas partes y suprimiendo otras, publicó una parte en París con este título : *Efemérides colombianas sobre Venezuela, Colombia, Ecuador, que formaron en un tiempo una sola República.* París. Imprenta de Walder, 1869. Este libro consta de 139 páginas, se abre con un prólogo suscrito por *Unos colombianos*, y contiene la parte del *Diario* de Lacroix comprendida del 2 de mayo de 1828 al 25 del mismo mes y año.

Más tarde, el *Diario de Caracas* publicó otra parte del *Diario de Bucaramanga*, y entonces fué cuando el señor Ramón Azpurúa protestó, en Curazao, en carta dirigida al *Diario*, el 14 de noviembre de 1870, contra la publicación de tales manuscritos. El señor Azpurúa dice en su carta que él posee el original del *Diario de Bucaramanga*, autógrafo del general Lacroix; que él ha facilitado su lectura á varias personas que se han permitido tomar copias adulterando los originales; por último, que hay quienes duden de la veracidad del relato de Lacroix y consideren que el *Diario* no fué escrito en Bucaramanga en

1828, sino en Caracas, y con fines políticos, en 1835 (1).

Otra de las razones alegadas por el señor Azpurúa en contra de la veracidad del *Diario* de Lacroix, es la siguiente :

« La manera tan injusta y cruel con que en Bogotá se trató al general Lacroix y á sus compañeros de partido y de infortunio en 1830, mantenía en su ánimo mala voluntad hacia los granadinos, y por eso escribía en la página 408 de su *Diario*, como dicho por Bolívar, esto :» (Copia el párrafo que se verá después, del cual aparece que el sacrificio de Ricaurte fué leyenda inventada por Bolívar.)

Veamos ahora qué queda del *Diario de Bucaramanga* y cómo lo juzgan los modernos historiadores de Venezuela.

He dicho que los originales del *Diario* estuvieron en poder del señor Azpurúa, y agrego aquí que él, en 1871, ofreció depositarlos en la Biblioteca Nacional de Venezuela; mas es lo cierto que hoy se ignora el paradero de tales

(1) Véase la citada carta de Azpurúa, y los comentarios que la acompañan, en el tomo IV, página 27, de las *Biografías* del mismo autor.

manuscritos, bien que todos se inclinan á creer que están en poder de la sucesión Azpurúa. Afortunadamente, aparte de las *Efemérides* publicadas en París en 1869, de que ya hice mención, existe una copia ó códice, que tuve á la mano para este estudio, y que me facilitó en Caracas el venerable y erudito académico venezolano, don Pedro Arismendi Brito.

Consta este manuscrito — perteneciente en la actualidad á la Academia de Historia de Venezuela — de dos cuadernos solamente, marcados con las denominaciones de *Tomo 2.º* y *Tomo 3.º*, los cuales comprenden las páginas 167-323 y 323 *bis*-467, respectivamente. Las fechas son, en el tomo segundo, del 2 al 25 de mayo (igual á la parte del *Diario* publicada en París), y, en el tercero, del 26 de mayo al 26 de junio. En la portada del primero de estos cuadernos se lee esta nota : « Literalmente copiado del original que escribió el general, entonces coronel, Luis Peru de Lacroix. Debe tenerse en cuenta que el escritor era francés ». Al fin del segundo cuaderno aparece esta otra nota : « Lo que precede es copia del original, fiel y literalmente sacada y terminada en Caracas, hoy viernes, 22 de mayo de

1863. » Esta data de antigüedad de la copia puede comprobarse con el papel empleado para ella, que es el español llamado de orilla, plegado en cuartillas, cuyas dobles fechas varían de 1856 á 1863. En el tomo segundo faltan cuatro fojas, desde la página 295 hasta la 302, y en su lugar hay una hoja en blanco. El texto abunda en galicismos, cuidadosamente conservados por el copista.

Existe igualmente otro manuscrito precioso, de puño y letra de Lacroix, perteneciente á don Manuel Segundo Sánchez. Este manuscrito es el *Índice del Diario de Bucaramanga*, cuya simple lectura aclara dudas y da idea precisa del interesantísimo contenido del libro. El *Índice* es un cuadernillo de 16 páginas que contiene el sumario de cada uno de los días á que se refiere el *Diario*. Principia el 1.º de abril de 1828 y termina el 29 de mayo del mismo año. Pero como el general Lacroix, á pesar de que el Libertador se ausentó de Bucaramanga para Bogotá el 9 de junio, prolongó su *Diario* hasta el 26 de ese mes, faltan al *Índice* las páginas correspondientes á los días comprendidos entre el 30 de mayo y el 26 de junio del año citado.

En una palabra, y para sintetizar los datos anteriores: al *Diario* publicado en París en 1869, le falta, para ser completo, la relación comprendida entre el 1.º de abril de 1828 y el 1.º de mayo, y del 26 de mayo al 26 de junio. Al manuscrito, el más completo que se conoce, le falta, sin embargo, toda la primera parte comprendida entre el 1.º de abril y el 1.º de mayo de 1828, y al *Índice* del señor Sánchez faltan las páginas correspondientes á los días comprendidos entre el 30 de mayo y el 26 de junio de 1828.

Para conservar intacta la historia de estos manuscritos y del proceso que he seguido en mis investigaciones, he dejado para este lugar decir que antes de mi salida de Caracas aparecieron entre los papeles de la sucesión Azpurúa los originales, de puño y letra de Lacroix, del *Diario de Bucaramanga*. Las copias existentes en la Academia de la Historia, de las cuales tomé la copia que hoy publico, son absolutamente fieles á los originales. De suerte que el *Diario* que va á leerse es el que escribió Peru de Lacroix, excepción hecha del primer cuaderno cuyo paradero se ignora, aunque hay quienes suponen que existe en Valencia (Venezuela).

Conviene también recordar al lector que Peru de Lacroix era francés, y que, si bien había vivido largos años en Colombia, su conocimiento del castellano no era perfecto. De ahí sus incorrecciones gramaticales, y, á veces, la poca habilidad en las expresiones. Al revisar, pues, las pruebas de imprenta, me he permitido corregir algunos galicismos insufribles que, sin utilidad alguna, afearían el *Diario de Bucaramanga*.

IV

JUICIOS DE LOS HISTORIADORES

Parece agotada la discusión sobre la autenticidad de esta obra póstuma del general Peru de Lacroix. El juicio de don Ramón Azpurúa acerca de estos manuscritos cede hoy ante las reflexiones serenas de Gil Fortoul, Eloy G. González y Lisandro Alvarado. « Es incuestionable, dice el primero, que Lacroix se hallaba con Bolívar en Bucaramanga en 1828, y, por otra parte, casi todas las confesiones que le atribuye se conforman exactamente con las ideas y procedimientos del mismo Bolívar, y con los sucesos contemporáneos. De suerte que ha de considerarse siempre dicho *Diario* como un documento histórico de grande importancia » (1). « El *Diario de*

(1) *Historia Constitucional de Venezuela*. Tomo I, pág. 265.

Bucaramanga, dice González, es un admirable é intenso registro de la naturaleza íntima del Libertador, cuyo denso valor psicológico será inapreciable para la investigación y para la crítica históricas, las cuales con este indicador, podrán acercarse más íntimamente á la estructura de nuestro subsuelo histórico » (1). « Hemos querido fundar, para nuestro uso, dice Alvarado, (una de las más altas inteligencias de Venezuela) héroes y semidioses cuidadosamente rodeamos de gloria é infalibilidad, de arte y poesía, de amor y de retórica, de mentiras y falso brillo. Una circunstancia humana, un pecadillo ó varios, un error de que nos sentimos capaces, algo que nos acerque á esas creaciones del patriotismo, es á nuestros ojos casi una calumnia... Lacroix se suicida en 1837 y Bolívar muere dos años después de la Convención de Ocaña, ya definitivamente envenenado con la hipócrita y ruín ambición de Páez. No es extraño, pues, que usase de una brutal franqueza para expresar sus impresiones y calificar á los actores de la tragedia política que se dió en llamar federación » (2).

(1) *El Cojo Ilustrado*. Núm. 440.
(2) *Sagitario*. Núm. 1.

La suposición, apenas insinuada por Azpurúa, de que el *Diario* no fue escrito en Bucaramanga en 1828, sino en Caracas en 1835, es tan absurda que no considero necesario detenerme á refutarla. Al discreto lector, avezado á esta clase de estudios, y conocedor de la historia de Colombia, le basta recorrer estas páginas para juzgar si ellas, con su exactitud histórica y su sabor provincial, pudieron ser inventadas siete años después. Sin duda, al corregir los apuntamientos, Lacroix aprovechó la ocasión para vengarse de sus enemigos, y nótese que esos injustos juicios de Bolívar contra los granadinos, constituyen el principal argumento de Azpurúa, venezolano, contra el *Diario de Bucaramanga*.

V

CONCLUSIÓN

Por mi parte, después de leer estos manuscritos, declaro que excepción hecha de ciertos juicios, que no le pertenecen, no he encontrado nada en ellos indigno de Bolívar. Sus palabras coléricas, á veces, anecdóticas, irónicas, filosóficas, nunca triviales, las considero fiel trasunto de las que él pronunció, no sólo en estas circunstancias de su vida, sino en otras muy distintas. Basta leer á O'Leary, que para mí es el cuarto evangelista de nuestros biógrafos de Bolívar, para observar la similitud del perfil trazado por el confidente inglés con el delineado por el confidente francés. Los terribles juicios sobre López, Obando, Santander, Páez, Zea, Hurtado, Restrepo, Soublette, Salom, O'Leary, sin duda salieron, en momentos de ira, de los

labios del Libertador, y el mismo Peru de Lacroix nos proporciona medios de explicárnoslos. Ya elogie, ya censure, dice Lacroix, ya admire ó desprecie, siempre los juicios del Libertador son exagerados. Y en otra parte observa que S. E. cambiaba totalmente cuando estaba en la intimidad de sus amigos : entonces era « el más alegre y hasta el más loco ». Su imaginación se desbordaba y su lengua, sin freno, echaba afuera el rescoldo de sus rencores. Todos los cronistas nos hablan de aquellos ímpetus, tan propios de su fogosidad y de su genio. Un día se trataba de escoger un jefe para una expedición libertadora; alguien indica á Santander, y Bolívar contesta muy naturalmente : « Santander no; Santander es hombre de leyes ». En esta vez Bolívar sacrificó á la ironía la diplomacia. En otra ocasión la cólera le hace olvidar la magnanimidad : unas señoras se arrojan á sus pies, bañadas en llanto, para pedirle la cabeza de su padre, de su esposo, de su hijo, y el Libertador llama á sus guardias y les dice enfurecido : « ¡ Saquen de aquí á estas mujeres ! » Es el mismo estilo del *Diario de Bucaramanga*, ¿por qué, pues, no le hemos de dar entero crédito?

Hay que estudiar también el ambiente, que tanto preocupaba al historiador de los *Orígenes de la Francia contemporánea.* Á pocas jornadas del lugar donde se escribía el *Diario* rugía la tormenta de las más agresivas pasiones políticas. Las noticias que diariamente llegaban de Ocaña exacerbaban el espíritu del Libertador; aquel cuerpo endeble vibraba como á una influencia eléctrica. « S. E., dice Lacroix, cambia de postura á cada instante, cualquiera que lo viera sin conocerlo creería que está loco. » Y entonces era cuando se desquitaba vertiendo hiel sobre sus enemigos. Eran días de discordia, de odio, de confusión que anunciaban el desastre final. Bolívar, en los paseos vespertinos, se alejaba de sus compañeros, y éstos no lo perdían de vista, rodeaban su persona á distancia, observaban los caminos. Bolívar comprendía estas precauciones y adivinaba la causa de aquellos celos. El día 6 de mayo recibe una carta de O'Leary en que le comunica, de Ocaña, que un oficial del ejército debía partir de aquella ciudad á la de Bucaramanga, para asesinarlo. El hombre que había libertado pueblos y fundado Repúblicas, el que acababa de trazar con su espada flamí-

gera una epopeya homérica, común á cinco naciones, sentía que hasta su sagrada persona corría peligro.

El *Diario de Bucaramanga* viene, después de ochenta años en que los historiadores sólo nos han hablado de Bolívar guerrero, de Bolívar hombre de Estado, de Bolívar legislador, de Bolívar filósofo, á decirnos cómo era Bolívar, hombre, en la intimidad de sus amigos, cómo hablaba cuando su auditorio lo componían dos ó tres personas adictas á su persona, obedientes á sus caprichos y tolerantes con sus pasiones. Y he aquí, para los admiradores de aquel hombre extraordinario, el oro obrizo de este libro.

Se ha dicho, con razón, que se requiere ser muy grande héroe para aparecerlo aun á sus camareros, ¡y con qué porte de dignidad y de decoro, con qué magnánimo gesto no cruza por estas páginas la silueta desnuda de Bolívar! Y tan desnuda que el mismo autor nos dice en la última página : « Si el general Bolívar viera mi *Diario*, así como Napoleón veía el que redactaba el conde de Las Casas, cuántas cosas borraría, cuántas corregiría y cuántas añadiría; cuán sor-

prendido y arrepentido se sentiría de haber dicho tales ó cuales verdades que, sin su voluntad, han sido recogidas, y, sin ella también, van á ocupar al público y á hacerse propiedad de la historia y herencia de la posteridad. Si lo viera impreso, cuál sería su sorpresa y su pesar de haber sido cogido *in fraganti;* de verse presentado á la América, al mundo entero, sin velo ninguno, y enteramente desnudo; de ver sus opiniones públicas y privadas, su conducta exterior é interior, sus proyectos, sus ideas, sus palabras, y hasta sus extravíos y locuras, en posesión del público, y correr los dos hemisferios».

Sus paliques con sus compañeros parecen, á veces, como esbozos de ideas fundidas en estupendos discursos y mensajes que aclamaron los parlamentos; ni una contradicción, ni un error, ni un olvido, y páginas hay de tal intensidad y de tal verdad que uno cree que algo faltaría á la figura de Bolívar si se hubieran perdido. En dos preciosos pasajes nos hace comprender, mejor que doscientos volúmenes de historia patria, el secreto de sus éxitos y de su fortuna, que fué ésta gran virtud de hierro : la Voluntad : « Aquella

voluntad poderosa que nada podía detener; siempre adelante, nunca atrás: tal era mi máxima, y, quizá á ella debo mis triunfos y lo que he hecho de extraordinario. »

Un día nos refiere dónde se prendió en su corazón aquel fuego sagrado que lo alimentó durante veinte años, y lo llevó á coronar una de las campañas más prodigiosas que hayan visto los hombres. Napoleón, dice Taine, conquistó ó recorrió setenta mil leguas cuadradas. ¡Bolívar libertó ó recorrió un millón quinientas mil!

Otro día hace el elogio del vino ó habla de su pasión por el baile y por el baño en los ríos profundos; más tarde discurre sobre los filósofos griegos, sobre la república romana, sobre Julio César, ó encumbra á Napoleón y á Voltaire; recostado en su hamaca, filosofa sobre el alma humana, los pronósticos, la inmortalidad, y dialoga sobre el arte de la guerra, el arte de la política, el arte del amor; otras veces, paseándose á caballo, traza los perfiles de sus tenientes, los retratos de sus amigos, ó recuerda sus viajes, su juventud opulenta y disipada; en la mesa, describe sus sangrientas campañas, su entrevista con Morillo; un día lee la *Odisea*, otro día lee

á Rousseau; una tarde refiere á sus edecanes, como Otelo á Desdémona, las aventuras de su vida : el puñal que erró el golpe en Jamaica, la sorpresa nocturna del *Rincón de los toros* : « Todos nos pusimos alrededor del Libertador, sentados á la sombra de unos grandes árboles; nuestros perros hacían la guardia, situados cerca de nosotros, y nuestros asistentes estaban, á cierta distancia, contando igualmente sus cuentos. El Libertador principió así : » ¡ Es sorprendente que un libro que contiene tales páginas haya permanecido inédito durante ochenta años !

El visitante, adorador de la belleza antigua, que recorre el Louvre, se detiene siempre en la más rica de todas : la *Sala de Fidias*. Nada hay allí completo : estatuas rotas, torsos destrozados, pedazos de frisos del Partenón, metopas mutiladas, estelas truncas, inscripciones desaparecidas. Ante aquellos despojos preciosos el ensueño hace su obra y trabaja por reconstruir lo que no respetó el tiempo. Y he ahí el secreto encanto de la *Sala de Fidias*. Este libro ha sido también destrozado y mutilado por el tiempo y los rencores, y ello le presta un raro mérito que

apreciarán los espíritus selectos al tratar de restaurar lo que manos impías no perdonaron. Este libro nos hace pensar, á veces, que de Bolívar, como de Fidias y de Sócrates, quizá también habrían bastado á la posteridad sólo algunos fragmentos de frisos, sólo algunos diálogos íntimos conservados en la memoria de sus amigos.

Queda algo, sin embargo, por esclarecer, y sobre lo cual creo que no puede haber duda. ¿Pronunció Bolívar aquellas palabras sobre Girardot y Ricaurte que Lacroix le atribuye? Yo respondo : ¡ No ! porque si las pronunció, ellas amenguarían tanto la gloria de Girardot y Ricaurte como la de Bolívar, quien en otras ocasiones elogió desinteresadamente, con ardientes expresiones, el sacrificio de los héroes granadinos; porque sacando argumentos del mismo *Diario de Bucaramanga :* « Bolívar amaba la verdad », bella frase con la cual Luis Peru, sin darse cuenta, borró los infelices pasajes inspirados por su odio á Colombia, y porque José Félix Blanco y José de Austria, próceres venezolanos de venerable memoria, y el gallardo soldado de Napoleón y de Bolívar, Manuel Boer-

gas de Serviez, presenciaron el heroísmo de los granadinos, y de su puño y letra lo trasmitieron á la posteridad.

« Bolívar amaba la verdad. » Con esta frase del autor abro el presente libro como su mejor recomendación y como agua lustral que purifique las escorias que en estas páginas dejaron las pasiones de los hombres.

CORNELIO HISPANO.

París, marzo 12 de 1912.

DIARIO DE BUCARAMANGA

ó

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR

SIMÓN BOLÍVAR

DIARIO DE BUCARAMANGA

AÑO DE 1828

SEGUNDA PARTE

Día 2 de mayo.

Hoy salió para Ocaña el comandante Herrera, despachado por el Libertador, y debe estar de vuelta el 11 ó el 12. Su Excelencia se lo ha encargado así, y ha dicho que cumplirá exactamente, si no lo detienen en Ocaña.

El Libertador desde ayer difundió la noticia de que su viaje sería para Venezuela, y de que marchará con lentitud, deteniéndose algunos días en Cúcuta. También ha dado á entender S. E. que el motivo de su movimiento proviene de

que ninguna esperanza le queda de que pueda salir algo bueno de la Convención, sino males, contra los cuales es ya tiempo de prepararse. Esta mañana decía que la mayor parte de los diputados, que se dicen sus amigos, se han manejado con una *prudencia* parecida al más completo *egoísmo*, y que lejos de ser útiles eran más bien perjudiciales; que sólo unos pocos habían sostenido el choque del partido desorganizador, con dignidad y firmeza, pero que no habían sido sostenidos por los demás. Que los adversarios desplegaban una audacia excesiva, y se valían de todos los medios que la intriga puede imaginar, unida á la artería y á la perfidia. S. E. estaba afectado y abatido. «Mis amigos, decía el Libertador, han obrado con poco tino y con menos política. Vieron que había un partido santanderista y por esto han querido oponerle un partido boliviano, sin calcular, ó sin estar seguros de formarlo más numeroso que el otro; pensaron engrosarlo con los del partido neutral, en lugar de estar todos ellos en aquel, sin hablar de partido. Esta es la marcha que habrían debido seguir. No lo han hecho, ó por un falso amor propio ó por un mal cálculo, ó porque la idea no les

ha venido; pero los hombres que dicen conocer la política, que se dicen hombres de Estado, deben preverlo todo, deben saber obrar como tales, y probar con resultados que efectivamente lo son, tales como se creen. Mezclados con los neutrales, no habría habido entonces partidos en la Convención, sino una fracción que se habría hecho despreciable y hubiera sido impotente. En fin, ya es tarde; no es tiempo ya; la falta está hecha, y el mal es irremediable. Lo que temo es, que aquella falta atraiga otra y otra como suele suceder.»

— Pero, señor, me atreví á decir al Libertador, ¿por qué V. E. no insinuó aquella alta y sabia idea á sus amigos? — «Porque no he querido, contestando con viveza y con fuego, influir en nada en los negocios de la Convención: sólo he deseado saber lo que pasaba en ella, sin dar consejos particulares: mi mensaje y nada más; de manera que el bien que salga de ella sea todo suyo, como igualmente el mal. Mis enemigos podrán decir que me he metido en algunas intrigas, pero nadie podrá probarlo, ni tampoco ningún documento público ó privado; esta es una satisfacción para mí: al fin de mi vida pública, no quiero mancharla.»

Estaba aun hablando con el Libertador cuando me anunciaron que un señor Molina quería verme. Salí al corredor, y dicho señor me entregó dos cartas de mi suegro, el diputado Facundo Mutis, de fecha 15 y 28 del mes anterior, y Molina había salido el 29 de Ocaña. Como me estaba recomendado, le envié á casa para que me aguardase allí; volví cerca del Libertador, y di á S. E. las cartas para que las abriese y las leyese; me las devolvió para que las viese yo mismo. La del 25 nada decía de nuevo; mas la del 28 me informaba que aquel mismo día se había votado sobre la forma de gobierno y que la Convención había decretado el sistema central, con una mayoría de las dos terceras partes de sus miembros, y que él (Mutis) había sido uno de los de dicha mayoría. La noticia causó mucho placer al Libertador, quien me dijo mandara á buscar al señor Molina para hablar con él. Al llegar éste, S. E. le preguntó si traía cartas para él, á lo que contestó que no; le hizo en seguida varias preguntas sobre aquella resolución del 28 y sobre otros puntos, á que Molina no pudo satisfacer por estar poco impuesto de los negocios de la Convención. El Libertador extrañó que sus ami-

gos no le hubiesen enviado un posta para informarle de aquella noticia, bien importante.

Algunos de los señores de la casa del Libertodor dieron un baile, al que S. E. no quiso concurrir, aunque estaba de muy buen humor. Como á las diez salí del baile, y fuí á ver si el Libertador se había acostado. Le hallé en su hamaca, y me preguntó si el baile estaba bueno; contestéle que había muchas señoras y mucha alegría. « Estaba persuadido de lo uno y de lo otro. En esta villa nadie falta al baile; y no estando yo allí, debe haber una alegría ruidosa. Vea usted: la noticia que le ha dado su suegro es exactamente tal como la había pensado, es decir, que en aquella cuestión los neutrales y los del señor Castillo se unirían contra los de Santander; pero que en las otras, los dos últimos se unirían contra el primero. Es no tener vista el no haberlo calculado así. » Quería retirarme, pero me dijo S. E. que todavía no tenía sueño. Me contó que había sido muy aficionado al baile, pero que aquella pasión se había totalmente apagado en él; que siempre había preferido el vals; y que hasta locuras había hecho, bailando de seguido horas enteras, cuando tenía una buena pareja. Que en

tiempo de sus campañas, cuando su cuartel general se hallaba en una ciudad, villa ó pueblo, siempre se bailaba casi todas las noches y que su gusto era hacer un vals, ir á dictar algunas órdenes ú oficios, y volver á bailar y á trabajar; que sus ideas entonces eran más claras, más fuertes, y su estilo más elocuente; en fin, que el baile lo inspiraba y excitaba su imaginación. « Hay hombres, me dijo, que necesitan estar solos y bien retirados de todo ruido para poder pensar y meditar; yo pensaba, reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido y de las balas. Sí, continuó, me hallaba solo en medio de mucha gente, porque me hallaba con mis ideas y sin distracción. Esto es lo mismo que dictar varias cartas á un mismo tiempo, y también he tenido esa originalidad. »

« Dígame usted, continuó el Libertador, creo que Napoleón se quejaba mucho de no haber sido ayudado por los de su familia á quienes había colocado sobre varios tronos de Europa. » — Sí, señor, particularmente de su hermano Luis, rey de Holanda, y de Murat, rey de Nápoles. — « Yo no he colocado, dijo, casi ningún pariente en los altos destinos de la República; pero vea usted

cómo he sido ayudado también por los que los han desempeñado. Vea usted la conducta de Santander en Bogotá, durante mi ausencia; la de Páez en Venezuela; la de Bermúdez en Maturín; la de Arismendi en Caracas; la de Mariño entonces y en todos los tiempos; la de Padilla en Cartagena, y se convencerá usted que todos ellos, ocupando los primeros destinos de Colombia, han contrariado mi marcha, han impedido la organización del país, han sembrado la discordia fomentando partidos, perdido la moral pública é insubordinado el ejército. Ellos, pues, con ciertos grados de diferencia, son los únicos autores de los males de la patria, de la disolución de que está amenazada la República y de la desastrosa anarquía que se está preparando. Si por lo contrario, todos ellos, y los movidos por sus influencias, hubieran caminado en unión conmigo, de acuerdo y de buena fe, la República, su gobierno y sus instituciones, estarían sentados sobre una roca, y nada podría, no digo derribarlos, ni siquiera hacerlos bambolear. Los pueblos serían libres y felices, porque con la tranquilidad interior y la confianza, todo habría progresado, hasta la ilustración, y con ella el liberalismo y la ver-

dadera libertad. Napoleón, pues, mi amigo, no es el solo que haya tenido que quejarse de aquellos á quienes había dado su confianza. Yo, así como él, no he podido hacerlo todo solo, lo que organizaba lo desbarataban otros; lo que componía, otros volvían á descomponerlo; y, créalo usted, no había medios para impedirlo. Si acaso pensaba en hacer un cambio, al momento se me presentaba la certidumbre de que el remedio sería peor que el mal. Tal ha sido y es mi situación. No se me acusará de haber elevado y puesto en los altos destinos del Estado á individuos de mi familia, al contrario, se me puede reprochar el haber sido injusto para con algunos de ellos, que seguían la carrera militar. Por ejemplo, mi primer edecán, Diego Ibarra, que me acompaña desde el año de 1813, ¡ cuántos años ha quedado de capitán, de teniente coronel y de coronel ! Si no hubiera sido mi pariente, estuviera ahora de general en jefe como otros que quizás han hecho menos que él; hubiera entonces premiado sus largos servicios, su valor, su constancia á toda prueba, su fidelidad y patriotismo, su consagración tan decidida, y hasta la estrecha amistad y la alta estimación que siempre he tenido por él :

pero era mi pariente, mi amigo, estaba á mi lado, y estas circunstancias son causa de que no tenga uno de los primeros empleos en el ejército. Mi sobrino, Anacleto Clemente, se ha quedado en el grado de teniente coronel. Mas ya es tarde y tiempo de ir á dormir á menos que prefiera usted volver al baile.» — No, señor, iré á dormir, contesté; y pensando en todo lo que me había dicho dejé á S. E. y llegado á mi casa lo anoté como acabo de referirlo.

Día 3.

Esta mañana, temprano, todos los de la casa del Libertador hemos recibido un nuevo impreso político del doctor Valenzuela, igual á los anteriores, es decir, poco importante. En el almuerzo S. E. hablando sobre él, dijo : « Pobre político que tiene la debilidad de creerse un segundo Abate de Pradt, capricho que nadie le quitará al cura de Bucaramanga, y el de suponerse en política y en materias de Estado tan sabio como el arzobispo de Malinas.» — Señor, le dije al Libertador, Napoleón llamó á de Pradt *radoteur* (1)

(1) Chocho, delirante, chiflado.

y, sin embargo, lo reputaba por buen negociador, como hombre de un gran talento, de extensas luces y buen historiador y crítico. — « Entonces, dijo el Libertador, tenía razón. Aunque se ha equivocado en algunas de sus predicciones, será siempre un sabio, un gran escritor ». Concluyó el almuerzo, el Libertador quedó solo, y todos se fueron á sus ocupaciones. En la comida no hubo nada notable.

Día 4.

Á las siete de la mañana llegó un extraordinario de Ocaña; salió de dicha ciudad el 29 del próximo pasado por la tarde, traía multitud de cartas para el Libertador, y, con ellas, la noticia comunicada por mi suegro, y recibida el día 2. S. E. me leyó la del señor Castillo que, con énfasis, dice : Que el ejército de la unidad é integridad nacional ha ganado una gran victoria sobre el ejército contrario; que la fuerza moral de este último se ha debilitado mucho; y concluye aconsejando á S. E. no moverse todavía de Bucaramanga. « El señor Castillo, dijo el Libertador, está en las suyas; no sé cuándo se desen-

gañará y querrá ver las cosas como son, y no como se las está imaginando. Seguramente que me quedaré todavía aquí; pero no porque me lo dice, sino porque me conviene hacerlo hasta el regreso del comandante Herrera. » Las demás cartas decían, poco más ó menos, lo que la del señor Castillo, y todas hablaban del triunfo de la votación en la cuestión de Gobierno central que había decretado la Convención, desechando el sistema federal.

Después del almuerzo, el Libertador dijo al general Soublett que diese orden para suspender de su destino de presidente de la Corte Superior de Cartagena al doctor Rodríguez, y para que se le haga seguir para la capital de Bogotá á dar cuenta de su conducta; estando acusado dicho magistrado de haber aprobado los hechos criminales del general Padilla, y de haber entorpecido la acción del comandante general del Magdalena, respecto á la expulsión del país de varias personas calificadas de desafectas y otras peligrosas complicadas en el movimiento del expresado general Padilla. Esta medida ha sido solicitada por el general Montilla, que ha enviado á S. E. los documentos que justificaban la acusación. « Vean

ustedes, dijo S. E., lo que son las revoluciones, y cómo las circunstancias cambian los hombres. Aquel señor Rodríguez, es uno de los mejores y más distinguidos abogados de Colombia; tiene muchas luces, pero también un genio inquieto, enredador é interesado; su talento y su propensión á la intriga, lo hacen peligroso. Ha sido muy enemigo de Santander y muy amigo de Montilla, y ahora es al contrario : yo lo he considerado como á un hombre que debía ser alejado de los empleos, y á quien debía tratarse de disminuirle la influencia. Siempre ha sido esta mi opinión, y si se hubiera seguido no tendríamos hoy el escándalo de mandarlo suspender de sus funciones de presidente de una corte superior. » Siguió S. E. citando varios ejemplos de igual naturaleza, diciendo que « el arte de la política es el de precaver, y que éste consiste en saber juzgar bien á los hombres y á las cosas; en el conocimiento profundo del corazón, y de los móviles ó principales motivos de sus acciones; que él muy raras veces se había equivocado en sus conceptos ó juicios, pero que no había podido seguir siempre sus ideas, algunas veces por falta de sujetos más propios y más competentes para

los destinos, otras, porque las circunstancias del momento no permitían la elección ó el cambio, y otras, en fin, porque las recomendaciones, las fuertes instancias le quitaban toda libertad y le obligaban á colocar á los que no podían merecer su confianza, pues el no haberlo hecho, era más peligroso que dar el empleo á aquel por quien se interesaban tanto sujetos de alto influjo ». Concluyó diciendo S. E : « Con los elementos morales que hay en el país, con nuestra educación, nuestros vicios y nuestras costumbres, sólo siendo un tirano, un déspota, podría gobernarse bien á Colombia. Yo no lo soy, y nunca lo seré, aunque mis enemigos me gratifican con aquellos títulos; mas mi vida pública no ofrece ningún hecho que los compruebe. El escritor imparcial que escriba mi historia, ó la de Colombia, dirá que he sido Dictador, jefe supremo nombrado por los pueblos, pero no un tirano ni un déspota.»

Después de la comida, el Libertador salió á caballo, con todos nosotros; nos llevó como siempre á todo el paso de su caballo, que es muy andador, lo que nos obligaba á todos á seguirlo á galope; parece que S. E. quería sacudirse y sacudirnos; poco se habló. Después fuimos un mo-

mento á la casa del cura, y S. E. se retiró temprano, diciéndonos que mañana ó pasado mañana iríamos á pasar el día en el campo; pero que nos avisaría, porque iríamos todos juntos. Preguntó al general Soublett si había mucho que despachar en su secretaría, y éste le contestó que no quedaba nada de urgente.

Día 5.

Los correos ordinarios de Bogotá y del Sur, llegaron esta mañana. Con el primero vino el parte que una compañía del batallón Vargas, estacionada en Honda, se había amotinado contra su capitán, llamado Lozada. S. E. dió orden para que se hiciese regresar dicha compañía á Bogotá, donde se halla su cuerpo, y que allí se abriese el juicio á los complicados en el motín y sufriesen, cualquiera que fuese el número de ellos, la sentencia del Consejo de guerra.

El correo del Sur trajo cartas del general Flores para el Libertador. Este general, encargado del mando del ejército del Sur, ha dirigido á S. E. copia de una carta que con el mismo correo envía, dice, á su compadre el general Santander,

en Ocaña. Su análisis es éste : Habla del bien y del mal que puede salir de la Convención; de la desconfianza que los pueblos y las tropas tienen de ella y del odio general que existe contra muchos de sus miembros, y concluye diciendo : que él y el ejército de su mando, están prontos para marchar á Bogotá, y más allá si fuere necesario, para degollar á todos los enemigos del Libertador, del centralismo y de la unidad nacional, y que empezará por él (Santander) si, como se dice, es el jefe del partido demagógico. «¿Qué dicen ustedes de la elocuencia de Flores? preguntó el Libertador. — Que es capaz de hacerlo, contestó el coronel Ferguson. — De hacerlo sí, replicó S. E., pero no de haberlo escrito. Yo conozco á Flores: en astucia, sutilezas de guerra y de política, en el arte de la intriga y en ambición, pocos lo aventajan en Colombia. Tiene un gran talento natural, que está desarrollando él mismo por medio del estudio y de la reflexión; sólo ha faltado á Flores el nacimiento y la educación. Á todo esto une un gran valor, y el modo de hacerse querer, es generoso y sabe gastar á tiempo; pero su ambición sobresale sobre todas sus cualidades y defectos, y es el móvil de todas sus acciones.

Flores, si no me engaño, está llamado á hacer un papel considerable en este país. En resumen de todo lo dicho, no creo que haya escrito á Santander la carta que dice. Me ha dirigido esta copia, creyendo halagarme. Sin embargo, el general Flores es uno de los generales de la República en quien tengo una verdadera confianza, y lo creo mi amigo. »

Dijo después el Libertador que lo que había de cierto era que el coronel Cordero era el jefe nombrado por el ejército del Sur para presentar á la Convención las actas de aquellas tropas, y obrar en Ocaña según las circunstancias en nombre de dicho ejército.

Por el correo ordinario llegado hoy también de Ocaña, se han recibido todas las actas de Venezuela, que el presidente de la Convención remite á S. E. con el fin de que como encargado de la tranquilidad de la República y disciplina de las tropas, dicte las providencias del caso. Dicha remisión ocupa bastante el espíritu de S. E. y no se sabe aun la resolución que tomará; hasta ahora no lo ha manifestado, y se ha limitado á oir lo que le han dicho el general Soublett y demás que están á su lado. El negocio es deli-

cado; la Convención se ha negado á oir los reclamos de los pueblos y del ejército, y por el contrario, reclama del jefe del poder ejecutivo medidas de represión contra los firmatarios de dichos documentos. Por la tarde, el Libertador nos dijo que mañana iríamos al campo para refrescar un poco la cabeza y ver de buscar ideas más serenas y más sensatas. Se veía en su semblante la agitación de su espíritu y el trabajo de la imaginación. Al separarse de nosotros para retirarse á su cuarto, nos dijo : « Quisiera saber si el señor Castillo tomará también por una victoria *de su ejército* la devolución de las actas de Venezuela ».

Día 6.

La casa de campo á donde hemos acompañado á S. E. esta mañana, dista dos leguas de esta villa : en ella almorzamos y comimos. Sólo el general Soublette no fué al paseo por hallarse un poco indispuesto. Durante el día fuimos á cazar, y S. E. se apartó de nosotros, quedando bastante distante y solo, más de hora y media; pero siempre nos mantuvimos á su vista, aunque él tra-

taba de ocultarse de nosotros. Habiéndose vuelto á juntar, nos dijo: « Mucho me están ustedes cuidando, lo mismo que si tuvieran sospechas de algún complot contra mi persona. Díganme francamente, ¿les han escrito algo de Ocaña? » Viendo que nadie contestaba, el coronel Ferguson sacó una carta de O'Leary y la presentó á S. E., quien, después de haberla leído, dijo : « ¿Seguramente que todos ustedes tenían conocimiento de esta carta? » El mismo coronel Ferguson que la había mostrado á todos, contestó que sí, pero que todos guardaban secreto sobre su contenido. « Siendo así, continuó el Libertador, lean ustedes la que Briceño me ha dirigido : yo no quería mostrarla á nadie, ni hablar de ella; pero puesto que ustedes están instruídos del mismo negocio, impónganse de todos los pormenores que O'Leary no ha dado en la suya. » Leímos la carta del general Pedro Briceño Méndez, que en sustancia decía : Que un asistente de Santander había oído á éste hablar con Vargas Tejada, Azuero y Soto, del Libertador, lo que llamó su atención, y oyó muy distintamente que trataban de enviar á Bucaramanga á un oficial para asesinarlo; que el asistente, cuando

oyó aquel infernal proyecto, estaba componiendo la cama de Santander, como á las nueve de la noche; que horrorizado con la premeditación de un crimen que debía quitar la vida al Libertador, á quien siempre había querido, fué al día siguiente á contar lo que había oído á una señora que sabía ser amiga del general Bolívar, lo que le ha comunicado una de las criadas de dicha señora con quien tenía relaciones. Que la señora, luego que estuvo impuesta, envió á buscar al general Briceño, á quien hizo la relación de lo ocurrido; que este general habló el mismo día con el asistente, quien le confirmó todo lo que había contado á la señora. El coronel O'Leary en su carta, decía solamente, que estaba instruído de que un oficial debía ir desde Ocaña á Bucaramanga, enviado por Santander, con el proyecto de asesinar al Libertador; y que, por lo mismo, debía tenerse mucho cuidado con los que llegaran, y de no dejar solo á S. E. El Libertador, hablando sobre el mismo negocio, decía que aunque conocía la exaltación del general Santander y de sus compañeros, no podía creer que llegasen á formar tal proyecto; que su asistente habría oído mal, ó quizás habría inventado el cuento, y que, final-

mente, aunque fuera cierto, no les sería fácil encontrar quien se encargase de dicho proyecto, y que más difícil sería aún la ejecución; que por todos aquellos motivos, poco cuidado le había dado el aviso de Briceño; que, sin embargo, hay ciertas reglas de prudencia de las que los insensatos sólo se apartan, y casos también, en que toda prudencia es inútil, porque nuestra buena ó mala suerte ó, si se quiere, el acaso solo, y no nuestra previsión, nos salva ó nos pierde; que en Jamaica y en el rincón de los Toros, no fueron ciertamente sus cálculos prudentes, ni sus medidas previsivas las que le salvaron la vida, sino sólo su buena fortuna. Yo entonces le dije que había oído referir varias veces aquellos dos acontecimientos extraordinarios, pero con tantas variantes que me hacían dudar de la verdad. « Pues señor, dijo el Libertador, para que no le quede á usted ninguna duda, y para que conozca sus pormenores, oiga y oigan ustedes también, (dirigiéndose á los demás), cómo pasaron las cosas. » Todos nos pusimos alrededor del Libertador, sentados à la sombra de unos grandes árboles; nuestros perros hacían la guardia, situados cerca de nosotros, y nuestros asistentes estaban á cierta

distancia, contando igualmente sus cuentos. El Libertador principió de este modo :

« Algunos días antes de mi salida de Kingston, en Jamaica, para la Isla de Haití, en el año de 1816, supe que la dueña de la posada en que estaba alojado con el actual general Pedro Briceño Méndez y mis edecanes Rafael A. Páez y Ramón Chipia, había tratado mal y aun insultado á este último, faltándole así á la consideración debida, lo que me hizo no sólo reconvenirla fuertemente, sino que determiné mudar de alojamiento. Efectivamente, salí con mi negro Andrés con el objeto de buscar otra casa, sin haber participado á nadie mi proyecto; hallé lo que buscaba, y me resolví á dormir en ella aquella misma noche, encargando á mi negro de llevarme allí una hamaca limpia, mis pistolas y mi espada; el negro cumplió mis órdenes sin hablar con nadie, aunque no se lo había encargado, porque era muy reservado y callado. Asegurado mi nuevo alojamiento, tomé un coche y fuí á comer á una casa de campo de un negociante que me había convidado. Eran las doce de la noche cuando me retiré, y fuí directamente á mi nueva posada. El señor Amestoy, antiguo proveedor

de mi ejército, debía salir de Kingston para los Cayos al siguiente día, en una comisión de que lo había encargado, y vino aquella misma noche á mi antigua posada, para verme y recibir mis últimas instrucciones; no hallándome, aguardó, pensando que llegaría de un momento á otro. Mi edecán Páez se retiró un poco tarde para acostarse, pero quiso antes beber agua y halló la tinaja vacía; entonces despertó á mi negro *Piito* y éste tomó dicha tinaja para ir á llenarla; mientras tanto el sueño se apoderaba de Amestoy, que como he dicho me aguardaba, y él se acostó en mi hamaca, que estaba colgada, pues la que Andrés había llevado á mi nuevo alojamiento la había sacado de los baúles. El negrito Pío ó *Piito*, pues así lo llamábamos, regresó con el agua, vió mi hamaca ocupada, creyó que el que estaba dentro era yo, se acercó, y dió dos puñaladas al infeliz Amestoy que quedó muerto. Al recibir la primera dió un grito, moribundo, que despertó al negro Andrés quien al mismo instante salió para la calle y corrió para mi nuevo alojamiento, que sólo él conocía; me estaba refiriendo lo ocurrido cuando entró Pío, que había seguido á Andrés. La turbación de Pío me hizo

entrar en sospechas; le hice dos ó tres preguntas, y quedé convencido de que él era el asesino, sin saber todavía quién era la víctima. Tomé al momento una de mis pistolas, y dije entonces á Andrés que amarrase á Pío. Al día siguiente confesó su crimen y declaró haber sido inducido por un español para quitarme la vida. Aquel negrito tenía 19 años, desde la edad de 10 á 11 estaba conmigo, y yo tenía absoluta confianza en él. Su delito le valió la muerte, que recibió sobre el cadalso. El español designado como inductor fué expulsado de Jamaica, y nada más, porque no se le pudo probar nada. Hay datos para creer que dicho individuo había sido enviado por el general español que mandaba entonces en Venezuela. Miren ustedes, continuó el Libertador, qué casualidad fué la que me salvó la vida y la hizo perder al pobre Amestoy. ¿Qué decir, qué concluir de esto? Que fué un acaso feliz para el uno y desgraciado para el otro. Ahora oigan este otro acontecimiento que también quiere conocer el coronel Lacroix. En la campaña de 1818, que así como la del año de 14 fué una mezcla de muchas victorias y reveses, pero que no tuvo los resultados funestos de aquélla, sino consecuencias

favorables é importantes para mi ejército y la nación, marché un día de San José de Tisnados, con poco más ó menos de 600 infantes y 800 hombres de caballería, con el objeto de ir á reunirme con las tropas que mandaba el general Páez. Había dado orden para que mi división acampara en una sabana del Rincón de los Toros, donde llegó como á las cinco de la tarde; yo llegué al anochecer, y fuí en seguida á situarme con mis edecanes y mi secretario, el actual general Briceño Méndez, bajo una mata que conocía yo, y en donde colocaron mi hamaca. Después de haber comido algo, me acosté. Encargué al general Diego Ibarra, mi primer edecán, de situar la infantería en el punto que le había indicado, y después se había ido, sin que lo supiera yo, á un baile que había no sé en qué lugar, para regresar después de media noche á mi campamento. Apenas hacía dos horas que estaba durmiendo, cuando llegó un llanero á darme parte de que los españoles habían llegado á su casa, distante dos leguas de mi campamento, y que eran muy numerosos y los había dejado descansando. Según las contestaciones que me dió, y las explicaciones que le exigí, juzgué que

no era el ejército del general Morillo, pero sí una fuerte división, mucho más numerosa que la mía. El temor de que me sorprendiesen de noche, me hizo dar órdenes en el momento para que se cargasen las municiones y todo el parque y se levantara el campo, con el objeto de ir á ocupar otra sabana, y engañar así á los enemigos que seguramente vendrían á buscarnos en la que estábamos. Dos de mis edecanes fueron á comunicar aquellas órdenes y á activar el movimiento, debiendo avisarme cuando empezara. Volví á acostarme en mi hamaca, y en aquel mismo momento llegó mi primer edecán quien, por no despertarme, se acercó sin ruido y se acostó cerca de mí, en el suelo, sobre una cobija; yo le oí, lo llamé y le di orden de ir á donde estaba el jefe de Estado Mayor, para que se apresurase el movimiento. El general Ibarra fué á pie á cumplir aquella disposición, mas apenas hubo andado un par de cuadras en la dirección en que estaba el Estado Mayor, cuando oyó al general Santander, jefe entonces de dicho E. M., y habiéndose acercado á él, le comunicó mi orden, y entonces Santander le preguntó, en voz alta, dónde me hallaba yo. Ibarra le enseñó y Santander, picando la mula,

vino á darme parte de que todo estaba listo y de que las tropas iban á empezar el movimiento. Ibarra regresó en aquel momento; yo estaba sentado en mi hamaca, poniéndome las botas; Santander seguía hablando conmigo; Ibarra se acostaba, cuando una fuerte descarga nos sorprende, y las balas nos advierten que habían sido dirigidas sobre nosotros : la oscuridad nos impidió distinguir los objetos. El general Santander gritó en el mismo instante : *el enemigo.* Los pocos que éramos nos pusimos á correr hacia el campo, abandonando nuestros caballos y cuanto había en la mata (1). Mi hamaca, según supe después, recibió dos á tres balazos; yo, como he dicho, estaba sentado en ella, pero no recibí herida ninguna, ni tampoco Santander, Ibarra ni el general Briceño, que estaban conmigo; la oscuridad nos salvó. La partida que nos saludó con sus fuegos, era española. Se ha dicho que los enemigos, al entrar en la sabana, encontraron allí un asistente del padre Prado, capellán del

(1) Se da el nombre de *mata*, en Venezuela, á ciertos bosquecillos, acompañados, á veces, de aguas vertientes que se levantan en medio de los llanos y sirven de sesteadero al ganado y como de oasis á los viajeros. La *mata de la miel* recuerda una de las épicas proezas de Páez.

ejército, que estaba cuidando unos caballos; que lo cogieron y amarraron, obligándolo á conducirlos á la mata, donde me hallaba, y que estando ya muy cerca de ella, vieron al general Santander, sin saber quien era, y siguieron sus pasos, y después los del general Ibarra. »

S. E. continuó diciéndonos que, en aquella misma noche, tuvo que andar á pie hasta que José, su mayordomo, le consiguió una mula muy mala que después cambió por el caballo del general Ibarra que había logrado encontrar; que por la mañana fueron atacados por los españoles y derrotados, porque la caballería suya no quiso batirse y huyó cobardemente; que perseguido se quitó la chaqueta militar que llevaba y la tiró al suelo, para no ser el único blanco de los enemigos; que ellos recogieron dicha chaqueta y la enseñaban en los pueblos con su hamaca, con el objeto de acreditar con aquellos mudos testigos su muerte, que estaban publicando; que el comandante en jefe de la división española, que se llamaba López, fué muerto; y cogido su caballo por el coronel Infante, quien se lo dió y en el que se retiró á Calabozo. Concluída aquella relación volvimos á la casa de

campo para comer, y por la tarde hemos venido á esta villa, habiendo así matado un día, como dijo S. E. ó, si se quiere, habiéndolo pasado sin fastidio y sin enojos. Llegado á su casa, S. E. dijo que no tenía ganas de salir, y entonces nos quedamos con él para tomar té y conversar. Naturalmente, se habló del paseo y el Libertador dijo que el baño no le había gustado, así por lo caliente como por la poca cantidad de agua; que para bañarse le gusta un río caudaloso, en que se pueda nadar, ó el mar; que aunque no fuese uno de los primeros nadadores, tampoco es de los peores, y que nunca había temido ahogarse, á pesar de haberse expuesto algunas veces. « Me acuerdo, dijo, de una aventura singular, propia de un loco, aunque no pienso serlo, y es ésta: un día, bañándome en el Orinoco con todos los de mi Estado Mayor, con varios de mis generales y el actual coronel Martel, que era entonces escribiente en mi secretaría general, este último hacía alarde de nadar más que los otros; yo le dije algo que le picó, y entonces me contestó que también nadaba mejor que yo. Á cuadra y media de la playa, donde nos hallábamos, había dos cañoneras fondeadas, y yo, picado también,

dije á Martel que, con las manos amarradas, llegaría primero que él á bordo de dichos buques. Nadie quería que se hiciese tal prueba, pero animado yo había vuelto á quitar mi camisa, y con los tirantes de mis calzones, que di al general Ibarra, le obligué á amarrarme las manos por detrás; me tiré al agua, y llegué á las cañoneras con bastante trabajo. Martel me siguió y, por supuesto, llegó primero. El general Ibarra, temiendo que me ahogase, había hecho colocar en el río dos buenos nadadores para auxiliarme, pero no fué necesario. Este rasgo prueba la tenacidad que tenía entonces, aquella voluntad fuerte que nada podía detener; siempre adelante, nunca atrás : tal era mi máxima, y quizás á ella debo mis triunfos y lo que he hecho de extraordinario. »

Día 7.

El Libertador quiso despachar hoy el negocio de las representaciones de Venezuela, pasadas á S. E. por el presidente de la Convención y por disposición de dicha asamblea. Dió sus órdenes al general Soublette, quien ofició al general Páez,

jefe superior de Venezuela, trasmitiéndole la nota del citado presidente de la Convención, diciéndole en conclusión: que se le hacía dicha trascripción para que cumpliera con su deber de mantener el orden público y la disciplina militar en las provincias de su mando, satisfaciendo con esto la excitación de la Gran Convención. Puesto el oficio, lo llevé al Libertador para que lo viera y dijese si era así como lo quería. « Esto es bastante, dijo S. E., no debe decirse más; la trascripción del oficio es lo importante; usted lo ve, este negocio me ha ocupado demasiado, pero no he vuelto á pensar en él desde que lo consideré como una pelota que el general Páez había tirado sobre la Convención, que ésta me ha rebotado, y que yo devuelvo á Páez; allá quedará y no volverá más á hablarse del asunto. » Sin embargo, el Libertador envió una larga carta particular al mismo general Páez sobre el mismo objeto, advirtiéndole de todo lo que pasa en Ocaña.

Por la tarde llegó el correo ordinario de Ocaña, con noticias hasta el 3, y, como de costumbre, con muchas cartas particulares y algunos oficios. Las más importantes noticias son las siguientes: que la Convención no había tomado

en consideración el mensaje del Libertador relativo al doctor Peña; que el proyecto de Constitución estaba en poder de una comisión, y que debía ponerse en discusión el 4 ó el 5 del corriente. Vino igualmente la contestación de la Convención al primer mensaje del Libertador, el que está en términos muy honoríficos para él; y la noticia de que por momentos se aguardaban en Ocaña otros diputados más del Sur que debían engrosar el partido del señor Castillo.

Después de la comida, presentaron al Libertador la esposa de Miguel Amaya, acompañada de su hermana. Aquella señora venía del Socorro con el objeto de solicitar que se le permitiese á su marido quedar en el presidio urbano de aquella ciudad y no seguir para el de Puerto Cabello, en cumplimiento de la sentencia de la Corte superior de Bogotá, que lo había condenado por un robo muy escandaloso de mulas. Más de media hora quedaron con S. E.; pero nada lograron, y salieron muy disgustadas. Terminada aquella audiencia, el Libertador fué á la Secretaría general; dijo al general Soublette que era cosa escandalosa que el gobernador de la provincia del Socorro hubiese permitido que Amaya que-

dase libre en aquella ciudad en lugar de hacerlo seguir para el presidio al cual había sido condenado, y luego S. E. dictó él mismo un oficio para dicho gobernador, concebido en los términos siguientes : « Que habiendo sabido S. E. el Libertador-Presidente, que había demorado el cumplimiento de la sentencia que manda á Miguel Amaya al presidio de Puerto Cabello, ha extrañado que el gobernador se haga delincuente de la falta de ejecución de las sentencias de los tribunales de justicia y de las órdenes de los magistrados superiores, contribuyendo de este modo al desprecio de las leyes y de sus ministros; que dicho gobernador debía esforzarse en mantenerlas. Que en vano se alega el estado de enfermedad de Amaya, cuando son notorias su salud y robustez, y cuando lo es también el escándalo de su matrimonio con una señorita de esa villa, con lo que parece se ha querido dar el más positivo testimonio del estado de desmoralización de nuestros pueblos. » Este fué el oficio que dirigió al gobernador sobre dicho Amaya, que, sentenciado á presidio por robo, se le había tolerado en el Socorro, donde derrochaba escandalosamente, y donde se había casado con la señorita Bárbara

Bustamante, perteneciente á una de las primeras familias de aquella ciudad. Por la noche, el Libertador habló del mismo negocio y dijo: « Las dos señoras que ustedes han visto esta tarde son hermana é hija del señor Bustamante, del Socorro. La mayor, Barbarita, no podía inspirarme mayor interés, porque el haberse casado con Amaya, estando éste ya sentenciado á presidio por hurtos, es un escándalo intolerable que la hace despreciable; un paso tal es el colmo de la inmoralidad, y no sólo deshonra á aquella señora, sino al padre y á los que se han mezclado en dicho enlace. Se ha dicho que el estado de pobreza en que se halla aquella familia la disculpa, ¡qué error! es una mancha que nada puede quitar. Yo, como primer magistrado de la República, he debido mandar que se cumpliese la sentencia : era mi deber hacerlo; sin embargo, no faltará quien diga que lo he hecho por odiosidad á aquella familia, y porque Bustamante, el traidor del Perú, es hermano de la mujer de Amaya. Una medida general había suspendido la pensión que en calidad de jubilado tenía Bustamante el padre; pero en consideración á su mala situación, he dado orden que se le continúe : con esto segu-

ramente he demostrado no tener odio por aquella familia. Las culpas son personales y nadie más que yo es amigo de ese principio. »

La conversación duró todavía algunos momentos sobre otras materias. S. E. dijo que era preciso pedir dinero á Bogotá, y que quizás se vería obligado á aguardar que llegara, antes de ponerse en marcha. Recomendó al general Soublett hacerlo mañana, y dar orden para que se remitiera inmediatamente. «No obstante, prosiguió S. E., según las noticias que vengan con el comandante Herrera, seguiré para Cúcuta y allí aguardaré el dinero. En fin, hasta la venida de Bernardo no puedo determinar nada, y como debe verificarse dentro de pocos días, es inútil dar contraorden por los bagajes que se han pedido». S. E. se retiró á su cuarto y cada uno de nosotros á su casa.

Día 8.

Por la mañana llegó de Pamplona el teniente Freire, oficial de mi E. M., á quien por orden del Libertador había yo mandado venir para ayudar en el despacho de la Secretaría general S. E.

le hizo varias preguntas sobre el general Fortoul, y Freire le dió á entender que no había salido muy contento de Pamplona. Luego que se fué este oficial, el Libertador me dijo que lo hiciese venir á comer todos los días á su mesa, que se lo dijese. Después de almorzar, S. E. se puso á despachar con su secretario particular.

En la comida, el Libertador estuvo muy alegre; nos contó varias anécdotas de su vida, anteriores al año de 1810 y durante el tiempo de sus viajes por Europa. Habló de lo que hizo en Italia; dijo que había asistido á una gran revista pasada por Napoleón al ejército de Italia en la llanura de Montesquiaro, cerca de Castiglione; que el trono del emperador se había colocado sobre una pequeña eminencia, en medio de aquella gran llanura; que mientras desfilaba el ejército en columnas delante de Napoleón, que estaba sobre el trono, él y un amigo que le acompañaba (1), se habían colocado al pie de aquella eminencia, de donde podía con facilidad observar al emperador; que éste los miró varias veces con un pequeño anteojo de que se servía, y que entonces su

(1) Don Simón Rodriguez, maestro de Bolivar, personaje singularísimo al cual he consagrado un capítulo en *Bolívar íntimo*.

compañero le dijo: «Quizás Napoleón, que nos observa, va á sospechar que somos espías»; que aquella observación le dió algún cuidado y lo determinó á retirarse. «Yo, dijo S. E., ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo á él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse, y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, ó, si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente, y puede decirse también del mundo entero. ¡Qué Estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón, y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba sus charreteras, un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó, y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso, si no hubiese temido que dijesen que lo hacía por imitar á Napoleón, y á lo cual hubiesen agregado después que mi intención era de imitarlo en todo.»

Habló después S. E. de lo reducido que había sido siempre su E. M. que, sin embargo, tenía el título pomposo de E. M. General Liberta-

dor; que nunca había tenido á la vez más de cuatro edecanes; que entre ellos había siempre considerado al general Ibarra como á su Duroc, á quien Napoleón hizo gran mariscal de Palacio y duque de Frioul; que en el general Pedro Briceño Méndez tenía á su Clarke, ministro de la guerra de Napoleón y duque de Feltre; que en el general Salom tenía á su Berthier, mayor general del gran ejército de Napoleón y príncipe de Neufchatel y de Wagram; que él podría hacer otras comparaciones, pero no tan exactas como aquellas. « ¡ Pero qué diferencia, exclamó el Libertador, en el grado de escala social en que se han hallado los unos y los otros de aquellos hombres ! ¡ Qué diferencia entre el rango, la opulencia y la elevación entre ellos ! Los unos llenos de riquezas, de títulos y honores; los otros pobres con el solo título militar y los honores modestos de una República; pero también los primeros, súbditos de un monarca poderoso; los segundos, ciudadanos de un Estado libre; aquéllos favoritos del emperador, éstos, amigos del Libertador. Los sibaritas del siglo preferirían seguramente el lugar de los primeros; pero los Licurgos y Catones modernos preferirían haber sido los segundos ». Habló después

S. E. de los edecanes que había tenido desde que le dieron el grado de general, y habiéndose olvidado de algunos, yo le cité á Demarquet y á Ducoudray, y entonces dijo, que el primero lo había sido y de mucho mérito; pero que Ducoudray Holsteine nunca lo había sido ni había merecido su confianza.

Esta conversación me dió motivo para satisfacer una curiosidad, y al efecto le pregunté quién era su primer edecán, si el general Ibarra ó el general O'Leary, porque ambos tomaban aquel título. « Es verdad, contestó el Libertador, que ambos se llaman mi *primer edecán*; ambos tienen razón, pero esa es una historia que es preciso tomar desde el principio, y voy á referírsela. Hasta el año de 1821, ó más bien hasta después de la batalla de Carabobo, no había dado el título de primer edecán á ninguno de los míos. En aquella jornada, Ibarra se portó, como siempre, con mucha bizarría, distinguiéndose de un modo muy honroso; el jefe del E. M. no lo olvidó en el boletín de la batalla, y mencionó su nombre con el elogio que merecía; pero movido por una delicadeza mal fundada, é injusta para mi edecán, hice borrar su nombre y lo que de-

cía de él, temiendo que se creyera que por ser mi amigo y hallarse á mi lado se hablaba de él en la relación de la batalla. Al dar esta orden dije al jefe de mi E. M. que recompensaría á Ibarra de otra manera; él no estaba presente en aquel momento, pues había seguido en persecución de los pocos enemigos que habían logrado escaparse. La recompensa que le di fué nombrarle mi primer edecán, título que deseaba y merecía, y que no solamente le daba más consideración, sino que lo eximía del servicio de las guardias y le daba una autoridad directa sobre los demás. Ibarra era el más antiguo, y me acompañaba desde el año de 13; O'Leary, sólo desde el año de 20, es decir, después de la muerte del general Anzoátegui, de quien era edecán. En el año de 24, después de haberme acompañado al Perú, el general Ibarra fué en comisión á Colombia y mando de la Guaira, estando ya casado, y después á la importante plaza de Puerto Cabello, y hallándose por consiguiente separado de mi persona, el coronel O'Leary hizo las funciones de mi primer edecán, como el más antiguo, después de Ibarra, y de Medina, á quien los indios asesinaron en el camino de Ayacucho á

Lima, cuando venía á traerme la noticia de aquella célebre batalla. Yo mismo he llamado á O'Leary mi primer edecán, por motivo de la ausencia de Ibarra, pero nunca he retirado á éste su título, y, vuelto á mi lado, hubiera vuelto á sus funciones. Este es el motivo por que aparecen dos primeros edecanes míos, y, como ya he dicho, ambos tienen razón para tomar este título, pero el general Ibarra es el decano de los dos.»

Quedé satisfecho con esta explicación del Libertador y convencido de que el general Ibarra es el primer edecán de S. E. y el coronel O'Leary el segundo, haciendo las funciones de primero, cuando aquél no está presente.

Después de comer, el Libertador quiso salir á pie, y durante el paseo habló de los generales de Colombia, diciendo que algunos eran muy buenos, muchos mediocres y otros inferiores, como en todas partes; que los tenía clasificados de este modo : 1º, los que poseen el genio militar, los conocimientos del arte, tanto en la teoría como en la práctica, y á quienes se les podía encargar el mando de un ejército, porque á la vez eran buenos en el campo de batalla y

fuera de él, es decir, en el combate y en el gabinete; que el número de éstos era muy reducido, poniendo á su cabeza al general en jefe Antonio José de Sucre; después al general de división Flores, en seguida al de división Mariano Montilla, después al general en jefe Rafael Urdaneta, y más atrás á los generales en jefe Bermúdez y Mariño, y al de división Tomás Heres; 2º, los dotados de gran valor y que sólo son buenos en el campo de batalla, pudiendo mandar una fuerte división, pero á la vista del jefe del ejército, y que en esta clase ponía los generales Páez, Valdés, Tadeo Monagas, Córdova, Lara, Silva y Carreño; 3º, los que son más propios para el servicio de los Estados Mayores y más hábiles en el gabinete que en el campo de batalla, tales como los generales de división Soublette, Santander, Salom, y, en fin, S. E. formaba una 4.ª clase, en la que ponía los que por su ninguna aptitud, tanto en valor, como en conocimiento, en la parte activa y directiva de la guerra, no podían ser comprendidos en ninguna de las tres clasificaciones mencionadas, como son el general en jefe Arismendi, los de división Pedro Fortoul y Pey. Dijo, además,

que entre los generales de brigada algunos prometían llegar á la primera clase, que muchos podían ya ser colocados en la segunda, unos pocos en la tercera y los demás en la clase negativa de toda aptitud y talentos militares, que es la última, y que en ella ponía á los Fábrega, Vélez, Heras, José María Ortega, Mantilla, González, Antonio Obando, Olivares, Rieux y Morales; que, sin embargo, algunos de ellos eran buenos para un mando pasivo, como el de un departamento ó provincia.

De regreso del paseo, S. E. entró donde el doctor Eloy y se recogió temprano diciendo que la comida le había dado ganas de dormir, pero fué más bien á causa del enfado que le había causado la lectura de un manuscrito que le había mostrado el cura, titulado *Almanaque relativo al Libertador.*

Día 9.

Antes del almuerzo, el Libertador me mandó á llamar y, al presentarme, me preguntó si había leído el *Almanaque* del doctor Valenzuela; contestéle que me lo había mostrado algunos días

antes. « El cura, realmente, dijo S. E., está loco, tiene las mejores intenciones y se las agradezco; pero ha reunido multitud de casos insustanciales sobre mi persona, mi modo de vivir, mi frugalidad, en lo que llama su *Almanaque*; que no vaya á imprimir eso, hable usted con él y trate de disuadirlo ». Contesté que lo haría, pero que me parecía difícil lograrlo sabiendo lo que es el amor propio de un escritor.

Por la mañana llegó un correo de Ocaña, salido el 5, y con él vino la noticia de que la comisión Constitucional no había presentado el proyecto en que está trabajando, y de que pasarían todavía algunos días antes que pudiese concluirlo. Anunciaban que la Convención se había puesto en receso hasta entonces. El Libertador recibió varios impresos de Cartagena, llenos de personalidades contra los diputados que habían querido proteger al general Padilla. Entre dichos impresos venían *La Cotorra* y *El Arlequín*, redactado, el último, por el coronel O'Leary, con los cargos más virulentos contra el general Santander. Habiéndome quedado solo con S. E. leyendo los mencionados impresos, dijo el Libertador : « ¡ Qué arlequinada tan fuerte

contra el general Santander, y qué furioso ha debido ponerse Casandro! O'Leary es terrible con su pluma y sabe destilar hiel contra aquél que le ha ofendido. Usted no debe conocerlo bien, voy á describírselo. Tiene más amor propio y vanidad que orgullo. Hablo de ese amor propio, noble orgullo, altivo, sostenido y lleno de dignidad que generalmente tienen los caballeros ingleses. Tiene en sus modales, más que en el carácter, una dulzura, una suavidad que lo hace aparecer afeminado; pero ¡qué engañoso es aquel aire dulce y bondadoso! Es el áspid escondido entre las flores, y desgraciado del que lo lastime. Su odio es profundo y permanente. Le sobran conocimientos generales sobre varias materias, tiene memoria, facilidad y talento; pero su juicio no es siempre acertado, y por eso, desatendiendo la comisión que le di en Lima en el año de 1826 para el general Páez, se encargó de otra en Bogotá, enteramente opuesta á la mía, que le dió Santander para el mismo Páez. Sin embargo, supo volver á mi gracia, aunque resfrió por algún tiempo mi confianza. En Ocaña, ha creído engañar á los que lo tienen engañado, y aún confía en el buen resultado de sus maniobras. Sin em-

bargo, tiene astucia, viveza, malicia é hipocresía. Es excelente para ciertas comisiones. Como militar no carece de valor ni de conocimientos para un mando en jefe; pero nunca podría tomar aquel ascendiente, aquel influjo, aquel prestigio tan indispensable para el mando : no sabe electrizar ni mover á los hombres. Es interesado, egoísta y oculta mal estos defectos».

El coronel O'Leary es irlandés de nacimiento. Acompaña al Libertador desde el año de 1820, y ejerce las funciones de primer edecán, como se ha dicho, desde que el general Ibarra se separó del Libertador. O'Leary ha hecho algunas de las campañas de Venezuela, de la Nueva Granada, del Sur y del Perú con el Libertador, quien lo ha empleado en algunas comisiones importantes, y fué á desempeñar una diplomática cerca del gobierno de Chile, en tiempo en que el Libertador estaba en el Perú.

Antes de comer dije al Libertador que había ido á casa del doctor Eloy, y que me había prometido que no haría imprimir su *Almanaque*, añadiendo que dudaba cumpliese su palabra, porque no se resignaría á abandonar la celebridad de escritor. «¡ Qué espíritu tan falso y ridículo

es el espíritu de aquel cura ! dijo S. E. Viejo impotente como es, debería pensar solamente en la muerte y en la eternidad, en lugar de ocuparse todavía en locuras y disparates como un niño, y con tanta simpleza. »

El paseo después de la comida quiso hacerlo S. E. hoy á caballo. Nos habló de nuevo sobre su viaje á Europa. Dijo que el día de su llegada á París, había querido en el mismo momento recorrer toda la ciudad; que había tomado un coche público, en el que por descuido dejó su cartera en que se hallaban sus libranzas y cartas de crédito que llevaba; que habiendo advertido aquella pérdida, fué al día siguiente á la policía muy inquieto á dar aviso de lo sucedido, y que se admiró mucho de que veinticuatro horas después se le llamase á dicha oficina para hacerle la entrega de su cartera, sin que le faltase un solo documento. Nos habló después de Londres y de lo poco que le había gustado aquella gran capital, en comparación con París. Hizo la relación de una aventura singular que le había acontecido en una casa de mujeres públicas, con una de ellas, sin duda por una equivocación de la moza acerca de sus intenciones. Dijo que la doncella se

puso furiosa, alborotando toda la casa; que él, por calmarla, le dió unos billetes de Banco y que ella los tiró á la chimenea, y que, al fin, salió él huyendo de la casa, todo abochornado. «Pero vean ustedes lo célebre de la escena, continuó S. E.: yo no hablaba inglés, y la p... no sabía una palabra de castellano; se imaginó, ó fingió imaginarse que yo era algún griego pederasta y por esto empezó el escándalo, que me hizo salir más á prisa de lo que había entrado.»

Todos los cuentos del Libertador son chistosos, porque los refiere con arte y elocuencia seductora; á veces son muy alegres y nunca les falta la sal que despierta el interés y la curiosidad; pero nunca refiere nada indecoroso, ni libre, sino cuando está con personas de toda su confianza.

No hizo el Libertador en este día su visita al párroco; se retiró á su casa, y allí fué la tertulia. La conversación rodó sobre varios jefes, y la necesidad en que las circunstancias lo habían puesto en concederles ascensos. « En los primeros años de la independencia, dijo S. E., se buscaban hombres, y el primer mérito era ser valiente; de todas clases eran buenos con tal de que peleasen con brío. Á nadie se podía

recompensar con dinero, porque no había; sólo se podían dar grados militares para estimular el entusiasmo y premiar las hazañas. Así es que hombres de todas castas se hallan hoy entre nuestros generales, jefes y oficiales, y la mayor parte de ellos no tiene otro mérito sino el valor brutal, que ha sido tan útil á la República, haber matado muchos españoles y haberse hecho temibles. Negros, zambos, mulatos, blancos, hombres de todas las clases que en el día, en medio de la paz, son un obstáculo para el orden y la tranquilidad; pero fué un mal necesario.

Día 10.

Muy de mañana, el Libertador me mandó ir á su cuarto para que le tradujese algunas palabras que no había podido entender de una carta escrita en francés que desde Londres le había dirigido sir Robert Wilson, padre de Bedford Wilson, edecán de S. E.; la letra era muy mala, pero la carta estaba escrita en buen francés. En ella había muchas noticias de Europa y algunas indicaciones sobre la política del Go-

bierno de Colombia, que podrían tomarse por unos consejos indirectos que el general Wilson daba al Libertador; la observación no escapó á S. E. El asunto era relativo á España y Colombia. Después de haberme hablado mucho el Libertador de sir Robert Wilson, de haberme ponderado la reputación que tiene en Europa, pasó S. E. á hablarme del hijo, sabedor y vanidoso del mérito, de la reputación y de los títulos de su padre; del papel considerable que ha hecho el autor de sus días, no sólo en su país, sino en varias Cortes; «pero aquel orgullo, dijo, parece degenerar en soberbia y eso lo perjudica. Wilson tiene un espíritu más diplomático que militar, y creo que su gusto se inclina también más hacia el primero.

Su juventud le ha impedido adquirir todavía todos los conocimientos que cree poseer y la experiencia que piensa tener. Le falta aún mucho de la 3ª educación, que es la del mundo, teniendo buenas las dos primeras, que son las de nuestros padres y la de los maestros. Falta igualmente á Wilson pasar algún tiempo en la escuela de las dificultades, de la adversidad y aun de la miseria. Es observador, le gusta la discusión,

pero es demasiado tenaz en ella; un mismo objeto lo vuelve y lo revuelve de mil modos, lo que prueba no sólo la facilidad de su espíritu, sino la abundancia de ideas y la fecundidad de su imaginación. Un gran defecto del joven Wilson es el interés : tiene demasiado apego al dinero y no le gusta gastarlo. » De este retrato pasó S. E. á hacer el del coronel G. Ferguson, diciéndome que prefería su carácter al de Wilson. « Ingleses son los dos, y aunque hay mucha semejanza en aquellas dos índoles hay también grandes diferencias. Ferguson tiene un orgullo elevado y sostenido : todo en él, modales, conducta y pensamientos son de un caballero. Su carácter es algo duro, pero tiene el corazón excelente. Es militar de honor y valiente como un César. Es delicado en extremo, y de una suceptibilidad tan cosquillosa que pone en cuidado al que lo conoce y expone al que no lo conoce. Es buen amigo, servicial y generoso aun con sus enemigos. Puede ponerse en él la mayor confianza porque nadie más honrado, más leal y capaz de una consagración más entera; tiene también mucho amor por mi persona. Su educación no ha sido muy esmerada, pero ha sabido formarse

una de imitación que engaña á muchos; no le falta talento y naturalidad».

El Libertador llama al padre de su edecán Wilson *su grande amigo*, y mantiene correspondencia seguida con él. Estas relaciones hacen que S. E. tenga muchas consideraciones por el joven Wilson, y se nota que lo trata con más familiaridad que á sus otros edecanes actuales; sin embargo, dispensa más confianza al coronel Ferguson, que es el tercer edecán inglés que tiene S. E.

El coronel Ferguson está al lado del Libertador desde el Perú; antes era oficial de infantería. Por orden de S. E. mantiene una correspondencia familiar con todos los jefes del Ejército de Colombia que se hallan en algún destino ó mando. Las cartas que recibe las ve el Libertador cuando contienen algo interesante, y Ferguson contesta ó escribe según las indicaciones que le hace el Libertador. Aquella correspondencia es útil, porque tiene el carácter de la franqueza, de la amistad, y un origen que le da también una autenticidad que forma su mérito. Los que mantienen correspondencia con el coronel Ferguson ignoran que el Libertador es el alma, el motor de aquel comercio epistolar.

Después de la comida, el Libertador salió á pie; sólo Wilson y yo lo acompañamos. Me preguntó en qué año había nacido, y le contesté que en el de 1780. « Yo pensaba, dijo, ser de la misma edad de usted, y tengo tres años menos, porque nací en 1783 y parezco más viejo que usted. ¿Cuántas veces se ha casado usted? » — Una, señor, le contesté, y fué en el año de 1825, con la mujer que tengo. — « Usted, pues, dijo S. E., se casó á los 45 años; esta es la verdadera edad en que debe casarse el hombre. Yo no tenía 18 cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1801, no teniendo todavía 19 años. Quise mucho á mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver á casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas : si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo » (1). — Ni Colombia, ni el Perú, le repliqué, ni toda la América del Sur estuvieran libres, si V. E. no hubiera tomado á su cargo la noble é inmensa empresa de su independencia. — « No digo eso, prosiguió S. E., porque

(1) Pueblo de los Valles de Aragua donde tenia su hacienda el Libertador.

yo no he sido el único autor de la revolución, y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente, y porque el ambiente de mi fortuna no hubiese perjudicado la fortuna de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior á la mía. Dejemos á los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado ó destinado para redimir á Colombia. Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones fueron las que me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo han hecho seguir y me han mantenido en él. Huérfano á la edad de 16 años, y rico, me fuí á Europa, después de haber visitado á México y la ciudad de La Habana, y fué entonces cuando en Madrid, bien enamorado, me casé con la sobrina del viejo marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza; volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación. Muerta mi mujer, y desolado yo con aquella

pérdida precoz é inesperada, volví á España, y de Madrid pasé á Francia y después á Italia. Ya entonces iba tomando algún tinerés por los asuntos públicos. La política me atraía, y yo seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, victoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fué la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que le libertase; pero ¡ cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguar-

daba ! Más tarde sí empecé á lisonjearme de que un día podría yo cooperar á su libertad, pero no que representaría el primer papel en aquel grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje á Europa, y es de creerse que en Caracas ó San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia, ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean, pues ustedes, si ha influído ó no sobre mi suerte. »

Siguió la conversación sobre la misma materia hasta que volvimos á casa de S. E., donde encontramos á varias personas que le aguardaban. El Libertador quedó en tertulia hasta las nueve que se retiró á su cuarto.

Se electriza S. E. cada vez que habla de sus viajes á Europa; se conoce que ha sabido obser-

var y aprovecharse de sus observaciones. Además de la viveza de su espíritu, del fuego de su imaginación, tiene un juicio pronto y recto, sabe comparar y apreciar bien las cosas, y posee el talento, poco común, de saber aplicar sus comparaciones, según los lugares, las circunstancias y los tiempos; sabe que tal cosa es buena en sí, que es excelente, pero que no conviene por el momento, ó que es buena aquí y no allí.

Dia 11.

Hoy, domingo, el Libertador fué solo á misa, contra su costumbre, porque siempre nos mandaba á llamar para que lo acompañáramos, cuando estábamos ausentes. Durante el tiempo que ha permanecido en Bucaramanga no ha dejado una sola vez de ir á la iglesia en los días de fiesta, y el cura tiene destinado á un padrecito muy expedito para que diga la misa á que asiste S. E. No hay hora fija para la misa, antes ó después del almuerzo, según el deseo del Libertador, y aquella misa es muy concurrida, porque todos

quieren ver á S. E. y vienen muchos campesinos con ese único objeto.

Después del mediodía, y antes de la comida, vino S. E. á casa del general Soublette, donde estábamos todos reunidos; se recostó en una hamaca que está en medio de la sala que sirve de oficina, y se puso á conversar con muy buen humor y mucha familiaridad. Se quejó de lo larga que había sido la misa, como para excusarse de no habernos mandado á llamar para acompañarlo. Inició después una larga conversación sobre la nobleza de Caracas pasándola toda en revista. Habló del general de división Francisco Rodríguez Toco diciendo que hacía más mérito de su título de marqués que del de general; dijo que era uno de sus mejores amigos y que merecía toda su confianza. « El marqués, prosiguió, es el prototipo de la franqueza, de la amenidad y de la jovialidad de nuestros buenos antepasados; es verdaderamente noble en sus sentimientos, en su conducta, como lo es por el nacimiento; nadie más generoso, más servicial y mejor amigo; es el Epicuro caraqueño; su mesa es la de un gastrónomo y está puesta no sólo para todos sus numerosos amigos sino también para cualesquiera

personas decentes que vayan á visitarlo; todos los días hay reuniones de amigos en su casa, y es su gusto obsequiarles con la mayor naturalidad. »

Sostuvo en seguida S. E. que el general Sucre es de familia noble y antigua, y que es falso lo que se ha dicho sobre su nacimiento.

Salimos de casa del general Soublette para ir á comer. El buen humor del Libertador continuó durante toda la comida. Varió la conversación muchas veces, y hasta nos refirió parte de la historia de Lope de Aguirre y de su muerte, escogiendo los pasajes y rasgos más interesantes y heroicos. Contó también algo de la historia de un gobernador español, Garcí González, cuyo apellido se dió á una fruta descubierta en Venezuela por un indio. Los hechos heroicos los cuenta el Libertador con mucha vivacidad y mucho fuego, y son los que más le gusta contar.

La conversación se hizo después general; pero interrumpiéndola S. E. como inadvertidamente, y observando que el tiempo estaba lluvioso, dijo : « ¿Quién se va á poner en marcha con este tiempo? Es mejor quedarse aquí, y así no descontentaré á nadie, pues me llaman de Bogotá, de

Caracas, de Cartagena, y hasta de Ocaña, y no puedo complacerlos á todos».

Toda la tarde, después de la comida, y hasta las nueve de la noche, dimos un largo paseo á caballo, y luego estuvimos en tertulia donde el cura con el Libertador. Vuelto á casa S. E. habló de nuevo del general Sucre, y nos hizo el retrato siguiente del presidente de Bolivia : « Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico; capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la República, y el primer hombre de Estado. Sus ideas son excelentes y fijas; su moralidad, ejemplar; grande y fuerte su alma. Sabe persuadir y conducir á los hombres; los sabe juzgar, y si en política no es un defecto el juzgarlos peores de lo que son en realidad, el general Sucre tiene el de manifestar demasiado los juicios desfavorables que hace de ellos. Otro defecto del general Sucre es el de querer mostrarse en extremo sencillo, muy popular, y el de no saber ocultar que en realidad no lo es. ¡Pero qué ligeras manchas sobre tantos méritos y tantas virtudes que no se muestran, y que para verlas es menester un ojo muy observador! Á todo esto añadiré que el

Gran Mariscal de Ayacucho es valiente entre los valientes, leal entre los leales, amigo de las leyes y no del despotismo, partidario del orden, enemigo de la anarquía, y, finalmente, un verdadero liberal. »

Poca gana tenía el Libertador de ir á dormir, y continuó conversando. Habló de la masonería, diciendo que también él había tenido la curiosidad de hacerse iniciar para ver de cerca lo que eran aquellos misterios, y que en París se había recibido de Maestro, pero que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella antigua asociación; que en las Logias había encontrado algunos hombres de mérito, bastantes fanáticos, muchos embusteros y muchos más tontos burlados; que todos los masones se asemejan á unos niños grandes jugando con señas, morisquetas, palabras hebraicas, cintas y cordones; que, sin embargo, la política y los intrigantes pueden sacar partido de aquella sociedad secreta; pero que en el estado de civilización de Colombia, de fanatismo y de preocupaciones religiosas, no era político valerse de la masonería, porque para hacerse él de algunos partidarios en las Logias se hubiera atraído el odio y la censura

de toda la Nación, movida entonces contra él por el clero y los frailes que habrían aprovechado aquel pretexto; que, por lo mismo, poco podía hacerle ganar la masonería, y mucho perder en la opinión.

Día 12.

El correo de Venezuela llegó por la mañana, y S. E. pasó parte de ella en revisar su correspondencia y algunos impresos. Entré á su cuarto y le hallé todavía con papeles en la mano dos horas después de la llegada de dicho correo. Iba á retirarme, cuando me dijo que siguiera, que ya había concluído. « Las cartas de Caracas me afligen, dijo; todas me hablan de la miseria del país y del estado de muerte en que se encuentran los negocios mercantiles y la agricultura. Sólo el general Páez no me dice nada de todo esto, seguramente porque los suyos, sus negocios, están en buen estado, y porque poco le importa la pobreza pública. Lea su carta y verá cuán llena está de grandes sentimientos, de amistosas protestas, de consagración á mi persona, y de tantas otras cosas que no están tampoco en su

corazón y sí sólo en la cabeza del que ha escrito su carta, bien que Páez le haya dicho ponga esto y estotro y que el redactor la haya compuesto á su gusto. El general Páez, mi amigo, es vano y ambicioso; no quiere obedecer sino mandar, sufre al verme más arriba que él en la escala política de Colombia, no conoce su nulidad, y el orgullo de la ignorancia le ciega. Siempre será una máquina de sus consejeros, y las voces de mando sólo pasarán por su boca, pero vendrán de otra voluntad que la suya; yo lo conceptúo como al hombre más peligroso para Colombia, porque posee medios de ejecución; tiene resolución, prestigio entre los llaneros, que son nuestros cosacos; puede el día que quiera apoderarse de la plebe y de los negros y zambos. Este es mi temor, que á muy pocos he confesado, y que digo á usted muy en reserva.»

Estaba siguiendo la conversación con S. E. cuando entró el coronel Santana, secretario particular. El Libertador le dió varias cartas, le explicó lo que debía contestar á cada una y le ordenó que se las llevara á su casa. S. E. le habló con un tono muy seco, habiendo observado yo, de dos días atrás, una gran reserva de parte de

Santana y mucha frialdad de parte del Libertador. Salido el secretario particular,y después de haber dado dos ó tres vueltas por el cuarto, sin hablar, S. E. tomó la palabra diciéndome : que la apatía de Santana era increíble, que no había un hombre más dejado ni más interesado, lo cual era extraordinario. « Todo es frío en Santana, continuó el Libertador; su espíritu, su corazón y su cuerpo participan de aquella indolencia moral. Sólo su memoria tiene alguna actividad y suple en él la falta de ideas y de imaginación. Su humor es melancólico, y Santana es ya un joven misántropo. La sensibilidad excesiva que se observa en él, viene de la debilidad de los nervios, y es, por consiguiente, una afección física y no una calidad moral. Es tímido, por esto, como por falta de mundo; nadie más abandonado con su persona, pues vive en permanente desaseo. Tiene algo de cínico, pero nada de la filosofía de Diógenes, porque ama el dinero, le gusta la buena mesa y es un glotón insaciable. No es militar, aunque viste el uniforme, y no veo qué destino civil se le podría confiar en razón de su indolencia canónica y de su ninguna experiencia en los negocios públicos; pero sabe guardar un secreto,

y esta es una cualidad que he sabido apreciar. Tal es Santana.» Llamaron al Libertador para comer, y fuímos todos á sentarnos á la mesa. La conversación rodó sobre Venezuela, y S. E. dijo algo de lo que le decían las cartas particulares que había recibido; habló de algunos arreglos civiles y militares hechos por el jefe superior de Venezuela, y de las nuevas protestaciones de amistad del general Páez, como igualmente del mal que le decía del general Santander y de la Convención, lo que, efectivamente, había visto yo en la carta que me había hecho leer.

Después de comer no salió el Libertador : trabajó una hora con el general Soublette en ver la correspondencia oficial que había venido de Venezuela y en dar sus resoluciones. En seguida dictó varias cartas particulares, que escribió su edecán A. Ibarra, y dejó el trabajo para ir á acostarse.

El Libertador tiene el talento de hacer el retrato moral de una persona; su criterio es seguro, sus pinceladas rápidas, enérgicas y verdaderas. En pocas palabras hace conocer al individuo de quien se ocupa; tengo anotadas algunas de aquellas pinceladas sobre el general

Soublette, pero hasta ahora no he podido obtener un retrato completo; sin embargo, recogeré todos los retazos, y los daré á su tiempo.

Día 13.

Á las siete de la mañana entré en el aposento del Libertador, que estaba en su cama tomando una taza de té. Me dijo S. E. que tenía el estómago algo cargado y un gran dolor de cabeza. Á poco rato entró el médico, doctor Moor, muy apurado, y S. E. se rió de su apuro. El doctor Moor recetó un vomitivo con tártaro emético, y el Libertador dijo que no lo tomaría; entonces el médico aconsejó continuar con el té y se retiró.

« Este doctor, dijo S. E., está siempre con sus remedios, y sabe que yo no gusto de drogas de botica; pero los médicos son como los obispos: aquéllos siempre dan recetas y éstos bendiciones.

« El doctor Moor está enorgullecido de ser mi médico, y le parece que esta colocación aumenta su ciencia; creo que, efectivamente, necesita de tal apoyo. Es buen hombre, y conmigo tiene una timidez que perjudica sus conocimientos y sus

luces aun cuando tuviese los de Hipócrates. La dignidad doctoral que se le ve algunas veces, es un vestido ajeno de que se reviste y le sienta mal. Está engañado si cree que tengo fe en la ciencia que profesa y en sus recetas; se las pido á veces para salvar su amor propio y no desairarlo; en una palabra, mi médico es para mí un mueble de lujo y aparato, no de necesidad; lo mismo que me pasa con mi capellán, á quien he despedido. »

¡ Qué exactitud y qué fuerza de colorido en aquel retrato ! El doctor Moor, como dice S. E., es un buen hombre; es médico, como se ve, del Libertador y además cirujano; tiene el empleo de primer comandante con grado de coronel; es inglés de nacimiento. S E. discurre muy raras veces con él, y el doctor nunca se mezcla en las conversaciones de la mesa ni de la tertulia.

El Libertador no almorzó, pero se levantó y vino á conversar con nosotros en la mesa. Al mediodía llegó de Ocaña el coronel Daniel O'Leary, edecán del Libertador; nada de nuevo trajo de la Convención; sólo confirmó las anteriores noticias, contando todos los pormenores de ellas con su modo satírico; aseguró que la mayoría de la Convención no estaría á favor de

Santander, es decir, por el proyecto de constitución redactado por el doctor Asuero, sino por el que había redactado el señor Castillo. El coronel O'Leary había salido de Ocaña el 9y nos dijo que el comandante Herrera debía ponerse en marcha el 10 ó el 11 del mismo.

Durante la comida, el Libertador no cesó de hacer preguntas á O'Leary sobre varios miembros de la Convención y sobre todas las ocurrencias que habían habido; mucho se habló del general Santander y de los principales corifeos de su partido.

Por la tarde, el general Soublette, unido con su cuñado el coronel O'Leary, hablaron al Libertador para que se concediese un pasaporte al coronel Manuel Muñoz, que se hallaba en Ocaña, para pasar á Jamaica; pero después de haberles oído á ambos, que hablaron á favor de dicho Muñoz, el Libertador les contestó con mucha sequedad : « No, señores; el coronel Muñoz debe venir á mi cuartel general á dar cuenta de su conducta, que es criminal; usted, señor Soublette, dará la orden. » En seguida se retiró á su cuarto.

Día 14.

El Libertador amaneció bueno, y al momento de sentarnos á la mesa para almorzar, me dijo : « Ya ve usted, coronel, que sin el emético del doctor me he puesto bueno; y si lo hubiera tomado, quizás estaría ahora con los humores revueltos y con calentura ». S. E. hizo nuevas preguntas al coronel O'Leary sobre Ocaña y éste, contestándole, llegó á hablar del coronel H... L... (1), diputado á la Convención por la provincia de Popayán, designándolo como uno de los principales y más ardientes satélites del general Santander. « L..., dijo entonces S. E., es malo, es un hombre sin delicadeza y sin honor, es un fanfarrón lleno de viento y vanidad; es un verdadero don Quijote. Lo poco que ha leído, lo poco que sabe, le hace creer que es muy superior á los demás; sin talento, como sin espíritu militar, sin valor y sin conocimiento alguno de la gue-

(1) Al conservar en este capítulo sólo las iniciales de ciertos nombres, no hago sino seguir el ejemplo de don Fernando Bolívar, cuando publicó en París, mutilada y adulterada, esta parte del *Diario de Bucaramanga*.

rra, se cree capaz de mandar y poder dirigir un ejército. Todo su saber consiste en el engaño, la perfidia y la mala fe. En una palabra, es un canalla. » El coronel O'Leary hizo la siguiente pregunta al Libertador: —« ¿Y qué será entonces, señor, su grande amigo, el coronel J. M. O...? — Más malo que L.... peor si es posible. Es un asesino, con más valor que el otro; un bandolero audaz y cruel; un verdugo asqueroso, un tigre feroz, no saciado todavía con toda la sangre colombiana que ha derramado. Por último, son dos forajidos que deshonran el ejército á que pertenecen y las insignias que llevan; dos monstruos que preparan nuevos días de luto y de sangre á Colombia en compañía con su digno amigo, el obispo de Popayán. Después del mediodía llegó el comandante Bernardo Herrera, que había salido el 11 de Ocaña. Dió al Libertador las siguientes noticias : que la comisión de redacción debía acabar el proyecto de contestación el 14, y que se había fijado el día 15 para su presentación y decisión; trajo algunos de los artículos principales de dicho proyecto, los cuales disgustaron mucho á S. E.; pero Herrera dijo que la adopción de ellos se paralizaría con la presenta-

ción del proyecto formado por el señor Castillo, lo que pondrá á los partidos en el caso de entrar en una transacción y convenir en que una nueva comisión redacte una nueva constitución, tomando los materiales en los dos citados. « ¡ Qué equivocados estàn en su diplomacia aquellos señores !, dijo el Libertador; si tal es su esperanza, es porque están ya convencidos de que el partido opuesto al suyo es más numeroso; y si tienen aquella mayoría, como lo creo, desde mucho tiempo atrás, su *ultimatum* será la adopción de su proyecto. Entre dos partidos no hay composiciones : el más fuerte gobierna al otro, y particularmente en un caso como el presente — cuando se sabe que se desecha la razón, lo mismo que el interés público, y que sólo imperan las pasiones, las ideas desorganizadoras, la ambición y el deseo de venganza. » S. E. se retiró para leer sus cartas. No volvió á salir de su cuarto sino para comer, y entonces habló de las cartas que había recibido, y que decían lo que había referido el comandante Herrera, y, además, que la Convención había reelegido para su presidente al doctor Márquez, y para vice-presidente al doctor Sotomayor, « personaje anfibio, dijo S. E.; pero más

enemigo que amigo mío ». Se hizo entonces la enumeración de todos los diputados partidarios de Santander. Según Herrera, el número es mucho más crecido que el de los miembros que marchan con el señor Castillo, y, según O'Leary, es al contrario. « Alguno se engaña, dijo el Libertador, y todo lo que ha pasado y pasa en Ocaña prueba que los que ven como Herrera no son los engañados. »

El comandante Herrera, así como el coronel O'Leary venían de Ocaña con el encargo de hablar con el Libertador á favor del coronel Manuel Muñoz; y, al efecto, le dijeron que dicho coronel les había confesado hallarse comprometido con el partido de Santander contra su opinión, y aun contra su voluntad; que nombrado diputado de la Convención por la parroquia de Panamá, y no calificado por la junta, había sido nombrado secretario de la Convención por el influjo del general Santander; que á la verdad había admitido dicho destino, pero que lo había renunciado después, y que su único deseo era retirarse á Jamaica.

« No se trata de eso, replicó el Libertador, con indignación; poco me importa todo lo que

ha dicho usted para disculpar al coronel Muñoz.

« Cuando lo hice nombrar prefecto del departamento del Istmo, y cuando desde Bogotá lo envié á Panamá, fue para que mantuviese el orden en aquel departamento, reprimiese los movimientos anárquicos y contuviese á los desorganizadores; todo esto me lo prometió y todo lo contrario ha hecho : se declaró el jefe de los demagogos en aquel departamento, formó el círculo panameño, é hizo de él una sociedad de facciosos; me ha calumniado é injuriado en aquel país, y llegado á Ocaña, su conducta no ha sido menos impropia é indecente : se ha hecho director de las intrigas, ha vuelto á calumniarme, á desopinar mi gobierno y á sembrar la división; todo lo que toca á mi persona lo puedo olvidar y perdonar, pero no debo desentenderme de la falta á sus deberes como militar y como magistrado; los ha traicionado, y por lo mismo he dado orden al general Soublette para que le mande venir inmediatamente á mi cuartel general.

Después de comer, el Libertador salió á pasear á pie; Ferguson, Wilson y yo salimos con él. La primera conversación fué indiferente; pero luego la varió S. E. y, como pensativo sobre el negocio

de Muñoz, dijo : « Yo sé que es bien difícil ser siempre el mismo hombre, y que el que no tiene principios invariables no puede tener conducta uniforme, pero es una fatalidad no haber encontrado sino ingratos; aquellos á quienes más he colmado de beneficios, aquellos á quienes he dispensado más confianza y más poder, son los que más me han vendido. »

Volviendo del paseo S. E. me dijo que sabía que casi todas las noche sel general Soublette, yo y otros jugábamos la ropilla en mi casa, y que deseaba que aquella noche se hiciese en la suya, porque tenía ganas de divertirse. Así se efectuó, y se formó un cuarto compuesto del general Soublette y el comandante Herrera, y del Libertador conmigo. La partida duró hasta las once, y al separarnos, S. E. nos dijo que nos aguardaba todos los días á las siete de la noche para *ropillar*.

Me alegro de esta circunstancia, porque también en el juego puede estudiarse al hombre, y para juzgarlo bien es preciso verlo y observarlo en todas las acciones de la vida privada, en su interior, pues la vida exterior no puede hacerlo conocer. El mariscal de Catinat decía,

con razón, que era menester ser muy héroe para serlo á los ojos de su criado ó ayuda de cámara.

Día 15.

Acabado el almuerzo, todos acompañamos á misa al Libertador, y después fuimos con él á pasar un rato á casa del cura. Sentado S. E. en la puerta de la calle, vió pasar al oficial Freyre, y me preguntó por qué no venía á comer á su mesa, como había ordenado; le contesté que Freyre por timidez y por falta de uso se hallaría en ella muy embarazado y poco en su lugar, y que por eso no le había dicho que concurriese á ella. Entonces me preguntó cuál era la conducta de Freyre, y le dije que era buena. « Pues entonces usted le dirá de mi parte que venga á comer conmigo ». Cumplí con la orden, aunque con alguna pena, porque sabía que Freyre, ascendido hacía poco tiempo de la clase de sargento al empleo de subteniente, tenía todavía aquellos modales soldadescos y, puede decirse, aquella educación de cuerpo de guardia que le hacía ridículo en la mesa del presidente de la República. Á la hora

indicada, llegó Freyre, y el mismo Libertador le indicó el puesto que debía ocupar, y en su actitud S. E. vió que, efectivamente, aquel oficial no tenía trato ninguno.

Sucedió durante la comida que el general Soublette dijo: «Alférez Freyre, páseme tal cosa»; entonces el Libertador observó al general que debía decirle «señor oficial». Hubo otro incidente: Freyre, para servirse de un plato que estaba bastante distante de él se puso de pie y estirando el cuerpo y los brazos se sirvió de dicho plato en el suyo; el Libertador le dijo entonces: «Señor oficial, no se moleste usted así en servirse; cuando un plato no está á su alcance, pida al que lo tiene al frente, porque es menos trabajo». Después de la comida, el Libertador me dijo: «Es bien rústico su oficial de Estado Mayor, sin embargo, que venga todos los días á almorzar y comer: le desbastaremos y haremos su educación».

Casi todo el día el Libertador ha trabajado en su correspondencia particular, despachando las contestaciones de las numerosas cartas que ha recibido, con O'Leary y Herrera, de Ocaña y del Magdalena. No hubo paseo después de la comida por el mismo motivo, pero hubo ropilla

desde las ocho hasta las once de la noche; la suerte fué favorable á S. E. y á mí. Después del juego, el Libertador me llamó á su cuarto, y acostándose en su hamaca me dijo que creía que él y yo jugábamos mejor que el general Soublette y Herrera, y que á suerte igual ellos no podrían ganarnos. Luego mudó la conversación y me dijo: « O'Leary ha venido para regresar á Ocaña, pero yo estoy bien convencido, á pesar de todo lo que me ha dicho, que su presencia en aquel lugar es inútil y la juzgo más bien perjudicial; yo no le dejo volver; bastante son los engañados allá; esta idea me mortifica y no puedo concebir tanta imprevisión ó poco criterio ».

Día 16.

No salió de su cuarto el Libertador esta mañana, sino para almorzar, y en la mesa no habló casi. Esta variedad en el humor de S. E. podría atribuirse á una desigualdad é inconstancia en su carácter, si el motor principal de ello no fuera únicamente la diversidad de los negocios públicos, que continuamente ocupan su imaginación y

le ponen el espíritu triste ó alegre. S. E. está siempre fluctuando entre temores y esperanzas, los que le rodean y le escriben le mantienen en esa incertidumbre y por eso se nota ese mal humor, pero, naturalmente, su carácter es jovial.

Después de mediodía el Libertador estaba ya contento y en la comida se habían disipado todas las nubes melancólicas de su espíritu. Hizo durante ella el elogio del vino, diciendo que es una de las producciones de la naturaleza más útil para el hombre; que tomado con moderación fortifica el estómago y toda la máquina; que es un néctar sabroso y que su primera virtud es la de alegrar al hombre, aliviar sus penas y aumentar su valor. Luego S. E., como por casualidad, pasó á hablar de la mantequilla y dijo : que era un manjar apetecible para muchos; que á él le gustaba bastante, pero que es muy biliosa; que se necesita de un buen estómago para digerirla y que produce flemas y bílis. Pero, contraste notable : S. E. estaba comiendo en aquel momento mucha mantequilla, ó para probar que no es cierto lo que dice, ó que tiene buen estómago, y toma poco vino después de haber hablado de sus virtudes. Cito esto porque lo he hallado singular.

Después de la comida y de un corto paseo á pie, S. E. fué á la casa del general Soublette donde estuvimos reunidos todos los de la casa del Libertador. Como de ordinario, S. E. tomó la hamaca, que el general le cedió, y trató de reanudar la conversación que se había interrumpido á su llegada. Sacó poco después del bolsillo un impreso de Lima titulado *La Prensa*. Había en él una proclama del general Sucre, presidente de Bolivia, que todos hallaron bien escrita; pero S. E. empezó á analizarla frase por frase y probó que no tenía todo el mérito que se le suponía. El mismo papel le dió motivo para hablar del señor Vidaure, á quien pintó como un hombre de algún espíritu, de conocimientos superficiales y de una grande inmoralidad. Pasó de esto á hablar de un gobierno teocrático, sosteniendo, con cierta ironía, que es el que más convendría á los pueblos de la América del Sur, visto su atraso en la civilización, su corta ilustración, sus usos y costumbres. De allí saltó S. E. á hablar de Roma; discurrió sobre su antigua república, haciendo ver la inmensa diferencia de aquella con la de América. Habló luego de César y de su muerte, haciendo una comparación idéntica,

entre los demagogos que asesinaron á aquél y los demagogos colombianos. En fin, remontó después hasta la antigua Grecia, refiriendo el furor revolucionario que había reinado en sus varias repúblicas, y concluyó discurriendo sobre Thales. « No soy el único, dijo el Libertador, en quitarle el nombre de sabio. Su opinión sobre la naturaleza de Dios es extravagante, lo mismo que sobre la del alma, su desprecio por las riquezas, la idea de no casarse por no tener hijos, y, en fin, esa multitud de otras originalidades con que nos lo pintan ».

El general Soublette, el coronel O'Leary y el comandante Herrera, viendo al Libertador muy contento, quisieron aprovechar aquel momento para interceder de nuevo en favor del coronel Muñoz; mas S. E. estuvo inexorable, y puso fin á la instancia preguntando seriamente al general Soublette si había ejecutado la orden que le había dado para la venida de dicho coronel á Bucaramanga.

Salimos luego de la casa del general Soublette y fuimos con S. E. para su casa á ropillar hasta las diez y media de la noche. Nuestra partida es bien poco interesada, pues para perder veinte pesos sería preciso estar muy de malas, y por

lo mismo, el amor propio y no el interés es el único móvil del deseo de ganar. En el juego, como en cualquiera otra acción de la vida, el Libertador manifiesta el fuego de su imaginación, la viveza de su carácter y aquel ascendiente que tiene siempre sobre todos los demás hombres. Ganando S. E. es muy chanceador, y se burla con gracia de sus contrarios; si pierde, se queja del mal juego y se irrita de la mala suerte, se levanta de su silla, juega de pie y en todas sus acciones se ve que su amor propio está herido en ver la fortuna declararse contra él y en favor de los otros. Lo he visto tirar los naipes, el dinero y abandonar el juego. Esta noche sucedió así, pero volviendo luego á sentarse dijo : « Vean ustedes. lo que es el juego : he perdido batallas, he perdido mucho dinero, me han traicionado, me han engañado abusando de mi confianza y nada de eso me ha conmovido como lo hace una mesa de ropilla; es cosa singular, que un hecho tan insignificante como es el juego, para el que no tengo vocación ninguna, me irrite, me ponga indiscreto y en desorden cuando la suerte me es contraria. ¡ Qué desgraciados deben de ser los que tienen el vicio ó el furor del juego ! Sin embargo, mañana

empezaremos de nuevo y si pierdo, les prometo que estaré más paciente que esta noche y que tendré toda la calma del general Soublette para desafiar la mala suerte». Dijo esto riendo y se retiró á su cuarto.

Día 17.

Estando almorzando, el Libertador nos dijo: «La ropilla de anoche me ha hecho meditar: yo he tenido por circunstancias que mezclarme en partidas en que se ganaba ó perdía mucho dinero, en juegos de azar tales como el monte, los naipes, ó el paro y pinto de los dados, y me mezclaba en ellos más bien con la idea de perder que de ganar. En la ropilla no es así: no es dinero lo que jugamos, sino que cada uno de nosotros pone en el juego su parte de amor propio, cuenta con su saber, cree tener más habilidad que los demás y esperanzado con todo eso se halla penosamente *desappointé* (1), como dicen los franceses, cuando la mala suerte destruye todos sus

(1) Contrariado.

cálculos y su saber; esto, pues, no sucede con los juegos puramente de azar, y sí en los de sociedad, donde el saber entra por mucho; así es que no puedo con sangre fría perder mi amor propio. Ustedes me ganaron anoche, mas espero tener mi *revanche* ó, para hablar en castellano, mi desquite. »

Con el correo de Bogotá llegado hoy, S. E. recibió cartas en que le hablan del mal recibimiento que tuvo en Londres el ministro de Colombia, y del empeño que han tomado los ministros extranjeros en Bogotá en el negocio del señor Leiderdorf. S. E. se ha manifestado muy resentido de lo ocurrido en Londres, y se ha expresado duramente contra el Gobierno inglés y su maquiavelismo. Después pasó á censurar la conducta de los agentes diplomáticos en Bogotá, por querer mezclarse en un asunto ajeno de su ministerio, y concluyó diciendo al general Soublette que diese órdenes para que no se hiciese caso de dichos empeños, y que sin reparo alguno se diese cumplimiento á lo resuelto por el Gobierno.

También llegó el correo ordinario de Ocaña, y en las cartas particulares que recibió el Libertador se le asegura que el proyecto de Constitución

presentado por la comisión será rechazado, y que se adoptará el del señor Castillo, con pocas modificaciones; aseguran los mismos corresponsales y amigos del Libertador que la mayoría de la Convención está ya de acuerdo sobre aquel punto, y ofrecen á S. E. despacharle inmediatamente un extraordinario con el parte, dicen ellos, de aquella nueva victoria. « Esto, dijo S. E. después de haber referido la noticia anterior, es más fuerte excitante que ganar ó perder una mesa de ropilla, y, sin embargo, ustedes me ven quieto y dueño de mí. Aquellos señores están todavía engañados, y esto no puede perdonarse al señor Castillo, á Juan de Francisco y al general Briceño; sin embargo, el primero me dice que los miembros de la Convención son en número de 69 á 70 y que cuenta, de un modo seguro, con 38 votos contra 31 ó 32. ¡Ah, señor Castillo! desde aquí veo y cuento mejor que usted; ¿y cuál será el bochorno y sonrojo del que se cree nuestro Talleyrand cuando vea que los Santander, Soto y Azuero lo han bailado como á un niño? Esto es lo que va á suceder, aunque no lo quiere creer todavía el señor O'Leary, uno de los grandes diplomáticos de Ocaña. » El coronel O'Leary,

que estaba presente, sonrió, pero nada contestó.

Durante la comida, nada se dijo sobre política, y la conversación general no ha ofrecido nada interesante que referir. Después de comer, S. E. se sentó en su hamaca diciendo que no tenía ganas de pasear; todos se fueron y sólo yo me quedé con él.

Pasados algunos momentos de conversación en materias filosóficas sobre el sistema del alma, S. E. dijo que los filósofos de la antigüedad habían divagado á su gusto alrededor de ella y que muchos modernos los habían imitado.

« No gusto, continuó, entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultar de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre, continuó, tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y, según el estado actual de la ciencia, no se considera á la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa, ni vale la pena disputar sobre ello; para

mí, la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, á saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del cerebro ó de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay más secreción de inteligencia.

Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones en materia de Elíseo y de Fánaro ó Tártaro, y mis ideas sobre las ficciones sagradas que preocupan todavía tanto á los mortales». — Esa filosofía, señor, dije al Libertador, es muy elevada y no veo muchos hombres en este país capaces de elevarse hasta ella. — « El tiempo, amigo mío, replicó S. E., la instrucción, las despreocupaciones que vienen con ella, y una cierta disposición en la inteligencia irán poco á poco iniciando á mis paisanos en las cosas naturales, quitándoles aquellas ideas y gusto por las sobrenaturales (1). »

(1) Estas ideas, y las que más adelante, en este *Diario*, expresa el Libertador, en materia religiosa, están de acuerdo con las que profesó toda su vida, y que constan en documentos públicos y privados. (Véase en *Bolívar, íntimo* el capítulo sobre las *Ideas religiosas del Libertador.*)

Día 18.

Esta mañana asistimos todos á misa con el Libertador, quien desde la víspera había mandado decir al cura que le hiciera preparar el coro para él y la comitiva; allí estuvimos solos, bien desahogados y con mucho menos calor que el que habríamos sufrido en la iglesia.

Antes de comer, S. E. quiso hacer una mesa de ropilla, porque, dijo, no había jugado anoche, y porque no había correo que despachar. Mientras estábamos en el juego, entró el edecán de servicio, anunciando á S. E. al cónsul de Holanda que acababa de llegar de Cartagena, y deseaba ser presentado al presidente de la República. El Libertador dijo á su edecán que no recibiría al señor cónsul, que le dijese que siguiera á Bogotá á presentarse al ministro de Relaciones Exteriores y continuó ocupándose de su juego. Aquella contestación nos sorprendió á todos; pero el Libertador no tardó mucho en decir que la conducta del cónsul en el Magdalena había sido muy impropia, y que habían ido quejas contra él

á Bogotá. Á poco rato volvió el coronel Ferguson á decir á S. E. que el cónsul había seguido inmediatamente y que nada había querido aceptar de lo que se le había ofrecido.

Se acabó el juego para ir á comer. El Libertador habló de su familia, porque le hicieron varias preguntas sobre ella; el resumen de sus contestaciones y de lo que dijo es esto : Que su padre, Juan Vicente Bolívar y su madre, Concepción Palacios y Sojo, eran naturales de Caracas; que á su muerte dejaron cuatro hijos, huérfanos ya en 1790; que los varones fueron Juan Vicente y él, Simón José Antonio, y las hembras María Antonia y Juana; que la primera casó con un Clemente, hermano del general, y tiene cuatro hijos, dos varones y dos hembras; que la segunda casó con un Palacio y sólo le queda una hija casada con el general Pedro Briceño Méndez; que su hermano Juan Vicente tuvo dos hijos naturales legitimados, un varón y una hembra, casada con el general Laurencio Silva; que el número de sus sobrinos y sobrinas es considerable, así como los hijos de éstos; que él sólo no ha tenido posteridad, porque su esposa murió muy temprano, y que no ha vuelto á casarse, pero que no se crea

que es estéril ó infecundo, porque tiene prueba de lo contrario.

Después de comer, dimos con el Libertador un largo paseo, recorriendo las faldas de las alturas de Bucaramanga; volvimos á desmontarnos y seguimos después á casa del cura. No hubo ropilla por la noche, y S. E. se retiró temprano; Ferguson y yo nos quedamos algunos instantes con el Libertador, que nos dijo hallarse bastante fastidiado en Bucaramanga; que, sin embargo, se quedaría todavía algún tiempo, pero que pensaba ir á pasear dos ó tres días al campo. Luego dijo S. E. á Ferguson. « Usted no se encuentra bien con O'Leary, y como son paisanos me causa extrañeza. — Ni él conmigo, contestó Ferguson; creo que mi carácter es demasiado franco para el suyo. — ¿Y con Wilson? — Amigos, contestó Ferguson, pero sin una grande intimidad, porque el orgullo de aquel joven y su presunción en creer saberlo todo, no puede menos que enfriar la amistad y alejarle á uno de su persona. — Ellos no conocen sus defectos, dijo el Libertador, y se hallarían muy mal si estuvieran sirviendo en un cuerpo y no á mi lado ». Siguió la conversación sobre otras particularidades relativas á las mis-

mas personas, y llegando después á hablar del teniente Andrés Ibarra, el Libertador dijo : « Aquel joven se parece en todo al general Diego Ibarra; sólo es menos comunicativo, menos afable. No ha podido dar pruebas de su valor, pero lo juzgo bravo y muy valiente; estoy ya seguro de sus sentimientos de lealtad, y de que sabe guardar un secreto. El tiempo le dará la experiencia que le falta y su talento hará que temprano se aproveche de ella. Apostaría que será siempre un militar de honor, fiel á sus deberes y á la gloria. Ojalá el ejército colombiano tuviera muchos oficiales con iguales sentimientos, educación y capacidad ». En seguida S. E. dijo al coronel Ferguson que aprovechara el primer correo para informar al general Flores de todas las noticias de Ocaña, Cartagena y Venezuela.

Día 19.

Esta mañana, en el almuerzo, habló el Libertador con ironía del correo extraordinario que debe enviarle el señor Castillo para anunciarle la adopción de su proyecto de constitución,

diciendo que ya tardaba su venida, pero que él pensaba ir á encontrarlo hasta el pueblo de Río Negro, donde había determinado pasar dos ó tres días. « Vendrán conmigo, continuó, los que quieran acompañarme y que no tengan ocupaciones aquí; los que no teman á las culebras, ni á las calenturas, ni á los zancudos, porque de todo eso se encuentra en aquel pueblo, hermoso por su situación y la fertilidad de su suelo. »

Todo el día ha estado el Libertador de un humor igual y alegre; en la comida nos habló de una acción reñida ganada por él en Ibarra, y la contó de este modo : « Mi primer proyecto no fué atacar de frente al enemigo en la fuerte posición que ocupaba, pero habiéndome puesto á almorzar con las pocas y malas provisiones que tenía entonces, y con la última botella de vino que quedaba en mi cantina y que mi mayordomo puso en la mesa sin mi orden, mudé de resolución. El vino era bueno y espirituoso; varias copitas que tomé me alegraron y entusiasmaron de tal modo, que al momento concebí el proyecto de batir y desalojar al enemigo : lo que antes me había parecido imposible y muy peligroso, se me presentaba ahora fácil y sin peligro.

Empecé el combate, dirigí yo mismo los varios movimientos y se ganó la acción. Antes de almorzar, continuó el Libertador, estaba de muy mal humor, la divina botella de madera me alegró y me hizo ganar una victoria, pero confieso que es la primera vez que tal cosa me ha sucedido. » — Señor, le dije yo entonces, si ha sido la primera vez para V. E. no es el primer ejemplo, y á un poco de vino también deben los austriacos la victoria de Collin. — « Creo haber leído el hecho, pero no me acuerdo, respondió el Libertador; refiéralo usted. » — Durante la expresada batalla, el coronel Benekendoff, del regimiento del príncipe Carlos, se hallaba de reserva detrás de una altura con su cuerpo de caballería y otros regimientos de la misma arma, y situado de modo que veía los movimientos de los dos ejércitos y sólo oía el ruido de la artillería. Mientras le llegaban órdenes se puso á almorzar con muy buena gana, excelentes platos y muy buen vino : creo que el almuerzo del coronel austriaco era mejor que el del general en jefe en Ibarra. Apenas había acabado, como S. E., de vaciar su última botella, cuando le llegó un edecán del general del ejército trayéndole orden para la retirada, é

indicándole el punto sobre el cual su regimiento y los demás debían pararse y tomar posición. El coronel subió al momento á la altura y volvió luego con los ojos encendidos, diciendo : « El enemigo viene sobre nosotros; retírense los que quieran y que los valientes me sigan ». Todos le siguieron, porque todos eran bravos; su regimiento cargó y derrotó una fuerte masa del enemigo; los otros cuerpos que se hallaban con él hicieron lo mismo; los que se retiraban volvieron cara y la batalla se ganó, la que se hubiera perdido si el expresado coronel hubiera cumplido con la orden de retirarse que acababa de recibir. El gran problema por resolver, dice el narrador de la historia, es saber si el coronel Benekendoff hubiera intentado el golpe referido antes de haber acabado su última botella; creo que no, continúa el historiador, y por lo mismo debe atribuirse al vino la victoria de Collin, ganada por el ejército del señor mariscal Daun, y quién sabe cuántas otras. — « No hay duda, dijo el Libertador, que el vino ha hecho ganar varias acciones, pero también habrá hecho perder algunas; y aunque el verdadero valor no necesita de otro estímulo que el honor, el cuerpo y el

espíritu están mejor dispuestos cuando el estómago se encuentra fortalecido.

Por la tarde hubo ropilla y duró hasta las doce; S. E. observó que es un juego fastidioso, que no ocupaba bastante la imaginación; que su movimiento es lento, y que era preciso hallarse en Bucaramanga y no saber qué hacer para ocuparse en tal diversión. Había extrañado que S. E. no hubiese hecho antes aquellas observaciones, porque á la verdad, la ropilla no es un juego capaz de ocupar y distraer un espíritu activo como el suyo.

Día 20.

Después de haber almorzado, el Libertador hizo leer al general Soublette varias cartas particulares que deben ir para Bogotá, Quito y Caracas, diciéndole que los oficios de que le había hablado deben expresar las mismas cosas. Ellas hablan del estado de crisis en que se encuentra la República, de los esfuerzos de los mal intencionados para trastornar el orden, pervertir la moral y seducir las tropas, de la vigilancia que

debe ejercitarse, del cuido de la disciplina y de la necesidad de no dejar en los cuerpos jefes y oficiales de mala conducta y principios; de alejar los sospechosos y sostener la moral de las tropas. Habiéndome quedado solo con el Libertador, continuó hablando del contenido de sus cartas, diciendo que las recomendaciones que hacía eran casi inútiles con ciertos jefes; que era lo mismo que predicar en el desierto; que en punto á buena moral era muy difícil darla al que no la tiene y exigir de éstos que vigilen la de los otros. Atribuye S. E. la depravación moral que hay en el país á la mala educación, á la falta de luces y á la pasión del juego, que dice haber en Colombia. La mala educación, que apaga todo sentimiento de honor, de delicadeza y de dignidad, facilita el contagio de las malas costumbres y de los vicios, y aleja del camino de la virtud y del honor; el juego aumenta las necesidades, corrompe al hombre de bien, es causa de muchos robos, de seducciones, traiciones y asesinatos; porque el jugador, para tener dinero, para satisfacer su pasión es capaz de todo. Siguió diciendo que se debían hacer grandes esfuerzos para desterrar esa pasión funesta que llegaba hasta per-

vertir la disciplina, haciendo que el oficial se reuniese hasta con los soldados para jugar. Que el general Valdés era uno de los que más se habían señalado por esa pasión, y por eso era el que había cometido tantas irregularidades; que Urdaneta, Páez, Santander, Montilla y tantos otros, son igualmente jugadores, pero no se comprometen á igual grado, y que aunque decía aquello con pena de dicho general, también lo consideraba como uno de los más valientes del ejército, porque todo no ha de ser malo en el hombre.

Por la noche no quiso S. E. jugar ropilla sino tresillo, diciendo que era más animado, y se continuó hasta las doce. Todas las noches mientras estábamos jugando, se tomaba una ligera cena. Nadie entra á la sala mientras dura la partida, sino el camarero y el edecán de servicio; por consiguiente, estamos siempre solos S. E., el general Soublette, Herrera y yo.

Día 21.

Á las seis de la mañana pasó el Libertador por mi casa y entró á mi cuarto diciéndome que

tenía ganas de pasear y que venía para que Ferguson y yo le acompañásemos. Yo estaba escribiendo cuando entró S. E.; mandé avisar al coronel Ferguson que estaba todavía acostado, y mientras tanto el Libertador se puso á examinar algunos libros de mi suegro, que están en mi aposento; apartó algunos y me dijo los enviara para su casa, que quería leerlos. Vino Ferguson y salimos los tres. Ferguson y yo estábamos de uniforme y el Libertador iba de paisano, como siempre (1). S. E. empezó la conversación sobre sus primeras campañas; nos declaró que el principio de su fortuna había sido una desobediencia á las órdenes expresas del coronel Labatud, comandante en jefe de las fuerzas del estado de Cartagena, que, á fines del año de 1812, obraban sobre la provincia de Santa Marta; que aquella acción y otras que siguieron lo hicieron conocer, y obtener del Gobierno de la Nueva Granada el mando de una expedición sobre Cúcuta; que en febrero del año de 13 derrotó en San José á los españoles y los persiguió hasta más allá del Táchira, en territorio de Vene-

(1) Casaca, calzones y chaleco blancos, corbata negra y sombrero de paja: nunca en Bucaramanga lo he visto de uniforme. (N. del A.)

zuela, pero que no podía avanzar más sin las órdenes del Congreso granadino; que éstas le llegaron en junio, y que el 15 del mismo mes tenía ya su cuartel general en Trujillo, donde declaró la terrible guerra á muerte, en represalia de la que se le hacía. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

(*Aquí faltan ocho páginas al manuscrito.*)

Día 22.

. . . . . .

. . . . . .

...Se habló sobre los negocios de la Convención y dijo que O'Leary seguía en la misma opinión, pero que Juan de Francisco Martín había manifestado por *primera* vez dudas sobre lo que antes esperaba; que Aranda, desde mucho tiempo atrás le decía que la mayoría no estaba con ellos, y que de todos los amigos que tenía en la Convención era el que le había hablado con más franqueza y había manifestado más tino y sagacidad. Me ha dicho igualmente S. E., que los proyectos de

Constitución no habían sido presentados, pero que estaba muy seguro de que el del señor Castillo sería rechazado, así como la moción relativa á su llamamiento.

En el almuerzo, el Libertador habló poco y nada de política; se mostró muy frío con O'Leary quien, habiéndolo advertido, no dijo una sola palabra. Hasta la hora de comer estuvo S. E. trabajando, en su correspondencia particular, con el coronel Santana. En la mesa puso la conversación sobre Ocaña y preguntó al general Soublette lo que le decían en las cartas que había recibido; éste contestó que le hablaban de los proyectos de Constitución, no presentados todavía, y de la moción que había sido rechazada. « ¿Ustedes ven, dijo entonces el Libertador, el juicio y la sagacidad de mis amigos en Ocaña? ¿Quién creerá que dicha moción ha sido hecha sin mi participación? nadie, y, por consiguiente, lo inconducente de ella, lo impolítico va á recaer sobre mi persona. Los que la han aconsejado, hecho y sostenido, son unos imprudentes. También digo lo mismo de los que la han rechazado porque se ponen en pugna con todos los que han firmado las actas. Lo digo con franqueza: si acaso hubiera

sido aprobada aquella disparatada moción, yo la hubiera considerado como una asechanza y me hubiera abstenido de acogerla. » Todo esto lo dijo S. E. con extraordinario resentimiento.

Después de comer salió el Libertador á pasear á caballo, y todos le acompañamos, menos el coronel O'Leary y el general Soublette. Íbamos despacio y al cabo de un momento de camino dijo el Libertador: «¡ Qué grandes pensadores son nuestros políticos colombianos ! Soublette y O'Leary estaban por la moción que tanto me irrita, y ni ellos ni el señor Castillo han pensado que yendo yo para Ocaña la sala de la Convención podía ser para mí lo que el Capitolio para César; no porque ninguno de los miembros fuese capaz de un acto semejante, sino porque no faltarían esbirros para eso.

Día 23.

Esta mañana regresó á Caracas el comandante Bernardo Herrera, á quien el Libertador dió ayer el despacho de primer comandante. S. E. ha dado á entender esta mañana que se irá

pronto. Hoy marchó igualmente para Ocaña el asistente del coronel O'Leary, con el objeto de llevar la correspondencia y regresar con el equipaje de su coronel, que había dejado en dicha ciudad pensando que volvería. Después de almorzar, el Libertador fué á tomar su hamaca y me llamó para traducir versos franceses al castellano; tomó la *Guerra de los Dioses* y la leyó como si fuera una obra escrita en español : lo hizo con facilidad, prontitud y elocuencia; más de una hora seguí oyéndole, con el mayor placer, y raras veces me preguntó el significado de alguna voz. En la comida volvió S. E. á hacer el elogio de dicha obra; pasó después á elogiar las de Voltaire, que es su autor favorito; criticó luego algunos autores ingleses, particularmente á Walter Scott, y concluyó diciendo que la *Nueva Heloísa* de J. J. Rousseau no le agradaba por pesada, pero que el estilo era admirable. Que en Voltaire se encuentra todo : estilo, grandes y profundos pensamientos filosóficos, crítica fina y diversión. El tiempo estaba lluvioso, lo que hizo que el Libertador no saliese á pasear, pero dijo que le gustaba, á veces, un tiempo de agua y de grandes aguaceros, porque después de una gran

lluvia parecía que la naturaleza se había renovado. En la noche hubo tresillo con el Libertador, el general Soublette y yo, porque el comandante Herrera se había marchado. Después de jugar, S. E. quiso conversar un rato, habló de su viaje para Bogotá y de que lo resolvería definitivamente á la vuelta de Río Negro, para donde iría pasado mañana. Después dijo: « Usted, general Soublette, ¿continúa resuelto á irse para Venezuela? — Sí señor, contestó el general; y tanto mi familia como mis negocios personales, enteramente perdidos, exigen con urgencia mi presencia en Caracas, durante algunos meses. — Bueno, replicó el Libertador, se le dará á usted una licencia temporal por seis meses, pero todavía no es tiempo de eso, esperemos mi salida para Bogotá. » En seguida, S. E., dirigiéndose á mí, se expresó del modo siguiente : « Usted, coronel, estará poco deseoso de volver para Pamplona con el general Fortoul, porque aunque usted no me haya hablado de sus disgustos con dicho general, yo los conozco, y por lo mismo he determinado que usted vaya para Bogotá; por el momento estará usted en el Estado Mayor general y después trataré de darle una colocación mejor;

tome usted, pues, sus medidas para esto y envíe á buscar á su señora, que debe complacerse poco en la soledad del desierto de Pamplona. » Después S. E. nos preguntó si estábamos contentos los dos de su determinación, porque podría variarla si teníamos otros deseos; y habiendo recibido las gracias, que cada uno de nosotros le dimos, se retiró para su cuarto.

Día 24.

Los correos de Bogotá, del Sur y de Venezuela, llegaron esta mañana, y las cartas particulares, así como las comunicaciones, hablan todas del estado de efervescencia de aquellos países y de la irritación general que se manifiesta contra la Convención y contra los individuos del partido santanderista que se hallan en las provincias. Toda la mañana y por la tarde el Libertador estuvo ocupado en leer y contestar la multitud de cartas que había recibido, y en la comida habló de su contenido. Después habló de la servidumbre del pueblo, siempre oprimido por los militares, clérigos, abogados y doctores y dijo

que eso sucedería aún con la Constitución más democrática, porque depende de la poca educación y de las costumbres; que en Colombia hay una aristocracia de rango, de riqueza y de empleos, equivalente por sus pretensiones á la aristocracia de título y de nacimiento en Europa; pero que las leyes y la educación irían poco á poco estableciendo el equilibrio social.

Por la noche hubo el constante tresillo, hasta las once y media. Al retirarse para su cuarto, S. E. nos dijo que mañana no iría á Río Negro, como lo había pensado, pero que el lunes ó el martes, sin falta, se pondría en camino; que mañana era domingo y que nos aguardaba temprano para ir á misa. Salí de allí con el general Soublette y éste me dijo que el Libertador no se quedaría dos días en Río Negro sin cansarse ó seguir para Bogotá, y que él no quería que quedase nada pendiente en su despacho, por lo que no acompañaría á S. E. en su paseo.

Día 25.

El Libertador quiso esta mañana almorzar temprano, después de lo cual fuimos todos á misa con

él, colocándonos, como el domingo anterior, arriba, en el coro, donde el cura había mandado situar otros asientos; la iglesia estaba llena. Al momento de alzar, una mujer cayó desmayada; los que la rodeaban se afanaron de tal suerte que en un instante el pavor se apoderó de todos los que estaban en el templo y se armó un bullicio extraordinario. El populacho se precipitó hacia la puerta, creyendo que el motivo del desorden era un temblor de tierra. Desde el coro vimos el tumulto sin saber la causa y creímos igualmente que la tierra había temblado, lo que nos hizo espontáneamente correr hacia la escalera; pero viendo que el Libertador no se había movido de su lugar, volvimos á ponernos á su lado. El padre que consagraba no abandonó el altar, donde se había quedado solo, y continuó su misa tan luego como vió que volvían á entrar los que el miedo había hecho salir. S. E. estuvo leyendo todo aquel tiempo, sin decir una palabra á nadie, sino al coronel Ferguson, á quien envió á informarse del motivo verdadero del alboroto. Antes de entrar en la iglesia, el Libertador había pasado por casa del cura, tomó de su mesa un tomo de la biblioteca americana, y eso era lo que estaba leyendo.

Aquel acontecimiento fue, sin embargo, de naturaleza capaz de causar espanto, pero el Libertador permaneció impasible, y eso nos dió á todos vergüenza, porque todos nos habíamos levantado para huir de la iglesia. El Libertador vió en nuestros semblantes el sentimiento que nos sonrojaba, y tuvo la delicadeza de no decir ni una palabra sobre aquello; cuando volvió el edecán, le oyó y no contestó nada. He referido este hecho porque pinta algo su carácter.

Después de misa, el comandante Wilson y yo nos quedamos con el Libertador en su casa. S. E. nos habló sobre su expedición en la provincia de Guayana, en el año 17; de lo peligrosa y útil que había sido; nos la presentó como el único proyecto que entonces debiera adoptarse para formar una base de operaciones, concentrar el mando, reunir todos los medios de acción dispersos y establecer unidad, sin lo cual nada de provecho podía hacerse. Que hasta entonces se habían consumado grandes esfuerzos de parte de los patriotas, pero sin ningúno ó muy pequeño resultado; que lo que él quería y trataba de lograr era uno de aquellos grandes acontecimientos que fuerzan la opinión de todo un pías

en favor del vencedor y contra el vencido, y establecen un espíritu nacional, sin el cual nada puede crearse estable en política. En aquella época, su nombre era ya conocido, su reputación se hallaba establecida, pero no como lo quería y era necesario para llegar á dominarlo todo y lograr independizar enteramente el país, hacerlo libre y constituirlo bajo el sistema central; que la muerte del general Piar fué entonces una necesidad política y salvó al país, porque sin ella iba á empezar la guerra civil de las castas, y, de consiguiente, el triunfo de los españoles. Que el general Mariño merecía la muerte como Piar por su defección, pero que su vida no presentaba los mismos peligros y que, por eso, la política pudo ceder á los sentimientos de humanidad y aun de amistad por su antiguo compañero. «Las cosas han mudado de aspecto, continuó diciendo el Libertador; entonces, la ejecución del general Piar, que fué el 16 de octubre de 1817, bastó para destruir la sedición: fué un golpe de estado que desconcertó y aterró á todos los rebeldes, desopinó á Mariño y su congreso de Cariaco, puso á todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país, me permitió pensar

y efectuar la expedición de la Nueva Granada y crear después la República de Colombia: nunca ha habido una muerte más útil, más política y, por otra parte, más merecida. En el día, la ejecución del jefe del partido que trabaja por la destrucción de Colombia, no tendría buenos resultados; la demagogia es como la hidra de la fábula: se le corta una cabeza y le nacen cien; ni la guillotina de Robespierre sería suficiente para destruirla y, por otra parte, mi nombre no debe figurar en la historia de Colombia como el de Monteverde, de Boves, de Morillo ¡ qué digo !; ellos fueron los verdugos de los enemigos de su rey, y yo lo sería de mis compatriotas. Por esto repito que las cosas han variado : la muerte de un criminal en 1817 fué suficiente para asegurar el orden y la tranquilidad, y ahora, en 1828, no bastaría la muerte de muchos centenares. »

En la comida, la conversación mudó de tema; habló de la república de Bolivia, de su extensión, clima, población y recursos. El Libertador dijo que el código que le había dado, si se sabe conservar, hará la felicidad, la grandeza y libertad verdadera de aquel país; se extendió sobre todo lo que, según él, tiene de bueno aquella constitu-

ción, y criticó igualmente algunos de sus artículos; después pasó á comparar los nombres de Bolivia y Colombia, y sostuvo que aunque el último es muy sonoro y muy armonioso, lo es mucho más el primero; los analizó, separando las sílabas y comparando las unas con las otras. « *Bo*, dijo, suena mejor que *co*; *li* es más dulce que *lom*, y *via* más armonioso que *bia*. » Luego S. E. cambió de materia y habló del congreso de Panamá, de aquella reunión de plenipotenciarios de todas las naciones independientes de la América del Sur, antes española, á cuya cabeza está Colombia. « Algunos han dicho, y otros creen todavía, dijo S. E., que aquella reunión de plenipotenciarios americanos es una imitación ridícula del Congreso de Viena, que produjo la Santa Alianza europea : se engañan los que lo creen así, y también se ha engañado más que nadie el abate de Pradt con las bellas cosas que ha dicho sobre aquel Congreso, y ha probado que no conoce la América y su verdadero estado social y político. Cuando inicié aquel Congreso por cuya reunión he trabajado tanto, no fué sino por una fanfarronada que sabía no sería coronada, pero que juzgaba ser diplomática y necesaria para que se

hablase de Colombia, para presentar al mundo toda la América reunida bajo una sola política, un mismo interés y una confederación poderosa. Lo repito, fué una fanfarronada igual á mi famosa declaratoria del año de 1818, publicada en Angostura el 20 de noviembre de 1820, en la que no sólo declaraba la independencia de Venezuela, sino que desafiaba á la España, á la Europa y al mundo. No tenía entonces casi ni territorio, ni ejército y llamé Junta Nacional á algunos individuos militares y empleados que tomaban el nombre de Consejo de Estado cuando se reunían para tratar algunos negocios que yo había resuelto ya, pero que tomaban más fuerza, al parecer que habían sido discutidos en Consejo de Estado. Con el Congreso de Panamá he querido hacer ruido, hacer resonar el nombre de Colombia y el de las demás repúblicas americanas; desalentar á España, apresurar el reconocimiento que le conviene hacer y, también, el de las demás potencias europeas, pero nunca he pensado que podía resultar de él una alianza americana, como la que se formó en el Congreso de Viena. Méjico, Chile y la Plata no pueden auxiliar á Colombia, ni ésta á aquéllos; todos los inte-

reses son diversos, excepto el de independencia; sólo pueden existir relaciones diplomáticas entre ellas, pero no estrechas relaciones sino en apariencia.

DIARIO DE BUCARAMANGA

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE

Día 26 de mayo.

Muy antes de almorzar el Libertador me mandó á llamar, y, llegado á su cuarto, donde estaba solo, me dijo : « El general Soublette me avisó ayer que no me acompañaría á Río Negro, donde iré mañana, porque tiene todavía muchas cosas atrasadas que quiere despachar; usted se quedará también sin decir que sea por mi orden, y tomará para esto cualquier pretexto que usted me dirá hoy en la comida. Yo entonces le encargaré á usted varias cosas, y, particularmente, de recogerme toda la correspondencia particular que llegue para mí y de dirigírmela con uno de los criados:

acuérdese de esto». En seguida S. E. dijo alguna cosa sobre el general Soublette, que tengo anotada con muchas otras dichas anteriormente y en varias circunstancias. Luego la conversación pasó á algunos acontecimientos del año 20 y, particularmente, sobre su entrevista con el general Morillo en Santa Ana, el 27 de noviembre de dicho año. Entre las varias cosas que me contó S. E. las más notables son éstas: «¡Qué mal han comprendido y juzgado algunas personas aquella célebre entrevista! dijo el Libertador; unos no han visto por mi parte ninguna mira política, ningún medio diplomático, y sólo la negligencia y la vanidad de un necio; otros sólo la han atribuído á mi amor propio, al orgullo y á la intención de hacer la paz á cualquier precio y condiciones que impusiera España. ¡Qué tontos ó qué malvados son todos ellos! Jamás, al contrario, durante todo el curso de mi vida pública, he desplegado más política, más ardid diplomático que en aquella importante ocasión, y en esto, puedo decirlo sin vanidad, creo que ganaba también al general Morillo, así como lo había ya vencido en casi todas mis operaciones militares. Fuí á aquella entrevista con una superioridad en todo

sobre el general español; fuí, además, armado de cabeza á pies; con mi política y mi diplomacia bien encubiertas con una grande apariencia de franqueza, de buena fe, de confianza y de amistad, pues es bien sabido que nada de esto podía tener yo para con el conde de Cartagena, y que tampoco ninguno de aquellos sentimientos pudo inspirarme en una entrevista de algunas horas. Apariencias de todo esto fue lo que hubo, porque son de estilo y de convención tácita entre los diplomáticos; pero ni Morillo ni yo fuimos engañados sobre aquellas demostraciones: sólo los imbéciles lo fueron y lo están todavía. El armisticio de seis meses que se celebró entonces y que tanto se ha criticado, no fue para mí sino un pretexto para hacer ver al mundo que ya Colombia trataba como de potencia á potencia con España; un pretexto también para el importante tratado de regulación de la guerra que se firmó tal, casi, como lo había redactado yo mismo; tratado santo, humano y político que ponía fin á aquella horrible carnicería de matar á los vencidos, de no hacer prisioneros de guerra, barbarie española que los patriotas se habían visto en el caso de adoptar en represalia, barbarie feroz que hacía

retroceder la civilización, que hacía del suelo colombiano un campo de caníbales y lo empapaba con sangre inocente que hacía estremecer á toda la humanidad. Por otra parte, aquel armisticio era provechoso á la República y fatal á los españoles; su ejército no podía aumentar sino disminuir durante dicha suspensión; el mío, por el contrario, aumentaba y tomaba mejor organización. La política del general Morillo nada podía adelantar entonces en Colombia, y la mía obraba activa y eficazmente en todos los puntos ocupados todavía por las tropas de dicho general. Hay más aún: el armisticio engañó también á Morillo, y lo hizo ir á España y dejar el mando de su ejército al general Latorre, menos activo, menos militar que el conde de Cartagena; esto era ya una inmensa victoria que me aseguraba la entera y pronta libertad de toda Venezuella, y me facilitaba la ejecución de mi grande é importante proyecto, el de no dejar un solo español armado en toda la América del Sur. Digan lo que quieran los imbéciles y mis enemigos sobre dicho asunto, los resultados están en mi favor. Jamás comedia diplomática ha sido mejor representada que la del día y noche del 27 de noviem-

bre del año 20 en el pueblo de Santa Ana. Produjo el resultado favorable que había calculado para mí y para Colombia, y fué fatal para España. Contesten, pues; á esto los que han criticado mi negociación y entrevista con el general Morillo, y que no olviden que en las ofertas de paz que se hicieron hubo, sin embargo, de parte de los negociadores colombianos, un *sine qua non* terminante por principal base, es decir, el reconocimiento previo de la República; *sine qua non* que nos dió dignidad y superioridad en la negociación».

Por la tarde, en la comida, el Libertador dijo que seguramente se iría mañana, después del mediodía, para Río Negro; entonces le pedí que me permitiese quedarme porque me hallaba algo indispuesto, y porque un fuerte y largo movimiento á caballo me sería nocivo. « Lo siento, contestó S. E., pero siendo así, usted hace bien en no ir, y para que usted no quede aquí ocioso le daré algunas cartas particulares para que me las conteste, y, además, le encargo expresamente recibir todas las que vengan para mí y enviármelas con un asistente á caballo».

Ni paseo ni juego ha habido hoy; el Libertador

quedó solo después de la comida hasta las siete de la noche que fuí á su cuarto y lo encontré leyendo. Á mi llegada, me dijo : « Venga acá y le leeré algo de la *Guerra de los Dioses*». Empezó, pero se cansó muy pronto, y me pidió el *Gabinete de Saint-Cloud*, que estaba sobre su mesa; empezó el artículo sobre Napoleón, y muy pronto lo dejó para decir : « ¡ Qué injusticia ! ¡ Qué falsedad ! » Siguió luego la misma lectura, y de repente tirando el libro sobre la mesa, desde su hamaca donde se hallaba, dijo : « Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa, y otras personas, nunca hago el elogio de Napoleón; que, al contrario, cuando llego á hablar de él ó de sus hechos es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas, y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aun necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales á los suyos, que

como él quiero hacerme emperador ó rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel grande hombre. Más aún hubieran dicho mis enemigos: me habrían acusado de querer crear una nobleza y un estado militar igual al de Napoleón en poder, prerrogativas y honores. No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como lo soy, grande apreciador del héroe francés; si me hubieran oído elogiar su política, hablar con entusiasmo de sus victorias, preconizarlo como al primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Todas estas son mis opiniones sobre Napoleón, y todo lo que á él se refiere es para mí la lectura más agradable y más provechosa; allí es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar».

Aquella confesión singular é inesperada del Libertador me sorprendió. En varias ocasiones había yo atraído la conversación sobre Napoleón, pero nunca había podido fijarme en el verdadero juicio que de él hacía S. E. Había oído algunas críticas, pero sobre hechos parciales, y

no sobre el conjunto de todos ellos, sobre toda su vida pública, sobre su genio y capacidades. Esta noche el Libertador ha satisfecho mi deseo.

Día 27.

Antes de las cinco de la mañana el Libertador emprendió su marcha para Río Negro, acompañado del cura de dicho pueblo, del coronel O'Leary, comandante Wilson, teniente Andrés Ibarra y del doctor Moore; se quedaron, por consiguiente, el general Soublett, los coroneles Ferguson, Santana y yo. Á la hora acostumbrada almorzamos en casa del Libertador, habiéndose quedado expresamente para nosotros uno de los cocineros de S. E. y los criados necesarios. Después de un rato de estar á la mesa, el coronel Santana dejó escapar un gran suspiro, como en desahogo del corazón oprimido, y dijo : « ¡ Cuán dulce es la libertad ! » Y en seguida se puso á conversar, y entre los cuatro se entabló una tertulia viva y animada sobre varias materias.

El coronel Santana nunca toma parte en la

conversación en la mesa del Libertador y sólo contesta cuando S. E. le hace alguna pregunta; fuera de la mesa, sólo se acerca al Libertador para tomar sus órdenes sobre algún negocio, ó cuando S. E. lo manda á llamar para escribir. Con el coronel Ferguson sucede casi lo mismo, pero el Libertador lo trata á éste con consideración y confianza; nunca lo abochorna en público, como hace con Santana, y se ve que S. E. estima y quiere á Ferguson.

Aunque el Libertador no esté en Bucaramanga, ni yo cerca de su persona, no por esto suspenderé mi *Diario* hasta su regreso, sino que lo continuaré como si S. E. estuviese presente, relatando lo que haya de notable y las noticias que vengan de Río Negro; además, me aprovecharé de la ausencia del Libertador para hacer su retrato físico y moral. La pintura no será hecha por un pincel hábil; pero será exacta y verídica, y tal como mis ojos lo han visto, como mi espíritu lo ha juzgado después de muchas observaciones: empiezo hoy con su retrato físico.

RETRATO FÍSICO DEL LIBERTADOR

El general en jefe Simón José Antonio Bolívar, cumplirá cuarenta y cinco años el 24 de julio de este año (1828); representa, sin embargo, cincuenta. Su estatura es mediana, el cuerpo delgado y flaco, los brazos, los muslos y las piernas descarnados. La cabeza larga, ancha en la parte superior, y muy afilada en la inferior. La frente grande, despejada, cilíndrica y surcada de arrugas hondas cuando el rostro no está animado y en momentos de mal humor y de cólera. El pelo crespo, erizado, abundante y canoso. Los ojos, que han perdido el brillo de la juventud, conservan la viveza de su genio : son profundos, ni pequeños ni grandes; las cejas, espesas, separadas, poco arqueadas y más canosas que el pelo. La nariz, proporcionada. Los huesos de los carrillos, agudos, y las mejillas chupadas en la parte inferior. La boca algo grande, y saliente el labio inferior; los dientes, blancos y la risa agradable. La barba larga y afilada. El rostro moreno y tostado, y se oscurece más con

el mal humor; entonces el semblante cambia, las arrugas de la frente y de las sienes se tornan más profundas, los ojos se achican, el labio inferior se pronuncia más y la boca es fea; en fin, aparece una fisonomía diferente, un rostro ceñudo que manifiesta pesadumbre, pensamientos tristes é ideas sombrías. Cuando está contento, todo esto desaparece; la cara es risueña y el espíritu del Libertador brilla sobre su fisonomía. S. E. no usa ahora bigote ni patillas. Tal es el retrato físico del Libertador. Su fisonomía (sea que se examine según los sistemas de Gall ó de Lawather) es la de un hombre extraordinario, de un gran genio, de una inmensa inteligencia, de un profundo pensador.

Su retrato moral hará ver que no son falsas aquellas señas físicas y exteriores.

Día 28.

Hoy vino el correo de Ocaña; pero, á su paso ayer por el pueblo de Río Negro, el Libertador tomó la correspondencia y se quedó con ella. Dos cartas de S. E. ha traído el mismo correo,

una para el señor general Soublette y la otra para mí. Las noticias que hay en la mía son éstas:

Que la Convención está discutiendo el proyecto de reformas, ó código constitucional presentado por la Comisión el día 21; que dicho proyecto, obra casi toda del doctor Vicente Azuero, se resiente del espíritu y principios de dicho señor; que el sistema todo es una federación disfrazada, bajo un fantasma de Poder Ejecutivo Central, el que se vería continuamente entorpecido en su marcha, impedido en sus movimientos por las 20 legislaturas particulares que deben establecerse en los 20 departamentos que deben crearse, en lugar de los 12 existentes, quedando también suprimidas las provincias y sus gobernadores; que la tal Constitución es un disparate digno de su autor, y un medio de trastorno general en toda la República y de desorganización. Que el doctor Soto había sido electo presidente de la Convención, y que hasta en sus elecciones la mayoría de aquel cuerpo hacía ver el espíritu de jacobinismo que lo animaba y su desprecio hacia la opinión general de la Nación. Me dice también el Libertador, que volverá pasado maña-

na, y que Río Negro es un lugar bien detestable é insalubre.

RETRATO MORAL DEL LIBERTADOR

Nació el general Bolívar con un genio fecundo y ardiente, con una inteligencia inmensa y relativa al órgano cerebral que le dió la naturaleza. Una primera educación, no brillante, pero esmerada y de caballero, desarrolló temprano aquellas facultades naturales, las dirigió á todos los conocimientos y hacia todas las instrucciones y luces, así es que el talento y el espíritu del Libertador, cultivados y auxiliados por una memoria admirable, han podido abrazar fácilmente y ejercitarse á la vez en las ciencias, las artes, la literatura, y dedicarse, más profundamente, á la ciencia política y al arte de la guerra, como también al oratorio y al de escribir en los diferentes estilos que debe emplear el hombre público, el militar y el hombre privado.

El Libertador es enérgico. Sus resoluciones,

férreas, y sabe sostenerlas; sus ideas jamás comunes: siempre grandes, elevadas y originales. Sus modales afables, con el buen tono de los europeos de la alta sociedad. Practica la sencillez y modestia republicanas, pero tiene el orgullo de un alma noble y elevada, la dignidad de su rango y el amor propio que da el mérito y conduce al hombre á las grandes acciones. La gloria es su ambición, y sus laureles haber libertado diez millones de hombres y haber fundado tres Repúblicas. Su genio es emprendedor, y une á esta calidad la actividad, la viveza, infinitos recursos en las ideas y la constancia necesaria para la realización de sus proyectos. Es superior á las desgracias, al infortunio y á los reveses; su filosofía lo consuela y su espíritu le suministra medios para repararlos. Cualesquiera que éstos sean sabe aprovecharse y valerse de ellos; su política no perdona ninguno, pero, como conoce á fondo el corazón humano, sabe dar ó negar su estimación á los instrumentos de que se ha valido, según el móvil que los ha movido. Es susceptible de mucho entusiasmo. Su desinterés es igual á su generosidad. Le gusta la discusión; domina en ella por la superioridad de su espíritu, pero se

muestra algunas veces demasiado absoluto, y no es siempre bastante tolerante con los que le contradicen. Desprecia la vil lisonja y los bajos aduladores; la crítica de sus hechos lo afecta; la calumnia lo irrita, y nadie es más amante de su reputación que él. Pero su corazón es mejor que su cabeza. La ira nunca es en él duradera; cuando ésta se manifiesta, se apodera de la cabeza y nunca del corazón, y luego vuelve éste á tomar su imperio y destruye al instante el mal que la otra ha podido hacer.

Estos son los rasgos generales y característicos del ser moral del Libertador; pero, para hacer conocer á fondo su persona, faltan todavía algunas notas particulares y detalladas sobre su carácter, costumbres y usos que pienso escribir mañana para que quede completo el retrato.

Día 29.

Estábamos comiendo los cuatro que hemos quedado aquí, cuando se nos apareció el Libertador con los de su comitiva, á quienes aguardábamos mañana. Llegaron todos con mucha hambre

y buen humor, pero quejándose de Río Negro y pintándonoslo como el lugar más desagradable y más triste de Colombia. La conversación empezó y siguió sobre varias bagatelas durante toda la comida. Después de ésta, todos se retiraron, excepto el general Soublette y yo que nos quedamos creyendo que S. E. quería divertirse un rato con el tresillo; mas el Libertador venía muy cansado y fué á echarse en su hamaca, llamándonos para conversar. Luego empezó á hablar de su viaje para Bogotá como de un proyecto determinado y necesario. « No sé todavía, dijo, qué día podré emprenderlo porque estoy aguardando otras noticias de Ocaña, pero del 10 al 12 del entrante creo que me pondré en marcha. Usted, general Soublette, no vaya á escribir esto á Ocaña, porque no quiero que sepan todavía mi resolución, y tampoco debe hablarse de ella aquí. Vean ustedes cómo se han puesto las cosas: el señor Castillo es de buena fe, pero se ha dejado burlar como un niño, y ya lo confiesa diciendo que á su turno los engañará también; pero no me dice de qué modo y no lo penetro yo tampoco: ofrece comunicarme su plan por el primer correo. ¡Qué tarde ha venido á desengañarse el astuto,

probo y prudente señor Castillo! Á que nos...
. . . . . (1)
una confianza ciega sobre nuestro talento y nuestra presunción. Ellas paralizan muchas veces nuestra habilidad y experiencia y es lo que precisamente ha sucedido al señor Castillo, cosa rara, porque nadie lo aventaja en desconfianza ni él se entrega ordinariamente con tanta facilidad. »

La conversación continuó sobre la misma materia, hasta que el Libertador nos dijo que estaba con mucho sueño y que iba á dormir.

Ayer ofrecí escribir las notas complementarias del retrato moral del Libertador. Ellas, como lo he dicho, son necesarias para dar un conocimiento perfecto del general Bolívar como hombre público y como hombre privado. No separo nada, todo va mezclado y hasta con algunas repeticiones que no juzgo superfluas, sino que estimo como una sucesión de sombras necesarias que hacen resaltar más la principal figura del cuadro, la ponen más en evidencia y la muestran en todas las situaciones.

(1) Laguna en el manuscrito

GENIO, CARÁCTER, USOS Y COSTUMBRES DEL LIBERTADOR

La actividad de espíritu y de cuerpo mantiene al Libertador en continua agitación. Quien lo viera y observara en ciertos momentos, sin conocerlo, creería ver á un loco. En los paseos á pie que hacemos por las tardes con él, su gusto es, á veces, caminar muy á prisa y tratar de cansar á los que lo acompañan; otras ocasiones se pone á correr y á saltar dejando atrás á los demás; luego los aguarda y les dice que no saben correr. En los paseos á caballo hace lo mismo, pero todo esto cuando está solo con los suyos. Cuando el mal tiempo impide los paseos, S. E. se desquita en su hamaca, meciéndose con velocidad, ó se pone á pasear á grandes pasos por los corredores de su casa, cantando, algunas veces, y otras recitando versos, ó conversando con los que pasean con él. Cuando discurre con algunos de sus amigos, tan pronto muda de conversación como de postura; parece entonces que no hay nada estable en él. ¡ Cuán diferente es S. E. en una visita de etiqueta ! Con sus compañeros parece igual

á ellos, el más alegre, y, á veces, el más loco. En visita, tiene la superioridad sobre todos, por su conversación viva é ingeniosa, su buen gusto y su cortesanía. Su ademán de hombre de mundo, sus modales distinguidos, lo hacen pasar por el más gentil, el más instruído y el más cortés de los contertulios.

La cólera del Libertador dura poco; unas veces es ruidosa, otras silenciosa. La primera la pasa con algún criado, regañándolo, ó echando á solas c... Sin estar colérico, S. E., á veces es silencioso y taciturno : entonces tiene algún pesar ó proyecto entre manos, y hasta que haya tomado su resolución, que comúnmente es pronto, no le pasa el mal humor ó la inquietud.

Las preguntas de S. E. son cortas y concisas, y le gustan respuestas semejantes. No tolera nada difuso. Sostiene con fuerza y con tenacidad sus opiniones, y, cuando desmiente á alguno, dice : « No señor, eso no es así, sino así... » Hablando de personas que no le agradan y que desprecia, se sirve mucho de esta expresión : « Aquel c... aquellos c... » Es muy observador y nota hasta los más pequeños detalles. No le gustan los mal educados, los atrevidos, los char-

latanes, los indiscretos, ni los descomedidos, y los critica ponderando siempre sus defectos.

El Libertador se viste elegantemente; todos los días, ó por lo menos cada dos días, se afeita él mismo; se baña mucho, cuida sus dientes y el pelo. Aquí anda siempre de paisano : botas altas á lo escudero, corbata negra puesta á lo militar, chaleco blanco, también militar, pantalones del mismo color, levita ó casaca azul y sombrero de paja.

S. E. es ambidextro. Su edecán Ibarra me ha asegurado haberlo visto pelear con ambas manos, y, teniendo cansada la derecha, pasar el sable á la izquierda. Así sucedió en unos encuentros que tuvo en la derrota de Barquisimeto, en noviembre del año 13, y en la Puerta, el año 14. S. E. se afeita, trincha y maneja el florete con ambas manos. No fuma ni permite que se fume en su presencia, no toma rapé, y nunca hace uso de aguardiente ú otros licores fuertes. En el almuerzo, no toma vino; en la comida dos ó tres copitas de Burdeos, sin agua, ó de Madera, y una ó dos de champaña. Muchas veces no prueba el café. Come bastante al almuerzo y á la comida, y le gusta mucho el ají y las pimientas, pero prefiere

el ají. Me acuerdo, á propósito, de lo que nos refirió un día : « En el Potosí, dijo, en una gran comida con que me obsequiaron, en la cual se gastaron más de seis mil pesos, se encontraban muchas señoras; observé que algunas, y especialmente las que estaban á mi lado, no probaban bocado á causa de que no le habían puesto ají á los guisados, como se acostumbra en aquel país, por temor de que á mí no me agradara. Yo pedí entonces, y al punto se puso ají en la mesa y todos comieron con mucho apetito. Algunas señoras se lo comían solo con pan. » El Libertador prefiere las arepas de maíz al mejor pan; come más legumbres que carne, casi nunca prueba los dulces, pero le gustan mucho las frutas. Prepara él mismo la ensalada, y dice que nadie la prepara mejor que él, y que esa habilidad la debe á las damas de Francia.

He dicho ya que el Libertador sabe tomar un tono de dignidad cuando se encuentra entre personas de poca confianza, pero que se desembaraza de él cuando está con los suyos. En la iglesia se mantiene con mucha compostura y respeto, y no permite que los que van con él se aparten de aquella regla. Un día notó que su médico, el doc-

tor Moore, estaba sentado y con una pierna sobre la otra, y le mandó decir con un edecán que era indecente cruzar las piernas en la iglesia y que observara cómo él tenía las suyas. Pero S. E. ignora, cuando está en misa, el momento en que debe ponerse de rodillas, ó mantenerse en pie, ó sentarse. Nunca se persigna. Algunas veces habla con el que está á su lado, pero poco y muy pasito.

Las ideas del Libertador son como su imaginación : llenas de fuego, originales y nuevas. Ellas animan mucho su conversación haciéndola muy variada. Su espíritu es más amigo de la crítica que del elogio, pero nunca á sus críticas ó á sus elogios les falta la verdad.

S. E. alaba, siempre ó sostiene, ó aprueba, con algo de exageración.

Lo mismo sucede cuando critica ó cuando condena. En la conversación hace muchas citas, pero siempre bien traídas. Voltaire es su autor favorito, y tiene en la memoria muchos pasajes de sus obras, tanto en prosa como en verso. Conoce bien todos los buenos autores franceses, algo los italianos é ingleses, y es muy versado en la literatura española. Gusta mucho S. E. de hablar de sus primeros años, de sus primeros viajes, de sus

primeras campañas, de sus antiguos amigos y de sus parientes. No he oído nunca una calumnia en su boca. El Libertador ama la verdad, la heroicidad, el honor, las consideraciones sociales y la moral pública, y detesta y desprecia todo lo que se oponga á estos grandes y nobles sentimientos.

Día 30.

Hoy se han recibido los correos ordinarios de Venezuela, de Bogotá y del Sur, y las cartas particulares hablan más que nunca del estado de fermentación de todos aquellos países, de odio contra el partido demagógico y contra la mayoría de la Convención, y de los esfuerzos casi ya impotentes de las autoridades para el sostenimiento del orden y de la tranquilidad públicas. S. E. nos leyó varias de sus cartas y todas hablan el mismo lenguaje; todas muestran la irritación de los pueblos y de las tropas y el deseo que hay, por todas partes, de desconocer la Convención, declararla sin poder de los pueblos, y hacer una matanza de los demagogos. «Una señal bastaría para

eso, dijo el Libertador, y mis enemigos, los de Colombia, no quieren ver que su exterminio está en mis manos y que tengo la generosidad de perdonarlos. Cualquiera de ellos en mi lugar no dejaría de dar la señal no sólo para mi asesinato sino para el de todos mis amigos, de todos mis partidarios y de todos los que no profesan sus opiniones. Tales son nuestros liberales : crueles, sanguinarios, frenéticos, intolerantes y cubriendo sus crímenes con la palabra *Libertad* que no temen profanar. Se creen tan autorizados para sus crímenes políticos como pensaban los inquisidores y cuantos han derramado sangre humana en el nombre de Dios y de la Iglesia. » Todo el día casi lo pasó S. E. leyendo la *Historia de Colombia*, del señor José M. Restrepo, su ministro del Interior, que se recibió hoy por el correo. En la comida, el Libertador habló de ella y de los acontecimientos que refiere de Cartagena en el año de 1815; citó varios pasajes y dijo que el señor Restrepo los relataba con bastante exactitud. « Su libro, á lo menos, siguió diciendo S. E., es una Historia, y no la faramalla que bajo el título de *Historia de la República de Colombia* ha publicado un señor Lallement. ¡ Qué falsedad

en los hechos y qué falta de detalles! ¡Qué juicio y crítica tan erróneos hace de ellos; qué política tan trivial y tan rastrera! He visto muchos malos libros, pero ninguno peor que el de dicho señor Lallement; no con respecto á su estilo, que es conciso y correcto.» Luego siguió hablando de la misma obra del señor Restrepo, y pasó á tocar lo que se dice del general Mariano Montilla y de su conducta entonces. «¡Ah, exclamó S. E.; lo que puede el tiempo y las circunstancias sobre los hombres y sus opiniones! Montilla, en aquella época y mucho después, era y fué mi más encarnizado enemigo; su odio y su envidia, unidos á su ambición, que siempre ha sido grande, le hacían aconsejar y sostener al brigadier Castillo, que tenía iguales sentimientos hacia mí. Montilla era entonces uno de los más furiosos y más activos apóstoles del partido sedicioso que se había levantado en Cartagena contra el gobierno de la Unión, y en el día ¿cómo es el mismo Montilla? Se manifiesta mi mejor amigo. Aquellos rígidos principios democráticos y republicanos que aparentaba entonces han desaparecido. Es partidario del absoluto centralismo y uno de los que más aconsejan la formación del Grande Imperio

americano, de aquella reunión disparatada, impolítica y aún impracticable de las tres repúblicas de Colombia, Perú y Bolivia, y que quiere que se extirpen todos los principios demagógicos y sistemas de pura democracia. » Dicho esto, el Libertador fué á su hamaca á continuar su lectura y sus observaciones sobre la obra del señor Restrepo; no hubo, por consiguiente, paseo, juego ni conversación.

Es muy natural el anhelo del Libertador por imponerse de una historia que es la suya propia, de los anales de una nación libertada y fundada por él, de hechos que él mismo ha dirigido, de sucesos que ha presidido, de medidas que ha ordenado y de resultados que él mismo ha producido. Ver, pues, cómo el señor Restrepo presenta todas aquellas grandes circunstancias y acontecimientos, cómo los desarrolla, cómo hace figurar las principales personas que han tomado parte directa en la causa de la independencia, tanto en los negocios políticos como en los de la guerra; las intenciones, hechos y carácter que les asigna; ver cómo refiere las campañas, las batallas á que se debe la libertad del país; cómo sigue el movimiento de los varios ejércitos amigos y enemigos,

la política de los varios gobiernos, sus medidas y providencias, todo esto, y todos los demás detalles que deben entrar en la Historia de una nación, tienen que ser del más grande y más alto interés para el héroe de aquella misma historia. Nadie tampoco puede ser mejor juez de la exactitud y verdad de dicha obra que el mismo Libertador. Estoy, pues, muy curioso de conocer su juicio y opinión sobre ella y sobre el señor Restrepo como escritor é historiador.

Dia 31.

« Hoy hace dos meses que estoy en esta villa, y aun no hemos visto el desenredo de las intrigas de los partidos en Ocaña; conocemos, sí, cuál es el espíritu de la mayoría de la Convención, cuál es la Constitución que quiere aquel partido, cuáles son sus miras y proyectos sobre la pobre Colombia; pero no hemos visto todavía ningún resultado legislativo; no sabemos cuál es el nuevo proyecto del señor Castillo, herido profundamente en su amor propio; no sabemos qué fin puede proponerse aquel señor ni si logrará sus

miras. En esto estamos; dos meses, digo, han pasado causando al Estado fuertes gastos por las dietas de diputados que trabajan para la ruina nacional, que pasan su tiempo fomentando la desunión y el odio entre los pueblos, que se burlan de ellos y preparan la guerra civil. » Esto me dijo el Libertador esta mañana al entrar en su cuarto donde lo encontré con la obra del señor Restrepo en la mano. Seguidamente, S. E. me dijo : « De todos nuestros Congresos, el de Cúcuta del año 21 es el que más ha hecho, el que ha tenido las mejores intenciones, el que ha mostrado un verdadero patriotismo, un amor patrio que se ha corrompido y está apagado en el corazón de casi todos nuestros legisladores. Hablo á usted de esto porque estaba reflexionando sobre nuestras asambleas nacionales después de haber leído lo que dice Restrepo de las de Ibagué y Tunja, en los años de 11, 12 y 13, en los tiempos de nuestro delirio que está renaciendo.

« Restrepo, dijo S. E., es rico en pormenores históricos; posee una abundante colección de detalles, y no hace gracia de ninguno de ellos; los sucesos principales los refiere todos con exactitud cronológica, pero hay algunos errores de con-

cepto y aun de hecho en varios de sus relatos, particularmente cuando habla de operaciones militares ó hace descripciones de batallas y campañas. Su estilo, sin ser propiamente el que conviene á la Historia, es animado y sostenido á veces, otras cae en lo difuso y fastidioso; pero su obra, en conjunto, constituye los anales históricos y cronológicos de Colombia. Otro defecto de Restrepo es la parcialidad que se transparenta en varios pasajes. Respecto de mí, se ve á las claras la intención de complacerme y el temor que abriga de criticar francamente algunos de mis actos. Se ha dedicado á adularme, y esto porque estoy vivo, porque estoy en el poder, porque me necesita y no quiere indisponerme. Convengo en que puede escribirse la historia aun en vida de sus actores, pero confieso también que no puede escribirla con imparcialidad quien, como el señor Restrepo, se encuentra, con respecto á mí, en una situación política subalterna. Hago esta observación porque recuerdo que se ha dicho, con razón, que la posteridad para los grandes hombres empieza mucho tiempo antes de su muerte, y que, por lo mismo, su historia puede escribirse durante su vida. Sea lo que fuere,

no nos hallamos ya en los tiempos en que la historia de las naciones era escrita por historiógrafos privilegiados á los cuales se les daba entera fe sin examen... Son los pueblos los que deben escribir sus anales y juzgar á sus grandes hombres. Venga, pues, sobre mí el juicio del pueblo colombiano; es el que yo quiero, el que apreciaré, el que hará mi gloria (1).»

De esto pasó S. E. á hablar del señor Zea, diciendo que era uno de los hombres que más lo habían engañado; que lo había juzgado íntegro, pero que puede llamarse un verdadero ladrón; que el señor Restrepo no decía bastante respecto de aquel gran prevaricador; que otro tanto puede decirse del señor Hurtado, ex-agente de Colombia en Inglaterra, añadiendo que era bien extraño que dos hombres de bien, como son los señores Joaquín Mosquera y Arboleda hubiesen tomado el partido y la defensa de dicho Hurtado; que tal encargo habrían debido dejarlo al general Santander, á Montoya y Arrublas, cómplices en los robos de Hurtado.

(1) La *Historia de Colombia*, del señor Restrepo, á pesar de sus errores y vacíos, es considerada hoy, aun por escritores venezolanos como la más seria y completa que se haya publicado.

Por la tarde, el Libertador hizo despachar órdenes para la permuta de los señores generales Lara y Carreño, es decir, para que el primero pase de Maracaibo á Barinas, y el segundo de Barinas á Maracaibo. Hizo oficiar igualmente al señor obispo de Mérida, reprendiéndole fuertemente por haberse mezclado en algunos negocios políticos de Maracaibo, haciéndole ver que las personas que ha protegido son individuos partidarios de los españoles, y por lo mismo enemigos de la independencia y del Gobierno de la República, que en ningún tiempo habían tomado el menor interés en los asuntos del país, y que, por lo mismo, el Poder Ejecutivo no podía menos que mirarles como malos ciudadanos y como individuos peligrosos.

La permuta de los referidos generales Lara y Carreño es consecuencia de varias quejas sobre ambos, nacidas del modo un poco brusco con que tuvieron que cumplir algunas órdenes del Gobierno, particularmente la de un empréstito en Maracaibo, que llegó á hacerse forzoso, y una lista de repartición algo injusta. El Libertador, en cartas particulares, los reconviene á ambos, y dice al general Lara que ha ido á hacer un muy mal apren-

dizaje á Maracaibo en el arte de gobernar; que en Barinas debe conducirse con más prudencia y moderación; que hay un modo de cumplir los deberes sin dar á la ejecución de sus medidas un color de vejación y de arbitrariedad; que es preciso que lo aprenda y se acostumbre á despojarse de aquel genio duro, áspero y retraído que le procura muchos enemigos; que, en fin, debe acordarse con qué modo se conduce el general Salón en tales casos. Este pasaje de su carta me lo leyó el Libertador diciéndome que Lara no quedaría muy contento de la peluca. « Lara y Salón, continuó S. E., son dos generales beneméritos de toda mi confianza, é igualmente capaces de cualquier desempeño tanto en la parte activa, como en la administrativa militar, pero con dos genios igualmente distintos : el primero no sabe moderar la viveza y la aspereza del suyo; el segundo, al contrario, es un verdadero jesuíta, se dobla á todo con facilidad y sabe ocultar sus miras, sus resentimientos y sus medidas con mucha hipocresía. Ambos, si es necesario, darán á usted una puñalada : el general Lara con el brazo al descubierto y sin ocultar ninguno de sus movimientos; el general Salón ocultará todos los suyos, sabrá

esconder el brazo que da el golpe, y usted caerá bajo su cuchilla sin saber quién la ha dirigido. El uno, pues, se declara abiertamente enemigo de usted; si lo es, se da á conocer por tal, y el otro, aunque tenga iguales sentimientos, continuará manifestándose su amigo y preparando su venganza en la oscuridad. El genio del primero me gusta más que el del general Salón, pero éste es más propio para mandar; hará, quizá, más daños, y, sin embargo, será menos odiado que el otro. Los pueblos quieren más á los que más males les hacen, todo consiste en el modo de hacerlo. El jesuitismo, la hipocresía, la mala fe, el arte del engaño y de la mentira, que se llaman vicios en la sociedad, son cualidades en política, y el mejor diplomático, el mejor hombre de Estado es aquel que mejor sabe ocultarlos y hacer uso de ellos, y la civilización, lejos de extirpar estos males, no hace sino refinarlos más y más. La filosofía nos hace ver todas aquellas verdades, nos hace gemir sobre tal depravación, pero también nos consuela».

Día 1.º de junio.

Hoy ha sido día de misa, y el Libertador nos hizo ir con él para oirla antes de almorzar. Después del desayuno, me quedé solo con S. E. y me dijo que mañana iba á mandar un posta para Ocaña con el objeto de llevar cartas para sus amigos en que les aconseja prudencia, no dejarse llevar por la pasión y sacrificar sus resentimientos en favor del bien general y de la tranquilidad pública, y que no olviden que su conducta debe ser siempre digna de ellos. Después habló de su viaje á Bogotá, mostrándose resuelto á emprenderlo del 12 al 15 del corriente. « El general Soublette, dijo S. E., vendrá conmigo hasta el Socorro, y desde allí se irá para Venezuela. Su presencia en aquella sección de la República no sería inútil si Soublette fuera otro hombre, es decir, dotado de energía, más desprendido y menos egoísta; nadie mejor que él para dirigir al general Páez y mantenerlo en armonía conmigo, con mi política, de la cual lo están apartando continuamente algunos consejeros

malvados, bien conocidos por sus proyectos desorganizadores; pero temo que Páez, al contrario, sea el que dirija al general Soublette y lo haga entrar en sus miras el día que quiera ponerlas en ejecución. El general Soublette, á mi lado, es hombre seguro, hará siempre mi voluntad, puedo confiar en él, pero no si se halla distante y cerca de una voluntad fuerte como es la del general Páez. Usted no conoce á Soublette, á pesar de hallarse todo el día con él; voy á darle una pequeña idea de su carácter. En el día, el general Soublette, continuó S. E., parece un hombre diferente del que se mostraba en Venezuela en años pasados, cuando ejercía allí el poder superior. Las críticas fundadas que hicieron entonces de su orgullo, de su genio duro, seco y altivo, y todo lo que se imprimió sobre su arbitrariedad y despotismo han cambiado su exterior y le han hecho tomar aquel tono bondadoso y meloso, aquel aire de calma y aquella imperturbable serenidad jesuítica que se le ve ahora. Mas su interior no es así; sólo sabe, en el día, ocultar su violencia; pero siempre es un volcán ardiendo cuyo cráter está cerrado y no echa ya las llamas hacia afuera. Soublette, pues, en realidad, es el

mismo hombre moral, siempre orgulloso, soberbio, despreciador del mérito ajeno, colérico, violento, y, con todo, sin fibra, sin valor moral ni físico. Tiene un espíritu de orden y de pormenores que le impide subir hasta las altas concepciones y ser propio para grandes cosas; de él nunca podría salir un Napoleón, sino sólo un Berthier. Es gran trabajador y tiene el talento y el gusto de la burocracia; posee facilidad y buen método para el despacho, un gran conocimiento de las ordenanzas militares, y, en fin, es buen administrador. Ha plegado sus opiniones y principios políticos á sus intereses personales y de familia. Bajo la administración de Santander, cuando yo estaba en el Perú, se mostró liberal, propendió al desafuero militar, para hacerse un mérito de esto; hizo suspender los ascensos á general en jefe, é igualar éstos á generales de división, porque estaba muy seguro de que nunca subiría él á aquel último escalón de la milicia; firmó, como ministro de Guerra, el inicuo y degradante oficio dirigido por el Gobierno de Colombia al infame y traidor Bustamante. Á mi regreso de Venezuela, en el año de 27, abandonó á Santander y volvió á arrimarse á mi persona.

Aquella fluctuación fué motivada por el interés de quedarse de ministro, pero menos por el honor que por el sueldo. Creo que la avaricia es la pasión dominante del general Soublette, que aquel vicio es el que lo conduce y el que dirige todos sus cálculos y acciones».

Tenía yo, como lo he dicho ya, varios apuntes sobre el general Soublette; pero con lo que el Libertador ha dicho hoy de él, mis notas anteriores son inútiles, y lo que precede es más que suficiente para hacer conocer al ministro de Estado, secretario general del Libertador. Después de comer, S. E. nos dijo que iba á escribir hasta los ocho y que entonces empezaríamos el tresillo. Dió orden al general Soublette para que mandase alistar un posta para Ocaña que saldría á la madrugada.

Á los ocho nos pusimos al juego, y como á las nueve y media anunciaron al Libertador una señora parienta del cura de Girón. S. E. dió orden para que entrase. Venía de parte de dicho cura á suplicar al Libertador que se empeñase con el doctor Eloy Valenzuela para que éste fuera á recetar y confesar al doctor Salgar, que estaba muy enfermo y en peligro de muerte. El Liber-

tador se sorprendió de tal súplica y de tal comisión, pero se levantó, pidió su sombrero, me ordenó lo acompañara, y dejó á la señora con el general Soublette. El doctor Valenzuela extrañó ver entrar tan tarde al Libertador á su cuarto, y, después de haberlo oído, le dijo : « Señor, esto es una comedia de Salgar; él no tomaría los remedios que yo le recetara, ni tampoco se confesaría conmigo. Sin embargo, si V. E. quiere que yo vaya á ver al cura de Girón, yo iré, pero nunca lo haría por súplica directa de dicho Salgar. » Se convino en que el doctor Valenzuela iría á visitar á su colega el cura de Girón, pasado mañana, en silla de manos. Al regresar para su casa, el Libertador me dijo : « Tiene razón el viejo doctor y soy yo también de opinión que la cosa es una farsa del cura Salgar, ó que está muy cerca de entregar su alma al diablo y que quiere ahora amistarse, antes de morir, con el que tanto ha perseguido, y á quien ha hecho tantos daños ». Llegamos á la casa, y el Libertador dijo á la señora que el doctor Valenzuela iría pasado mañana á ver al doctor Salgar. Continuamos el juego hasta las doce y media de la noche. No he debido omitir esta ocurrencia, no por hacer conocer lo indiscreto é impertinente

que ha sido el mensaje del doctor Salgar, sino para mostrar la bondad y la complacencia del Libertador, del presidente de la República, en ir á las diez de la noche á empeñarse con un médico y sacerdote para que fuera á recetar y confesar á un enfermo con el cual S. E. no tiene estrecha amistad, y á quien poco aprecia, según se ha visto por lo que he relatado en las primeras fechas de este *Diario*. Otro que el Libertador habría quizá hecho escribir al doctor Valenzuela lo que se quería de él, pero S. E, movido sólo por un sentimiento de humanidad, y convencido de que su presencia haría más que un escrito, va él mismo en persona á fin de lograr mejor su objeto. No teme con esto comprometer su dignidad personal ni la del primer magistrado de Colombia.

Día 2.

El correo de Ocaña llegó esta mañana, y parece que será el último de aquella ciudad que el Libertador reciba en esta villa. S. E., después de haberse impuesto de su correspondencia, se paseó

solo á grandes pasos por el corredor, luego mandó llamar á su edecán Andrés Ibarra y le ordenó alistarse para marchar mañana para Maracaibo. Después llamó al general Soublette, que estaba en la sala conmigo, para decirle que las noticias que habían venido de Ocaña, y de las cuales se impondrá, lo ponían en el caso de adelantar su salida para Bogotá, y que en lugar de ponerse en camino del 12 al 15, tenía precisión de verificarlo el 7 ó el 8; que tomase, pues, sus medidas en consecuencia, haciendo pedir con anticipación los bagajes sin decir todavía por qué lugar se dirigía; que despachase á su edecán Ibarra á fin de que pudiese sin falta marchar mañana por la madrugada, y que hecho esto volviese para imponerse de las noticias. El Libertador entró á su cuarto y se acostó en su hamaca; poco permaneció allí, y salió solo de su casa á pasear á pie. Veíase en su semblante que su espíritu estaba muy ocupado; no volvió hasta las dos de la tarde y conversó con el general Soublette hasta que le avisaron que la mesa estaba servida. En la comida no conversó de las noticias ni de política; habló de un impreso venido de Cartagena con el correo de Ocaña, en el que se ataca la obra del señor Res-

trepo como mentirosa y falsa en muchos de los hechos históricos que relata. El Libertador dijo que, efectivamente, algunos de ellos carecían de exactitud, pero que la mayor parte eran verdaderos; que él no defendía al señor Restrepo porque ha hablado en su favor, sino porque lo que dice sobre Cartagena es casi todo exacto; que la conducta del general Mariano Montilla fué tal entonces que merecía ser crucificado, y también el brigadier Castillo; echó igualmente S. E. contra los directores Marimón y Rebollo, contra este último como autor de un manifiesto, del que citó las primeras palabras como si se le hubieran quedado muy grabadas en la memoria. « Más vale olvidar aquellos tiempos de locura y barbaridad, continuó S. E., que acordarse de ellos; por mi parte, no conservo resentimiento alguno y lo he probado bien, pero el historiador no debe olvidar nada, todo lo debe recoger para presentar al mundo y á la posteridad los hechos tal como han pasado, los hombres tales como han sido, y el bien ó el mal que hayan procurado al país. Harto públicos y conocidos son los acontecimientos de Cartagena en los primeros meses del año 15; nadie ignora que la injus-

ta enemistad del brigadier Castillo para conmigo, su rivalidad, atizada por el mismo Montilla y por algunos cartageneros llenos de odio para con los venezolanos, fueron causa de que entonces se desobedeciesen las órdenes del gobierno general y se comprometiesen los intereses de la República y su seguridad. Lo pasado es bien pasado para mí, y repito que no he conservado rencor alguno contra los que figuraron en los escándalos de Cartagena, pero lo que veo con pena es que las lecciones del pasado de nada nos sirven. Vemos en el día que la mayoría de la Convención quiere renovar aquellos tiempos de iniquidades y establecer sobre las ruinas de la República aquella multitud de soberanías parciales que entregaron el país á Morillo; aquella multitud de Estados que diseminan y debilitan la fuerza ; en fin, aquella multitud de voluntades opuestas que producen siempre la anarquía, la guerra civil, y, en seguida, el despotismo». Después de comer, S. E. dijo que no iría á pasear y que tenía que escribir para despachar á su edecán Ibarra. Á las siete de la noche volví yo á casa de S. E. pensando que tendría ganas de jugar tresillo, pero me dijo que no tenía humor para el juego y que, por otra parte,

el general Soublette estaría ocupado hasta las diez; que él había concluído todas sus cartas. «Todavía no he dicho nada á usted sobre las noticias de Ocaña, prosiguió S. E.; sólo las conocen Soublette y O'Leary, y voy á contarlas á usted bajo la misma condición de reserva. Es diabólica la idea del señor Castillo y el proyecto que sobre ella ha formado para paralizar la mayoría de la Convención, impedir que logre sus miras, que se sancione la Constitución presentada por la comisión y hacer que se disuelva la Convención sin haber legalizado los males que se propone hacer al país. En esto también el señor Castillo ve un modo victorioso de vengarse completamente de los que lo tenían engañado, habiendo prometido falsamente sus votos, y de vengarse igualmente de sus enemigos Santander, Márquez, Azuero, etc. Para que haya Convención y pueda ésta sancionar una ley, es preciso, según el reglamento, que concurran las dos terceras partes de los diputados que existen en Ocaña : retirándose, pues, unos 19 ó 20, falta el número necesario y no puede haber entonces deliberación alguna. Ya el señor Castillo está de acuerdo con aquellos 20, y me dice que del 4 al 6 de éste se irán todos

de Ocaña muy secretamente para el pueblo de las Cruces, y que de allí seguirán su marcha para esta villa; que para la ejecución de su plan y ganar algunos días que necesitaba ha tenido que engañar á Santander y á otros directores de aquel partido haciéndoles creer que siempre que se hiciesen algunas ligeras modificaciones al proyecto de Constitución, él y sus amigos votarían su adopción, y que, creídos con esto, Santander y los suyos están descuidados y no llegarán á desengañarse sino cuando los 20 estén ya fuera de Ocaña». «No sé, continuó el Libertador, qué decir de esto, pero lo hallo preferible al escándalo que temía sucediese en el mismo salón de la Convención, á las vías de hecho, á una riña quizá sangrienta, y de la cual hubiera siempre resultado la disolución de la Convención con grande escándalo. En fin, que apruebe ó no el proyecto del señor Castillo, ya no hay tiempo para dar consejos é impedirlo, porque pasado mañana ó al día siguiente, se ejecutará; pero he determinado no aguardar en esta villa á los diputados que deben venir con el señor Castillo; si no puedo impedir su resolución, no debo tampoco aprobarla ni improbarla

públicamente; no es esto de mi resorte, y, por lo mismo, no debo aguardarlos en ésta. Á Ibarra lo envío á Maracaibo para que de allí salga un oficial de confianza para Caracas con mis cartas particulares, porque urgente es que los comandantes generales de aquellos departamentos sean instruídos de lo que va á suceder en Ocaña, que se prevengan contra lo que pueda ocurrir y sepan mi marcha para Bogotá. También Ibarra lleva la orden que revoca la que se había dado en días pasados para que la guarnición de Maracaibo viniese á Cúcuta, donde sólo se situarán tres compañías del batallón de granaderos ».

Á las nueve y media vino el general Soublette con su correspondencia oficial; se llamó al edecán Ibarra, el Libertador le dió sus órdenes é instrucciones, y dejamos á S. E. como á las diez y media que quiso acostarse.

Día 3.

De madrugada ha marchado para Maracaibo el edecán de S. E., Andrés Ibarra. El Li-

bertador se levantó con mejor humor, y todo el día ha estado alegre. En el almuerzo, S. E. habló de varias cosas y no dijo una palabra sobre política ni sobre la Convención. Confesó que nunca le había faltado nada para las necesidades y aun comodidades de la vida; que siempre había tenido buena mesa y dinero, excepto en algunos cortos momentos; que la campaña de Pasto era la única que le había ocasionado algunas privaciones. En la comida tampoco habló S. E. de política; contó varios cuentos; habló francés y recitó algunos versos en el mismo idioma, como refranes. Por la mañana había llegado de Maracaibo don Tomás Fernández con su hermana, esposa del general Justo Briceño, y esto dió ocasión á S. E. para hablar de dicha señora. Dijo que había sido y era todavía la más buena moza del mundo; que antes de casarse ella él la había querido mucho, pero que no había sido correspondido; que su matrimonio con el general Briceño no podía ser feliz porque el general era el hombre más singular y más voluble que él hubiese conocido; que tenía un espíritu inquieto, un genio cavilóso y díscolo; que no era suceptible ni de gratitud ni de amistad;

que, en fin, al general Justo Briceño no lo recomendaba ninguna cualidad moral; que las físicas las tenía á su favor, pero que para él es muy feo el hombre que sólo tiene un buen cuerpo y una bella cara.

Después de comer, el Libertador, el general Soublette y yo fuimos á pasear á pie por el camino de Girón. S. E. habló del viaje á Bogotá, diciendo que iría despacio y que se detendría algunos días en el Socorro; que yo me quedaría en Bucaramanga para recibir al señor Castillo y á los diputados que deben venir con él, á fin de proporcionarlès todos los auxilios que pudieran necesitar para regresar á sus casas, pues era de creerse que cada uno iría tomando su dirección desde dicha ciudad. Así, conversando, llegamos á una casita muy miserable, donde S. E. quiso descansar un rato. La dueña de casa nos ofreció al momento los únicos asientos que tenía; uno al general Soublette y el otro á mí, no haciendo caso del Libertador, á quien no conocía. El general Soublette y yo estábamos vestidos de uniforme, y el Libertador de paisano, con una corta chaqueta blanca, por lo cual no mereció ninguna atención de parte de la mujer. Yo brindé

mi asiento á S. E., y me senté en el suelo, pero entonces la mujer me trajo una esterita. Al cabo de un instante, el Libertador preguntó á la dueña de la casa si tenía mucha familia, y ésta le presentó dos chiquitos. S. E. les dió á cada uno un escudito de oro y un doblón de cuatro pesos á la madre, que se sorprendió mucho al ver que el peor vestido y aquel á quien ella no había obsequiado fuera tan generoso. Desde luego se imaginó que era el Libertador, y echándose de rodillas á sus pies le pidió perdón por no haberlo conocido. S. E. la hizo poner de pie, y le preguntó por su marido; conversó un rato con ella, y volvimos á tomar el camino de Bucaramanga, corriendo detrás del Libertador, quien se había marchado al galope, después de perder de vista á la mujer. Llegamos á Bucaramanga sudando, y ya al anochecer. S. E. nos dijo que fuéramos á mudarnos y que volviéramos para jugar. Mudado yo, fuí á buscar al general Soublette, á quien encontré con el coronel Manuel Muñoz que acababa de llegar de Ocaña. El general le dijo que esta misma noche hablaría de él al Libertador, y que mientras tanto fuese en solicitud de su alojamiento. El Libertador nos aguardaba. El

general Soublette lo impuso de la llegada del coronel Muñoz, preguntándole si quería que se lo presentase esta misma noche ó mañana.

« No lo quiero ver, contestó secamente S. E., por no decirle todo lo que merece oir, y manifestarle toda mi indignación y mi desprecio por su persona, y espero que usted, general Soublette, se muestre muy áspero con él y que lo trate con el modo con que recibía usted en Caracas á los que no le gustaban, cuando usted estaba allá de vicepresidente y lo llamaban déspota y tirano. » Estas últimas palabras las pronunció el Libertador con risa. Empezamos el juego y lo seguimos hasta más de las doce de la noche. S. E. nos dijo que estaba algo cansado, y que seguramente era efecto de la carrera de la tarde; que no sólo había perdido mucho de su fuerza y vigor, sino también casi toda su agilidad; que en su juventud hacía cosas extraordinarias y saltaba mejor que nadie. « Me acuerdo, dijo S. E., que todavía en el año de 17, cuando estábamos en el sitio de Angostura, di uno de mis caballos á mi primer edecán Ibarra para que fuera á llevar algunas órdenes á la línea y recorrerla toda. El caballo era grande y muy corredor, y antes de

ensillarlo, Ibarra se puso á apostar con varios jefes del Ejército á que brincaría sobre el caballo, partiendo del lado de la cola é iría á caer del otro lado de la cabeza. Lo hizo, efectivamente, y precisamente llegué yo en aquel mismo momento. Dije entonces que Ibarra no había hecho gran gracia, y para probarlo á los que estaban presentes, tomé el espacio necesario, di el brinco, pero caí sobre el cuello del caballo, recibiendo un fuerte golpe del cual no hablé. Picado mi amor propio, di un segundo brinco y caí sobre las orejas, recibiendo otro golpe más fuerte que el primero, pero esto no me desalentó, por el contrario, cobré más ardor, y la tercera vez salté el caballo. Confieso que hice una locura, pero entonces no quería que nadie pudiera vanagloriarse de ganarme en agilidad y que hubiera uno que pudiera decir que hacía lo que yo no podía hacer. No crean ustedes que esto es inútil para el hombre que manda á los demás; éste, en todo, si es posible, debe mostrarse superior á los que deben obedecerle. Es el medio de conquistarse un prestigio duradero é indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad, y, particularmente, si se halla á la cabeza de un ejército.»

Día 4.

Por la mañana hice firmar al Libertador cincuenta despachos de ascensos para jefes y oficiales de varios cuerpos, y uno de general de brigada para el coronel Fábrega, del Istmo de Panamá, al que también se ha nombrado gobernador de la provincia de Veraguas. Al firmar el despacho para el general Fábrega, S. E. dijo : « Este es un ascenso de circunstancias, y usted sabe que en política constituyen ellas, algunas veces, una razón de Estado, obligatoria para el jefe del Gobierno. Lo malo es que aquellas circunstancias se repiten demasiado en tiempos de agitaciones públicas y de revoluciones. Á usted la suerte no lo ha colocado todavía en ninguna de ellas, y por eso está aun de coronel, á pesar de su antigüedad, que creo data del año 21. Sin embargo, lo tengo presente y no dejaré escapar la oportunidad. » — Señor, contesté al Libertador, doy las gracias á V. E. por sus buenas intenciones para conmigo; mi ambición habría sido ganar las estrellas en un campo de batalla combatiendo

contra los enemigos de la República, y aunque la antigüedad me da algunos derechos al ascenso de general, poco lo he esperado porque conozco mi situación y la de V. E., y estoy penetrado también de que las circunstancias de que ha hablado V. E. han sido tan numerosas, tan urgentes é imperiosas, que han hecho pasar los servicios, sobre la antigüedad y el mérito. — « Así es, así ha sucedido y sucede todos los días, replicó S. E., sin ignorar yo que es un gran mal, pero un mal necesario, porque si en tal ó cual época no hubiera nombrado yo general á Fulano y á Mengano, á pesar de sus pocos servicios y escasos méritos, me hubieran hecho una revolución, siempre difíciles de sofocar. En aquellos casos me he visto y me veo todavía, y en ellos también se hallará cualquiera que mande en Colombia, mientras el Gobierno no tenga más vigor y no haya más moral en el ejército, lo que no puede lograrse sin su total reorganización. »

Después de esto, el Libertador me preguntó si se habían despachado las órdenes para el intendente del Istmo, autorizándolo para todas las medidas de seguridad que propone para la expulsión de los perturbadores del país, y la

disolución del gran círculo panameño. Le contesté que el general Soublette estaba despachando aquellos asuntos. « La actual intranquilidad del Istmo, dijo el Libertador, se debe en parte á este coronel Muñoz que llegó ayer y quien en lugar de estar cumpliendo sus deberes y las órdenes que le comuniqué se hizo el digno agente de Santander, instituyó la Asociación llamada *Circo panameño,* de donde están saliendo los principios demagógicos que trastornan el orden y harían muy en breve teatro de anarquía, de guerra civil y de matanzas al Istmo de Panamá, si prontamente no se cortara el mal. »

En la comida, el Libertador habló nuevamente del señor Restrepo y de su *Historia.* Dijo que dicho autor se mostraba demasiadamente parcial é injusto con respecto á varios extranjeros que habían combatido por la causa de la independencia y libertad del país; que si algo podía reprocharse á Serviez y á Mac Gregor no era la falta de valor, como lo había dicho el historiador, y que hasta de Labatud hablaba con encono y venganza. « La verdad, continuó S. E., pertenece á la historia, pero no la mentira ni la exageración. ¡ Cuántos penosos esfuerzos hace el señor

Restrepo para disculpar mi conducta en el año 15, cuando tomé posesión de La Popa y se abrieron las hostilidades entre las tropas de Cartagena y las que estaban á mis órdenes, y, por otra parte, cuán grande es el trabajo de su mente para culpar á Castillo y á los demás! Se ve que el autor habla contra su propia opinión, y es lo que no ha sabido disfrazar. Yo, no hay duda, hubiera debido, desde Mompós, marchar á ocupar la línea del Magdalena, y hoy, en iguales circunstancias, así lo haría; no lo hice entonces por la fogosidad de mi genio, por mi amor propio herido, por las inteligencias que tenía en la plaza y la certidumbre que me daban de que luego que llegara á la Popa habría en Cartagena una revolución en mi favor, y no lo hice también porque las órdenes que tenía eran entrar á la plaza, y yo veía una especie de gloria en hacerlo, como la había visto en entrar en la capital de Bogotá en diciembre de año 14. » Continuó S. E. diciendo que las victorias en guerras civiles no le dan gloria á nadie; que la suya, auténtica, consiste en haber batido á los españoles, en haber desbaratado sus ejércitos y en haberles arrebatado la mitad de la América del Sur. S. E. no

quiso salir á pasear á donde fueron todos los de su casa, excepto Ferguson, que era el edecán de servicio, y yo, que me quedé también por acompañar al Libertador. La conversación continuó sobre la *Historia de Colombia*, y S. E. observó que el que se impone el deber de instruir á la posteridad debe situarse primeramente fuera de toda influencia, debe desprenderse de toda prevención y dejarse guiar sólo por la severa imparcialidad; que el señor Restrepo nada de todo esto ha hecho, pues el lector ilustrado reconoce que el autor ha escrito bajo dos poderosas influencias : la del Poder, de quien espera y teme, y la de sus recuerdos apasionados; que así mismo no estaba el señor Restrepo bastante libre de todo espíritu de provincialismo y de parroquia. « Tales producciones, dijo S. E., no se admiten en la balanza en que se pesan las verdades históricas. »

Como el Libertador había hablado un poco antes del general francés Serviez, le pregunté qué era lo que había de cierto sobre su muerte. « De cierto, respondió S. E., su asesinato en los llanos, pero nada acerca de su autor. Las sospechas del ejército, y aun la convicción de muchos gene-

rales, jefes y oficiales cayeron sobre el general Páez. La rivalidad de éste con Serviez era grande, y también su enemistad. Sus méritos lo ofuscaban y codiciaba su dinero; esto, á lo menos, se ha dicho. Unos jefes penetraron la intención del general Páez ó quizá hicieron más que penetrarla, la supieron, y advirtieron á Serviez que no se pusiera en camino. Éste, confiando en que entre sus compañeros de armas no podía haber asesinos, se puso en marcha y cayó bajo las lanzas en las cuales confiaba. Páez estaba entonces sin dinero, y pocos días después del asesinato y muerte de Serviez le vieron muchas onzas de oro en el juego. Es tan horrendo y tan atroz el crimen, que mi espíritu rechaza las vehementes sospechas que existen todavía contra el general Páez, y, desgraciadamente, sus sentimientos, sus acciones y su vida no concurren á defenderlo, sino que, antes bien, dan más fuerzas á la acusación, y á todas las que puedan dirigirse contra su persona. »

Día 5.

Hoy, día del Corpus, el Libertador no quiso ir á misa para evitar asistir á la procesión; pero nos

llevó á todos para visitar los altares, contruídos en las calles, y aquella santa visita nos sirvió de paseo. Después fuimos donde el doctor Valenzuela á ver pasar la procesión. Para divertirnos, el cura nos dió á leer un manuscrito que había enviado á Maracaibo para su impresión y que le han devuelto sin haber querido imprimirlo; también nos dió otro papel impreso, igualmente obra suya, de fecha 20 de marzo de este año. Después de haberlo recorrido todo, el Libertador dijo en francés: « No me cansaré de decir que este cura es un gran loco; ¡ qué ideas tan extravagantes y tan disparatadas las suyas !; sólo lo salva su buena fe; no es hipócrita, cree todo lo que dice, y escribe tanto sobre materias políticas como sobre asuntos religiosos. » Pasada la procesión, que vimos por detrás de una cortina que tapaba la puerta del cura, volvimos donde el Libertador, quien se recostó en su hamaca y habló de Bogotá diciendo que allí más que en ninguna parte existía un espíritu de localidad bien perjudicial á los intereses generales de la República y á su estabilidad; que los agitadores se valían de él, y que no sería extraño ver reproducirse un día los tiempos lamentables y de terror de los años 13 y 14;

aquellos tiempos de furores, de barbarie y de guerra civil entre Nariño y Baraya, y aquella insensata y malvada dictadura de Álvarez, que por orden del Congreso general de la Unión desbarató él en diciembre del año 14; que su expedición del año siguiente sobre Cartagena tenía igual objeto, atraer aquel Estado al gobierno de la Unión, hacerlo obedecer y quitar el poder á todos aquellos tiranuelos que tenían al Magdalena en una continua agitación, á Cartagena en permanente anarquía, y que enteramente ocupados en sus disensiones civiles dejaban el enemigo en la provincia de Santa Marta comprometiendo con esto la seguridad de la Nueva Granada. « En el día, continuó S. E., existen miras y principios iguales á los de entonces; el interés individual, la ambición, las rivalidades, la necedad, el provincialismo, la sed de venganza, y otras pasiones miserables, agitan y mueven á nuestros demagogos unidos para derrocar lo que existe y separarse después para establecer sus soberanías parciales y gobernar á los pueblos como esclavos y con el sistema español. » Siguió diciendo el Libertador que el foco de aquellos principios, el cuartel general de los agitadores, estaba

en Bogotá; que el pérfido y criminal Santander era el jefe de aquel partido que se compone de todo lo que hay de más desacreditado en Colombia, de más inmoral, más perverso y criminal. « Santander, siguió diciendo, como granadino, es el jefe natural de todos los trastornadores y descontentos de aquel país, y excita el odio de todos contra los venezolanos; hace creer que yo, como su paisano, los protejo más que á los granadinos, y que los ascensos en el ejército y los empleos son sólo para aquéllos y no para éstos. Tales calumnias son creídas sin examen, y el amor propio granadino queda ofendido. Si la razón discutiera el hecho, se vería que en la República hay menos empleados venezolanos que granadinos, y que la misma proporción ha existido en los ascensos, aunque hay menos militares granadinos que venezolanos. Por otra parte ¡ qué diferencia entre éstos y aquéllos ! Si entre los militares venezolanos hay algunos malvados, casi todos son valientes y sobre los campos de batalla es donde han alcanzado sus gradaciones. No quiero hacer un paralelo entre los militares de Venezuela y los de Nueva Granada porque resultaría un contraste poco favorable

para estos últimos; sin embargo, voy á pasar revista á algunos jefes granadinos.

« Entre sus generales de división están Santander, Córdoba, Fortoul y Pey; Córdoba es el único valiente y militar, pero tiene un carácter duro y absoluto, una soberbia ridícula, una vanidad excesiva, y sólo es bueno en el campo de batalla; fuera de él es peligroso. Entre los generales de brigada están Morales, Rieux, Antonio Obando, González, Mantilla, Maza, Ortega, París, Ucrós, Vélez, Herrán y Moreno. París, Vélez y Herrán son los únicos militares capaces de un mando activo; Maza es valiente como ellos, pero su continua borrachera lo hace un hombre inútil. Moreno es un salteador de los llanos y nada más. Morales, Ortega, Rieux, González y Ucrós son hombres de bien y buenos para un mando de provincia. Obando y Mantilla son dos cobardes, incapaces para todo; el último es el bastardo del cura de Girón, doctor Salgar. Entre los coroneles se verían iguales ó peores ineptitudes militares si quisiera entrar á revistarles. La mayor parte de los generales indicados han ganado sus ascensos por servicio en guarniciones, en mandos territoriales, lejos del enemigo, ó en las oficinas; no

pasa lo mismo con los generales de Venezuela: ellos casi todos son generales de campaña; sus servicios han sido hechos en los campos, al frente del enemigo y combatiendo contra él. La República ha tenido ocho generales en jefe: yo, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Páez, Bermúdez, Sucre y el almirante Brión, todos venezolanos, excepto Brión, que era extranjero; pero que se examinen sus servicios, la antigüedad de ellos, su naturaleza y sus resultados, y se verá que todos han merecido aquel eminente grado. Por otra parte, no se puede citar un militar de la Nueva Granada cuyos servicios hayan podido merecerle el empleo de general en jefe. En este juicio no hay parcialidad, ni espíritu de provincialismo. Se me podrá decir que Mariño, Arismendi y Páez no son dignos de los empleos que poseen y que no tienen las capacidades necesarias para ellos; esto es verdad si se les juzga desde 1826 hasta ahora, y si sólo se tienen presentes sus talentos y aptitudes; pero son sus servicios contra los españoles los que les han valido sus empleos y ellos son inmensos; hicieron esfuerzos prodigiosos y obtuvieron grandes resultados. Entonces era lo que se buscaba y lo que se recom-

pensaba. ¿Quieren ustedes que les diga más, y que les haga unas confesiones que muestran, al contrario, una protección parcial é injusta de mi parte para con varios militares granadinos que sólo me dictó la política y no mi deber ni la justicia?, pues oíganlas. Padilla, Fortoul y Pey nunca hubieran sido nombrados por mí generales de división si no hubieran sido granadinos. Morales, Rieux, Antonio Obando, González, Mantilla y otros estarían todavía en los grados más inferiores de la milicia y no hubieran llegado hasta el grado de general de brigada, si fueran venezolanos. Ser granadinos, pues, les ha equivalido á servicios, méritos, aptitud y valor; finalmente, sus ascensos y los de muchos coroneles y tenientes coroneles de la Nueva Granada, han sido dados en fuerza de una razón de Estado y de un motivo político que hicieron callar mi deber y mi justicia. Ya desde el año 13, en que meditaba la unión de Nueva Granada y Venezuela, mi política tendía á hacerme valer y querer de los granadinos, y después del año 19 seguí el mismo plan para la conservación de la unión que había logrado (1). Véase mi decreto de

(1) Véase al fin *Nota número I.*

30 de septiembre del año 13, dado en Valencia, para honrar la memoria del coronel Atanasio Girardot : fué un bravo, seguramente; murió como un valiente en el campo del honor, en Bárbula y como había combatido en Palacé, pero ese es el deber de todo militar, y sin un motivo político tal como el que me movía no hubiera dado el decreto mencionado (1). Ricaurte, otro granadino, figura en la historia como un mártir voluntario de la libertad, como un héroe que sacrificó su vida para salvar la de sus compañeros y sembrar el espanto en medio de los enemigos, pero su muerte no fué como aparece, no se hizo saltar con un barril de pólvora en la casa de San Mateo, que había defendido con valor; yo soy el autor del cuento, lo hice para entusiarmar á mis soldados, para atemorizar á los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos. Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14 en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos; murió de un balazo y un lanzazo, y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto, y las espaldas quemadas por el sol (2). »

(1) Véase al final, *Nota número II.*
(2) Véase al final *Nota número III.*

Dia 6.

Habló el Libertador esta mañana de la miseria de Venezuela, diciendo que había recibido cartas en que le detallan nuevamente el estado de pobreza y de desesperación en que se halla el país, la urgencia que hay de remediarlo y de hacer que las autoridades superiores locales no se muestren tan indiferentes ante la suerte del pueblo, y hagan algo en favor de la agricultura y del comercio.

« Los que me escriben, dijo S. E., no exageran la situación de Venezuela, dicen la verdad; pero se equivocan creyendo que yo, con una orden ó un decreto, puedo remediar aquellos males. Lo que se necesita son medidas legislativas, un sistema de Hacienda, que no tengo yo facultad de dar. La Convención, que tiene aquel poder, no lo dará tampoco, porque no quiere orden sino desorden; no quiere la prosperidad de la nación sino la ruina y desorganización. Sin embargo, haré que se despachen órdenes para que se reuna una junta de los principales interesados que

investigue las causas del mal y proponga el remedio. »

Por la tarde, el Libertador hizo público su viaje para Bogotá, advirtiendo á cada uno que debía estar listo para el día 9, muy temprano. Manifestó S. E. mucho gusto de ponerse en camino, aunque fuese para Bogotá, que es el último lugar donde desea ir, porque allí se halla en medio de muchos enemigos que lo toman por blanco de sus tiros. Estas fueron sus propias expresiones.

Después de comer fuimos á dar un paseo por las calles, y entramos por casualidad en la iglesia, en medio de la cual se veía un angelito muy bien vestido y adornado con muchas flores. S. E. se detuvo por unos instantes á mirar aquel niñito que la muerte había segado tan temprano; luego se puso á observar algunos cuadros de santos y santas y á criticar las pinturas que, efectivamente, son lo peor que puede haber, y dijo: «¡ Lo que es el pueblo ! Su credulidad é ignorancia hace de los cristianos una secta de idólatras. Echamos pestes contra los paganos porque adoraban las estatuas, y nosotros, ¿qué es lo que hacemos? ¿No adoramos como ellos pedazos de piedra, de

madera groseramente esculpidos, retazos de lienzos mal embadurnados, como estos que acabamos de ver, y como la tan reputada Virgen de Chiquinquirá, que es la peor pintura que yo haya visto, y quizás la más reverenciada en el mundo y la que más dinero produce? ¡ Ah, sacerdotes hipócritas é ignorantes ! En estas dos clases los pongo á todos : si están en la primera, ¿por qué el pueblo se deja dirigir por unos embusteros? Y si están en la segunda, ¿por qué se deja conducir por unas bestias? Conozco á muchos que me han dicho : « Soy filósofo para mí solo ó para unos pocos amigos, y sacerdote para el vulgo. » Profesando tales máximas afirmo yo que dejan de ser filósofos para tornarse en charlatanes. » Continuó S. E. diciendo que el estado actual de las luces dejaba á muy pocos engañados en estas materias; que los hombres racionales no discutían ya principios, dogmas y misterios, cuyos cimientos eran reconocidamente falsos, y que, por lo mismo, se sabía que eran hijos de la superstición y la impostura. « ¡ Pero qué impudencia todavía por parte de nuestros empíricos sagrados ! No puedo recordar sin risa y sin desprecio el edicto en que me excomulgaron, á mí

y á todo mi ejército, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, doctores Pey y Duquesne, el día 3 de diciembre del año 14, afirmando que yo venía á saquear las iglesias, á perseguir á los sacerdotes, á destruir la religión, á violar las vírgenes y á degollar á los hombres y á los niños, y todo esto para retractarlo públicamente con otro edicto, en el que, en lugar de pintarme como impío y hereje, como lo habían hecho en el primero, confesaban que yo era un bueno y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lección para los pueblos! Nueve ó diez días de intervalo hubo entre aquellos dos edictos. El primero se dió porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso general, y el segundo, porque había entrado victorioso en aquella capital. Nuestros sacerdotes tienen todavía el mismo espíritu, pero el efecto de las excomuniones es nulo ahora; las fulminan sin otro resultado que el de aumentar su ridículo, mostrar su impotencia y aumentar cada día más el desprecio que merecen. »

El Libertador prosiguió diciendo que todo esto lo decía como pensador y que tales eran sus ideas como particular, como hombre, pero que, como ciudadano, respetaba las opiniones recibi-

das, y como Jefe del Estado había protegido y siempre protegería la religión católica que es, puede decirse, no sólo dominante sino universal en Colombia; que entre sus ministros había, como en todos los países, excelentes, mediocres y perversos; que estos últimos se encontraban más á menudo entre los frailes, y á veces entre los curas; que en el alto clero había buena moral, buenos ejemplos y virtudes, y que la desmoralización estaba relegada principalmente en los conventos de hombres; que en los de monjas sólo se veía pureza, virtudes y moral ejemplar. S. E. continuó diciendo : « El arzobispo de Bogotá, el señor Caicedo, es un santo varón, un viejo patriota, un hombre de excelentes y sencillas costumbres que vive persuadido de la verdad de su religión y habla de ella con buena fe y sin hipocresía; lo mismo puede decirse del arzobispo de Caracas doctor Méndez; éste es, además, un valiente; con nosotros hizo la guerra en los llanos, y la patria le debe grandes servicios; ambos tienen convicciones y erudición teológica, pero hasta ahí llega su ciencia. Los obispos de Mérida y Popayán, señores Lazo y Jiménez, son hombres muy diferentes. El último ha servido á su rey haciendo

atrocidades en Colombia, es el criminal autor de toda la sangre que ha corrido en Pasto y en el Cauca, es un hombre abominable y un indigno ministro de una religión de paz; la humanidad debe proscribirlo. El primero no se ha manchado con tales horrores, no es un gran criminal, aunque sí se ha hecho delincuente para con el Gobierno de la República; ambos son hipócritas y sin fe.»

Día 7.

El Libertador dió orden esta mañana para que se destine al coronel Manuel Muñoz á Guayana, y se le de un pasaporte. Inmediatamente se comunicó aquella orden, y dicho coronel dirigió entonces una solicitud en la que pide licencia absoluta del servicio. S. E. se la concedió.

Todo el día lo ha pasado leyendo el Libertador, é hizo comunicar oficialmente su marcha á Bogotá por la Secretaría general.

Después de comer quiso el Libertador ir á pasear á pie, y salimos con Ferguson y Wilson. S. E. inició la conversación sobre sus campañas

del año 13 y 14, y nos hizo un rápido bosquejo de ellas. Nos dijo que la primera fue casi una marcha triunfal desde San Cristóbal hasta Caracas; que hubo batallas y combates y que sus tropas salieron siempre victoriosas; que el pequeño número de ellas no le permitió hacer perseguir, sobre sus flancos, las partidas enemigas derrotadas que se retiraban en varias direcciones; que su principal objeto era apoderarse de la capital de Venezuela antes que los enemigos conociesen la debilidad de sus medios de defensa; que en posesión de Caracas pensaba entonces poder aumentar su ejército y oponer fuertes divisiones á los enemigos que durante su marcha se hubieran rehecho en los varios puntos laterales á que se habían retirado; que para esto contaba con un patriotismo y entusiasmo que no había encontrado en Venezuela; con un espíritu nacional que no existía y que no pudo formar; que el amor á la independencia y á la libertad no se habían generalizado todavía, y que, finalmente, el poder español y el respeto y el miedo que les inspiraba, y los esfuerzos del fanatismo arrastraban todavía á los pueblos y los tenían más inclinados á seguir bajo el yugo peninsular, que

á romperlo. S. E. siguió diciendo que desde su entrada en Caracas, en agosto del año 13, hasta fines de dicho año, hubo, en varios lugares, muchos sucesos de armas, los unos prósperos y los otros adversos, y todos muy sangrientos; que su ejército se desanimaba cada día más al ver que Venezuela era para él una especie de Vandea (1); que por todas partes encontraba enemigos; que se le negaba toda clase de recursos, mientras los españoles recibían auxilios voluntarios en todos los pueblos; que los enemigos ocultos de la independencia eran muy numerosos, y que un refuerzo español de más de 1.200 hombres veteranos, llegado de Puerto Cabello, vino á reanimar todas las esperanzas de aquellos; que al principio de la campaña de 1814 se vió rodeado de enemigos; que por todas partes le salían al encuentro divisiones muy numerosas, y que el fuego de la insurrección contra la República se extendió con rapidez en todo el territorio de Venezuela. Aseguró S. E. que ninguna de sus campañas había sido tan penosa, tan peligrosa y tan sangrienta como

(1) Recuérdese que el ejército libertador con que invadió Bolívar á Venezuela el año de 1813 era granadino, y armado y equipado en la Nueva Granada.

aquella; que ganada una acción tenía que ir en seguida al encuentro de otras columnas enemigas que se presentaban en otros puntos; que, en fin, los ejércitos españoles eran entonces en Venezuela como la hidra de la fábula, siempre renacientes; que sólo la ferocidad de los Boves, Ceballos, Yanes y otros sobrepujaba su actividad y sus esfuerzos; que hicieron milagros para organizar y reorganizar aquellas masas numerosas de caballería que sin cesar volvían á presentarse en nuevos campos de batalla para hacerse derrotar nuevamente; finalmente, que habiendo vencido completamente al ejército español en Carabobo, mandado por el mariscal de campo Cagigal, se creyó ya en la necesidad de adoptar otro plan de campaña, y que, para su realización, tuvo que dividir sus fuerzas en tres divisiones, lo que se efectuó á fines de mayo, destinando una de ellas para obrar en el Occidente, al mando del general Rafael Urdaneta; otra, en los valles de Aragua para defenderlos y cubrir la capital de Caracas (1), y la tercera sobre Calabozo, contra las fuerzas de Boves; que su objeto era impedir la concentra-

(1) Al mando de José Felix Rivas.

ción del ejército español, desahogar á Caracas y sus cercanías, facilitar la manutención de sus soldados, incomodar la de las columnas enemigas, é impedir que sacasen recursos de las ciudades villas y pueblos tan cercanos de la capital de la República; que él marchó para Calabozo contra Boves, pero que la numerosa y buena caballería que mandaba dicho jefe fué causa de la derrota que sufrió la división republicana á sus órdenes, el 15 de junio, en La Puerta, cerca de la villa de Cura, y que la pérdida de aquella acción fué causa de la pérdida de la República de Venezuela. Que Boves, aprovechando su victoria, se apoderó de Valencia en los primeros días de julio, y le impidió, con aquel nuevo suceso (al Libertador) el poder unirse con las tropas del general Urdaneta, y le obligó á replegarse sobre Caracas, de donde siguió sobre Barcelona, siempre perseguido por dicho Boves; que entró en la capital de la República el 7 del citado julio; que desde la ciudad de Barcelona se atrevió á volver, con las reliquias de su ejército, sobre la villa de Aragua, con el fin de intentar su unión con el general Urdaneta, lo que no pudo efectuar por haberse replegado éste sobre la ciudad de Mérida, y haber

sido atacado él, en Aragua, por el general español Tomás Morales. Que derrotado por segunda vez tuvo la fortuna de retirarse sobre Cumaná con el general Santiago Mariño, que había peleado en su compañía en las anteriores batallas; pero que el 25 del mismo julio se vió nuevamente forzado á retirarse, no quedándole otros recursos sino los de abandonar á Cumaná y embarcarse para Cartagena con el dolor de ver á toda Venezuela bajo el poder español y la sanguinaria cuchilla del cruel Boves.

« Aquella campaña, les aseguro, nos dijo S. E., es la más activa y la más penosa que haya hecho. Sería lástima que todos sus detalles se perdieran para la historia; no sé si tendré tiempo y ánimo para escribirla. Lo que Restrepo dice sobre ella, es inexacto; hay falta de pormenores; hechos truncados, y, por otra parte, el que no es militar, un doctor, no sabe ni puede describir sucesos de armas. Los generales Pedro Briceño Méndez y Diego Ibarra podrían hacerlo con interés y con verdad, pues es cierto que las buenas historias son las que escriben los que han tomado parte en los acontecimientos que relatan, y aquellos generales figuraron en todos ellos, y, aunque jóve-

nes entonces, han debido quedar bien impresionados de ellos. Lo que los españoles han dicho, ó podrán decir, en sus memorias, será todo lo que les es ventajoso, todo lo que es en su honor; y, sin orgullo y con verdad, puedo decir que en ninguna de mis campañas he recogido más laureles que en la del año 14; laureles inútiles, á la verdad, porque se segaron sin buenos resultados; pero que no por esto disminuyen los trofeos de mis soldados. ¡ Increíble y lamentable campaña en que, á pesar de tantas y repetidas catástrofes, no sufrió la gloria del vencido ! ¡ Todo se perdió, menos el honor ! »

Día 8.

Por la mañana, el Libertador me mandó llamar, y, al llegar, me dijo : « Sin falta saldré mañana para Bogotá, con el proyecto de ir despacio y de detenerme algunos días en el Socorro, y desde allí despacharé al general Soublette para Venezuela. Usted, como antes se lo he indicado, se quedará en esta villa hasta la llegada del señor Castillo y de los demás diputados que con él se

han retirado de la Convención; los recibirá y les proporcionará cuantos auxilios puedan necesitar. Creo que no seguirán para Bogotá, y que desde este punto cada uno de ellos irá tomando la dirección de su domicilio, y usted me avisará cuanto ocurra. Además, lo encargo de recoger mi correspondencia y la de la Secretaría general y de dirigírmelas al Socorro con extraordinario, cuidando de que no se extravíe ningún pliego, y de que nadie pueda interceptarlos; hecho esto, y luego que haya regresado del Socorro el general Soublette y se haya puesto en camino para Venezuela, usted seguirá para Bogotá, donde me encontrará».

Parte del día lo pasó el Libertador leyendo la *Odisea* de Homero, traducida al francés. Por la tarde, fue á despedirse del doctor Valenzuela. Yo sólo lo acompañé, porque los demás estaban ocupados en sus preparativos de viaje; aquella visita fue la única que hizo el Libertador. Al salir de casa del doctor Valenzuela, S. E. quiso continuar el paseo, y se dirigió á las afueras del lugar. Á poco rato, y después de haber dicho S. E. algunas cosas del cura Valenzuela, á quien llamó *el buen cura de Bucaramanga*, S. E. dijo

que la disolución de la Convención iba á ponerlo en un cruel embarazo; sin Constitución para gobernar, porque la de Cúcuta era una Carta usada, despreciada y vilipendiada, con la cual no se podrá regir más la nación colombiana; que gobernar la República sin código ninguno era lo peor, no sólo para el pueblo sino para el que se halla á su cabeza; que él, aunque tenga predilección por la Constitución boliviana, como es natural, siendo obra suya, no cometería la tiranía de darla á Colombia, sin que los mismos pueblos la pidiesen y del modo que Luis XVIII dió su Carta á los franceses; que su situación era difícil y crítica, pero que nada haría sin aconsejarse con todos los patriotas, hombres de luces y de influencias de la capital; que este sería su primer paso al llegar á Bogotá, y que seguiría la opinión de la mayoría, aunque no fuera igual á la suya, pero que pensaba convocar un Congreso general de la Nación, lo más pronto posible, si bien estaba seguro de que para ello habría oposición por parte del general Páez y Venezuela, y quizá también en el Magdalena, por parte del general Mariano Montilla. « Á este último, continuó el Libertador, lo convenceré

con mis propios motivos porque los comprenderá, y al primero lo engañaré con algún pretexto calculado, pues más fácil es esto que convencerlo con las verdaderas razones. Es un llanero tan tosco, tan artero, tan falso y tan desconfiado, que es preciso conocerlo bien para poder dirigirlo. Montilla, al contrario, es una de nuestras mejores cabezas: genio, talento, luces, sagacidad, todo esto se encuentra en él. Después de Sucre, es el más capaz para mandar la República. Es lástima que sea tan bromista y que lleve esta costumbre aun á los negocios y circunstancias más serias.»

Volvió el Libertador á hablar sobre los embarazos de su situación y el flanco que presentaba á sus enemigos para sus ataques, suposiciones y calumnias. « Me encuentro, dijo, en una posición quizá única en la historia. Magistrado superior de una República que se regía por una Constitución que no quieren los pueblos, que la han despedazado, que la Convención ha anulado al declarar su reforma, y cuando dicha Convención se ha disuelto sin hacer dichas reformas y sin dar el nuevo Código por que debía regirse la Nación. Gobernar con la Constitución desacreditada, es

exponerla á que sea rechazada por los pueblos, lo cual traerá consigo conmociones civiles; dar yo mismo un Código provisional, es usurpar una facultad que no tengo, y al hacerlo, me llamarían, con razón, déspota; gobernar sin Constitución alguna, y según mi voluntad, sería dar margen á que me acusaran, también con justicia, de haber establecido un poder absoluto, y ni puedo, ni quiero, ni debo declararme Dictador. En fin, veremos lo que sobre estas cosas dirán los sabios de Bogotá.» (1)

Día 9.

El Libertador almorzó temprano, y luego se puso en marcha con todos los de su Cuartel general para ir á dormir á Piedecuesta, distante tres leguas de Bucaramanga. Yo estaba á caballo para acompañar á S. E., pero me dijo: «Usted, coronel, puede ir á desmontarse y ver á su familia que acaba de llegar; por este motivo no quiero que

(1) El Libertador se decidió, después, en Bogotá, contra el parecer de sabios y leales amigos, como don Joaquín Mosquera, á asumir la dictadura, y sus pronósticos se cumplieron.

salga conmigo, y lo encargo á usted de saludar, en mi nombre á su señora, á quien no puedo ir á visitar porque estoy ya de marcha». Efectivamente, hacía apenas diez minutos que mi mujer y mis hijos habían venido de Pamplona. Me quedé, pues, para pasar el día con ellos, bien resuelto á ir por la tarde á Piedecuesta para despedirme de S. E., del general Soublette y de mis amigos. Así lo hice, salí á las seis, y á las ocho de la noche llegué á casa del Libertador, quien me recibió con cariño y agradeció mi visita. Hasta las diez hubo gente con S. E. el cual, al parecer, tenía poca gana de ir á descansar. Cuando ya todos los de su casa se habían retirado á dormir, me llevó para su cuarto, y, después de preguntarme, con mucho interés, noticias de mi familia, me dió una carta para el general Pedro Briceño Méndez con el fin de que se la entregase á su llegada á Bucaramanga, diciéndome que la había escrito antes de comer, y que por medio de ella informaba á dicho general Briceño de los motivos que había tenido para no aguardar en Bucaramanga la llegada de los diputados que se habían separado de la Convención. Luego el Libertador me dijo : « Me acuerdo que en agosto del año

próximo pasado, en este mismo cuarto, tuve con usted y con el general Pedro Briceño Méndez una larga conversación sobre las circunstancias políticas de entonces. Recuerdo, igualmente, que di á usted el despacho ó diploma del *Busto del Libertador*, pero que no pude darle la condecoración porque no la tenía entonces. En mi escritorio tengo una y voy á dársela ». Efectivamente, S. E. me dió una medalla de oro muy bien estampada y sobre la cual se ve por el anverso el retrato ó busto, en relieve, del Libertador, y sobre el reverso, las armas del Perú. S. E. continuó la conversación diciéndome que seguiría su marcha mañana al amanecer, y que iría á dormir á Los Santos, pequeño pueblo distante cinco ó seis leguas de Piedecuesta, en la altura del Chicamocha ó Sube, y sobre la ribera derecha de dicho río; que al día siguiente iría á San Gil, y, al otro, á la ciudad del Socorro, de donde me escribiría. « Si yo creyera en los presentimientos, no regresaría á Bogotá, porque algo me está diciendo que allí me pasarán cosas malas y fatales; pero al mismo tiempo me pregunto qué es lo que llamamos presentimientos, y mi razón contesta : un capricho ó un extravío de nuestra ima-

ginación, ideas, las más de las veces, sin fundamento, y no advertencias seguras de lo que ha de suceder; porque no doy á nuestra inteligencia, ó si se quiere al alma, la facultad de antever los acontecimientos y de leer en lo futuro. Confieso, sin embargo, que en ciertos casos nuestra inteligencia puede juzgar que si hacemos tal ó cual cosa, que si damos tal ó cual paso, nos resultará un bien ó un mal, pero es esto caso aparte, y por lo mismo, repito que no creo que ningún movimiento, ningún sentimiento interior pueda pronosticarnos con certeza los acontecimientos venideros, por ejemplo, que si voy á Bogotá hallaré allí la muerte, una enfermedad ó cualquier otro accidente funesto. No hago caso, pues, de tales presentimientos; mi razón los rechaza, cuando sobre ellos no puede mi reflexión calcular las probabilidades ó que éstas están más bien en su contra. Sé que Sócrates, otros sabios, y varios grandes hombres, no han despreciado sus presentimientos, que los han observado y han reflexionado sobre ellos, y que, más de una vez, han dejado de hacer lo que hubieran hecho sin ellos; pero tal sabiduría yo la llamo más bien debilidad, cobardía ó, si se quiere, exceso de prudencia, y

digo que tal resolución no puede salir de un espíritu enteramente despreocupado. Dicen que Napoleón ha creído en la fatalidad porque tenía fe en su fortuna, que llamaba su *buena estrella*; él se ha disculpado de aquella ridícula acusación probando que no era fatalista, y que el haber mentado su estrella no era creer ciegamente en una cadena de destinos prósperos que le estaban reservados. No hacía caso de las predicciones. En el año 12, al pasar el Niemen para abrir la campaña de Rusia, su caballo cayó en la orilla del río, y él sobre la arena; una voz dijo : « Mal presagio, un romano retrocedería». Napoleón no volvió atrás, siguió su campaña, que fué un desastre para su ejército, para Francia y para él. Mas, ¿qué prueba esto? Nada; la caída fué una casualidad, y sólo un loco, un fanático ó un imbécil podrían mirarla como un aviso de la Divinidad sobre los fatales resultados de aquella empresa.

« César, al desembarcar, cayó igualmente sobre la arena, en la orilla del mar, en presencia de todo su ejército; pero quedó bien diciendo que voluntariamente se había arrojado al suelo para saludar á la tierra, y así exclamó : « ¡ Oh Tierra, te

saludo!» Sus hados fueron prósperos á pesar de su caída, que muchos habrían tomado por un funesto presagio.

« Los verdaderos filósofos no hacen caso de los presentimientos, ni creen en los presagios; pero el que manda debe tratar de destruir sus efectos sobre los hombres crédulos, como lo hizo Julio César.

« En el año 17, después de mi segunda expedición sobre Venezuela, y antes de emprender la de Guayana, los españoles me derrotaron en Clarín dos ó trescientos reclutas, á cuya cabeza me hallaba, y corrió la voz de que yo era desgraciado y que todo me salía mal. Poco después, estando ya en Guayana, se presentaron los españoles y comprendí que me convenía dar la batalla que me ofrecían; llamé entonces al general Piar, y lo encargué de dirigirla en persona, porque todavía no se había borrado la impresión de mi última derrota; no cedí, en esto, á presentimiento alguno, y sólo tuve en mira el de mis oficiales, que hubiera podido influir desfavorablemente en el éxito del combate. Piar ganó la batalla, se borraron las ideas que habían nacido sobre mi mala suerte, volví á dirigir batallas, á ganarlas

y á perder algunas, y todos confiaron siempre en mi buena fortuna.

« Sócrates llamaba *Demonio* á sus presentimientos; yo no tengo tal *Demonio,* porque poco me ocupo de ellos. Estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos por un velo impenetrable, y tengo por un imbécil ó por un loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe y teme por su vida porque ha tenido tal ó cual sueño; porque cierta impulsión aventurera de voluntad, manifestada con la ausencia de su razón, le ha presentado un peligro futuro; porque, en su interior, algo le ha dicho no hacer tal ó cual cosa, no ir más adelante y volver atrás, no dar la batalla un viernes ó un domingo, sino otro día, no dormir sobre el costado izquierdo sino sobre el derecho, y, finalmente, otras tonterías semejantes. Los pocos ejemplos que se me podrían citar para combatir mi opinión son frutos del acaso y, por lo mismo, no pueden convencerme. Entre millones de presentimientos y de sueños, la casualidad sólo ha hecho que unos muy pocos se hayan realizado, y se citan estos últimos y no los primeros. Centenares de millones han salido fallidos, y no se habla de ellos; un ciento ó dos han

salido verdaderos, y sólo se citan éstos. Tal es el espíritu humano : amigo y amante de lo sobrenatural y de la mentira, é indiferente ante la Naturaleza y la Verdad. »

En esto iba el Libertador, cuando su reloj dió las doce de la noche, y entonces S. E. dijo : « Bastante hemos filosofado, ahora vamos á dormir » (1).

Dia 10.

Á las cinco de la mañana el Libertador estaba ya á caballo, y siguió de Piedecuesta para ir á dormir al pueblo de Los Santos. Me despedí de S. E. y volví para Bucaramanga á almorzar con mi familia.

Por la tarde llegaron de Ocaña unas cartas para S. E., pero eran de fecha atrasada porque venían con un arriero que traía dos cargas de provisiones para el Libertador, es decir, vinos, jamones, encurtidos, etc. Yo me quedé con

(1) Los presentimientos del Libertador, tan bellamente expresados en estas páginas, se cumplieron esta vez al pie de la letra. Tres meses más tarde, en su misma alcoba, brillaron los puñales de la nefanda noche septembrina.

dichos objetos porque S. E. me lo había ordenado, diciéndome que bebiera á su salud el buen vino que aguardaba y que le enviaba el diputado Juan de Francisco Martín.

Los motivos de este *Diario* han sido, como se ha visto en el prólogo (1), los que presentaran todos los hechos, tanto públicos como privados, todos los discursos y palabras del Libertador durante el tiempo que estuviera cerca de su persona. Ahora estoy separado de él, pero me quedan todavía algunos sucesos por referir, tales como la llegada á esta villa del señor Castillo y de los diputados que vienen con él, y lo que haya hecho la Convención después de la separación de dichos diputados. Todo esto interesa y es también el complemento de lo ocurrido en Ocaña y en Bucaramanga, durante todo el tiempo de la Gran Convención Nacional. Seguiré, pues, mi *Diario* hasta la conclusión de aquella Asamblea, no día por día, como lo he hecho hasta el presente, sino sólo con las fechas en que

(1) Desaparecido con la primera parte del *Diario*.

haya algo digno de relatarse, y mientras permanezca en esta villa de Bucaramanga.

Como hasta ahora he ido relatando fecha por fecha los discursos y palabras del Libertador, es inevitable que haya habido repeticiones de discursos, de materias y de objetos, como igualmente de personas; pero estos casos no pueden dejar de presentarse en un diario de esta naturaleza, y lejos de ser un defecto son más bien un medio útil para poder juzgar mejor el personaje cuyas palabras se han recogido y se publican, porque así puede examinarse si sus ideas, sus opiniones y sus proyectos han variado con el tiempo y las circunstancias. He creído útil, pues, relatar fiel y correctamente los propios discursos del Libertador, tal como los he oído día por día, sin quitarles nada y sin suprimir, por lo mismo, aquellas repeticiones. Hago esta advertencia porque no la juzgo indiferente, observando, además, que el análisis que presento de muchas conversaciones con el general Bolívar, en las cuales había uno ó varios interlocutores, no son menos exactas.

Día 14.

Por la tarde llegó á esta villa el comandante Montúfar, diputado por Quito á la Convención, procedente de Ocaña, de donde había salido el 9 del corriente. Habiendo preguntado por el Libertador le informaron que S. E. había partido para Bogotá desde el 9, pero que yo me encontraba todavía en ésta, y entonces el señor Montúfar vino á mi casa. Llegado que hubo entró *peanísimo*, y se manifestó muy sorprendido y descontento por no encontrar al Libertador. Me dijo que llevaba pliegos interesantísimos para él, y que estaba encargado de imponerlo de las ocurrencias de Ocaña; finalmente, me expuso la necesidad en que se hallaba, á pesar del cansancio del viaje, de seguir inmediatamente para ver si podía alcanzar al Libertador en el Socorro. En seguida le hice preparar un buen caballo y se marchó la misma tarde.

Por dicho señor supe que el día 7 de este mes, 19 ó 20 diputados habían presentado una nota ó protesta á la Convención relativa á su oposi-

ción; que él había salido de Ocaña el 9 por la tarde, y que sus demás compañeros, con el señor Castillo, debían haber marchado para el pueblo de las Cruces la misma noche, ó á la madrugada del día siguiente, y que le habían despachado cerca del Libertador para instruirlo de aquel acontecimiento, y para que S. E. los aguardase en esta villa, donde llegarían todos en pocos días. Me informó también que con dicha separación la Convención había quedado con un número insuficiente de diputados para poder continuar legalmente sus trabajos, y obligada, por consiguiente, á suspenderlos y á disolverse sin haber podido sancionar la nueva Constitución que quería la mayoría; que en Ocaña habían quedado aún algunos otros diputados del partido del señor Castillo, que igualmente se retirarían si fuese necesario; que todo estaba calculado, y que el golpe confundiría al partido demagógico quitándole todo poder para hacer el mal que estaba preparando á la República; que todos ellos quedarían furiosos y desesperados, pero sin poder hacer nada legítimo ni legal.

Esta relación del comandante Montúfar confirma que el señor Castillo ha puesto en ejecu-

ción su proyecto, que lo ha logrado, y que el Libertador va á encontrarse, en efecto, en la situación difícil y crítica que tiene ya calculada. En el Socorro recibirá S. E. aquella noticia, y creo que ella precipitará su marcha á Bogotá con el objeto de atender desde allí á la tranquilidad pública y realizar el plan que se ha propuesto y de que me habló la víspera de su viaje, es decir, en la noche del 8 del corriente. Puede ser también que al llegar á la capital de la República haga S. E. una convocatoria general del pueblo, y esta idea fue la que me permití darle, porque me acordé de la de Caracas de 2 de enero del año 14.

Día 18.

Esta noche, como á las siete, he recibido una carta del Libertador fechada en el Socorro el 16 del corriente y escrita á las diez de la noche. S. E., entre otras cosas, me dice en ella lo que sigue : « Montúfar, á quien vio usted en esa, ha llegado hoy á las doce y media del día; me ha informado de lo ocurrido en Ocaña, que no comunico á usted

porque me ha dicho haberlo hecho él mismo. Pero ¡ cosa singular ! hacía apenas media hora que estaba con el comandante Montúfar, cuando entró en mi cuarto el coronel Bolívar trayéndome la noticia de un movimiento popular ocurrido en Bogotá el día 13 de este mismo mes, movimiento que produjo un acto por el cual se desconoce la Convención, todo lo que haga ó haya hecho y se me nombra Dictador. Así es que en menos de media hora he recibido en esta ciudad dos grandísimas noticias: la de la separación de 20 diputados de la Gran Convención Nacional, que ha debido ser causa de su disolución y la de la revolución en la capital de la República contra la misma Convención y los demagogos. Todo esto me obliga á marchar mañana 17 precipitadamente para Bogotá, donde pienso llegar el 20 ó 21 del presente. Allí recibiré las ulteriores noticias de Ocaña, que me interesa conocer. No deje usted de informarme de cuanto llegue á su conocimiento y de enviarme volando las cartas que reciba para mí. El general Soublette no sigue conmigo para Bogotá, y regresa á esa para de ahí seguir á Venezuela. Ya tenemos un desenlace, ó más bien, un resultado de las

locuras de la Convención. Su vergonzosa disolución y los actos populares, porque el de Bogotá va á promover otros en toda Colombia, no es lo que deseaba, porque semejantes sucesos no afirman la República, son, al contrario, golpes que no sólo conmueven sus cimientos sino que echan á perder la moral pública, la obediencia y el respeto de los pueblos, acostumbrándolos á las inconstancias políticas, á las sediciones y á los excesos populares. Lo que yo anhelaba era una buena Constitución análoga al país y á todas sus circunstancias; un código capaz de afianzar el Gobierno y hacerlo respetar; capaz de dar estabilidad á las instituciones, garantías á todos los ciudadanos y toda la libertad é igualdad legales que el pueblo colombiano es suceptible de recibir en el actual estado de su civilización; finalmente, una Constitución en que los derechos y los deberes del hombre fuesen sabiamente calculados, como igualmente los deberes y facultades de las autoridades. La Convención no lo ha querido; la mayoría de sus diputados, alucinados, los unos por falsas teorías y los otros dirigidos por su maldad y por miras personales, han preferido el desorden al orden, la ilegalidad á la legalidad,

más bien que ceder á la razón, á la voz de la Patria y al interés general. Todo esto me confunde, me quita mi energía y enfría hasta mi patriotismo; y, sin embargo, más que nunca necesito de ellos para sobrellevar la pesada carga que está sobre mis hombros. »

Muchas veces he oído al Libertador usar de este mismo lenguaje. S. E. ha reconocido, en algunas ocasiones, la utilidad de la Dictadura en Colombia, pero no por eso la quiere. La juzgó necesaria, y aun indispensable cuando un enemigo poderoso y cruel ocupaba la mayor parte del territorio, y cuando para independizarlo era preciso desplegar toda la fuerza y los recursos de que era capaz el país, y cuando para reunirlos y ponerlos en acción era menester la unidad, el vigor, la presteza y el poder; pero conseguida la independencia, libre el suelo colombiano de enemigos exteriores, no quiere el Libertador que los ciudadanos sean regidos por un gobierno dictatorial, sino por un Poder Ejecutivo constitucional. En muchas ocasiones, S. E. ha manifestado con muy buena fe aquella opinión, y varios ejemplos ilustres, tanto en Colombia como en el Perú, apoyan el hecho, el modo de

pensar y las miras del Libertador en este asunto. La historia no desmentirá á S. E. sino que, antes bien, comprobará lo que acabo de decir.

Día 21.

Hoy se aparecieron los señores diputados José María del Castillo, Juan de Francisco Martín, el doctor Aranda y el general Pedro Briceño Méndez, quienes me confirmaron los detalles que el comandante Montúfar me había dado. Me enseñaron, igualmente, el manifiesto que han redactado para dirigirlo á la Nación en justificación de su conducta, y como exposición de los motivos que los 20 diputados han tenido para separarse y para protestar contra la mayoría de la Gran Convención, cuyas miras y proyectos eran la ruina y disolución de la República. El señor Castillo me habló de aquella separación como de la ejecución de un proyecto sabiamente concebido y calculado, y como de una victoria completa y espléndida ganada por un pequeño ejército sobre uno muy numeroso, muy veterano y

muy aguerrido en el arte de la intriga, agregando que la estrategia y táctica del primero habían sido mejores y habían dado el triunfo aunque abandonando el terreno al enemigo. Todos me hablaron mucho del Libertador y del sentimiento que tenían de no haberlo encontrado.

Al general Briceño le entregué la carta de S. E. en que le dice los motivos privados que ha tenido para no aguardar su llegada á Bucaramanga. Briceño convino en que el Libertador había tenido razón y en que, efectivamente, no debía aguardar la llegada de los 20 diputados en esta villa. Me dijo, además, que todos ellos pensaban en separarse y seguir cada uno para su casa; que él aguardaría la llegada del general Soublette para seguir con él y el doctor Aranda hasta Caracas. « Los demagogos son muy osados, me dijo el general Briceño, y nos están preparando un porvenir funesto. Sólo la actitud de Venezuela podrá contener á los de Nueva Granada; ¡ pero desgraciada la pobre Colombia si el fuego revolucionario vuelve á encenderse en Venezuela donde hay tantos combustibles ! No sé yo lo que hará el Libertador, y no sabría tampoco qué consejo darle en tales circunstancias. Santander

es un gran malvado que tiene las peores intenciones, excesiva es su ambición al mando y la oculta con la apariencia de su enemistad contra el Libertador, y ésta es coloreada con motivos supuestos de liberalismo, de libertad, de interés público, ¡ pero para Santander la sed de mando es todo, sus principios son el poder y la avaricia, y para él todos los medios son buenos con tal de subir al primero y satisfacer la segunda ! »

Día 22.

Por la mañana llegó el general Soublette, y por la tarde llegaron casi todos los demás diputados, compañeros del señor Castillo. El general fué inmediatamente conmigo á visitar á este último y á los demás diputados. Al acercarse á dicho señor Castillo le dijo: — « Lo estoy viendo aquí y todavía no lo creo. » — « Cómo, le contestó Castillo, ¿usted entonces no me creía capaz de una resolución firme y decisiva? » — « No tanto como eso, repuso el general; pero no de una determinación igual á la que acaba de ejecutar. » Luego

hablaron del movimiento popular de Bogotá, y el general Soublette le dió la noticia de lo ocurrido en la capital de la provincia del Socorro el día 17, después de haberse puesto en marcha el Libertador, movimiento de igual naturaleza al de la capital de la República. — « Pues la conmoción será general, dijo Castillo, y ella es la universal y soberana sanción de nuestra separación. Ahora el Libertador debe resolverse á constituir la Nación y á darle una Carta tal como se desea ». El mismo señor nos dijo que dentro de pocos días seguiría para Bogotá con los diputados del Sur, y que aconsejaría al Libertador la creación de un Consejo de Estado compuesto de individuos de todos los departamentos, Consejo que tendría facultades legislativas, además de las políticas, para aconsejar al Libertador y presentar un proyecto de decretos y reglamentos administrativos, todo esto hasta que las circunstancias del país permitieran la reunión de una nueva Convención nacional. Entonces dije yo á dicho señor Castillo cuál era el proyecto del Libertador, y me manifestó que S. E. haría mal en no hacer lo que él propondría, porque era el único medio, en las actuales circunstancias, de salvar el

país de la anarquía de que estaba amenazado y mantener el orden. « Colombia es un país perdido, continuó el señor Castillo, si prontamente no se trabaja con la mayor actividad y firmeza para desarraigar el mal que está brotando por todas partes, y un solo hombre lo puede hacer, no hay dos, es el Libertador. Mas el celo por su reputación, el temor de la posteridad, lo hacen débil ahora y no quiere ver que sus glorias están más comprometidas al dejar sin afianzar y tambaleando su obra que en consolidarla, aunque para ello sea menester un gran golpe de estado. Lo llamarán tirano, déspota si deja que le arrebaten el bastón del mando, mejor es, pues, conservarlo aunque sea con actos de despotismo y de tiranía; y mejor sería también cambiar aquel bastón por un cetro; un cetro de hierro es el que más le conviene á Colombia.

Día 26.

Nada hemos sabido del Libertador desde su salida del Socorro para Bogotá. Mañana marchan para Venezuela los señores general Sou-

blette, Pedro Briceño Méndez y el doctor Aranda, y yo seguiré con ellos hasta Pamplona. Hoy se han puesto en camino para Cartagena los diputados Juan de Francisco Martín, Villavicencio y otros; pasado mañana seguirán para Bogotá los señores Castillo, Valdivieso, Izaza, Merino y otros, de manera que en esta villa cada uno de los diputados venidos con el señor Castillo de Ocaña ha ido tomando el camino de su casa como lo había pensado el Libertador.

Hoy han llegado á ésta algunos de los diputados de la mayoría de la Convención, y por ellos hemos sabido que aquella Asamblea, después de la separación de los veinte, había votado su disolución el 16 del corriente, y que, efectivamente, se disolvió el mismo día. Entre los diputados de la mayoría había dos ó tres que pertenecían secretamente al partido del señor Castillo sin que los jefes santanderistas lo sospechasen, y, por el contrario, tenían en ellos la mayor confianza creyéndolos de los suyos. Uno de aquellos llegó hoy y ha asegurado que antes de separarse de Ocaña los miembros de dicha mayoría, había habido en casa del general Santander unas reuniones secretas de los más exal-

tados partidarios de la facción demagógica, y que en ellas se había formado el plan de una conspiración general en toda la República, y resuelto su ejecución, encargándose cada diputado del papel que le correspondía, añadiendo que el principal punto del proyecto es el asesinato del Libertador. Que los diputados Santander, Vargas Tejada, Arrublas, Montoya, Merizalde, y otros, están encargados de ejecutarlo en Bogotá; el diputado coronel Hilario López en el Cauca y Popayán; Aranzazu en la provincia de Antioquía; el doctor Márquez en la de Tunja; Azuero y Fernando Gómez, en la del Socorro; Soto y Toscano, en la de Pamplona; Camacho, en Casanare; Tobar, Narvarte, Echezurría, Iribarren y Romero, en Venezuela; finalmente, que todos los nombrados y algunos más se habían comprometido para la ejecución de dicho plan y habían calculado que en el mes de octubre siguiente todas sus disposiciones estarían tomadas y podrían dar el golpe. De todo esto se ha informado al Libertador para que tome las medidas que juzgue convenientes.

Este día es el último del *Diario de Bucaramanga*, y con él se concluye porque han cesado ya los motivos que había tenido para su redacción, los cuales eran : la residencia del Libertador en esta villa, mi permanencia cerca de su persona, y la reunión en la ciudad de Ocaña de la Gran Convención Nacional.

S. E., como se ha visto, marchó para la capital de la República el 9 del corriente; la Gran Convención se disolvió el 16 del mismo, y yo sigo mañana para la ciudad de Pamplona; nada, pues, me queda por relatar porque todo lo he dicho con sus fechas respectivas.

Deseo haber llenado mi objeto, que ha sido el de hacer conocer al Libertador, presentándolo á la faz del mundo tal como es, tal como piensa, tal como obra y se maneja, tanto en los negocios públicos como en su vida privada. Además, el cuadro que presento del general Simón Bolívar, no está limitado á mostrarlo tal como piensa en el día, sino tal como ha pensado desde que comenzó su carrera de glorias; yo no soy quien lo ha retratado, sino él quien se ha pintado á sí mismo sin saberlo, y él es también quién ha pintado los muchos personajes que figuran en este *Diario*, sin

creer hacerlo; esta circunstancia presta su carácter de interés y de verdad á todos aquellos retratos tan preciosos para la historia.

Si el Libertador escribiera un día la historia de Colombia ó la de sus campañas, ó bien, si compusiera sus Memorias ó algunas notas sobre los sucesos políticos y militares para servir á la historia de la República, bien seguro estoy de que los hechos que refiriera, las personas que diera á conocer, las opiniones que manifestara, y, finalmente, la política que pusiera en evidencia, no tendrían un carácter tan original ni tan verídico como el que brilla en todo lo que he recogido de sus labios y consignado en este *Diario*. Habría menos fealdad en muchos retratos, más elogios en otros; los hechos y sus motivos tendrían otros colores, serían presentados con más estudio; su política, sus intenciones, sus proyectos y todas sus acciones tomarían otro carácter, porque, al redactar todo aquello, observaría que estaba escribiendo para el público, para la posteridad, y que sin querer decir mentiras no vería tampoco la necesidad de decir todas las verdades. y nada más que la verdad, mostrándola enteramente desnuda, como aparece en este *Diario*,

Si el general Bolívar viera mi *Diario*, así como Napoleón veía el que redactaba el conde de Las Casas, cuántas cosas borraría, cuántas corregiría y cuántas añadiría, cuán sorprendido y arrepentido se sentiría de haber dicho tales ó cuales verdades que, sin su voluntad, han sido recogidas y, sin ella también, van á ocupar el público y á hacerse propiedad de la Historia y herencia de la posteridad. Si lo viera impreso, cuál sería su sorpresa y su pesar de haber sido cogido in *fraganti*, de verse presentado al público, al mundo entero sin velo ninguno y enteramente desnudo : de ver sus opiniones públicas y privadas, su conducta exterior é interior, sus proyectos, sus ideas, sus palabras y hasta sus extravíos y locuras en posesión del pueblo, y correr los dos hemisferios. Todo esto, pues, hace el mérito y recomienda el *Diario de Bucaramanga*.

La que precede es copia del original, fiel y literalmente sacada, y terminada en Caracas hoy viernes 22 de mayo de 1863.

FIN

Certifico que la anterior es copia exacta, tomada por mí, de los manuscritos pertenecientes á la Academia de Historia de Venezuela, los cuales, á su vez, son copia exacta de los manuscritos, de puño y letra, del general francés, procer de la independencia de Colombia, Luis Peru Lacroix, existentes en Caracas, en el archivo de de la sucesión de don Ramón Azpurúa.

París, marzo 12 de 1912.

Cornelio HISPANO.

NOTAS

Número 1.

Ya queda dicho en la *Introducción* que el principal argumento que contra el *Diario de Bucaramanga* adujo don Ramón Azpurúa, venezolano, es la injusticia é inexactitud de los juicios puestos en boca de Bolívar contra los militares granadinos. Es verdad innegable, reconocida honradamente por el mismo general Joaquín Posada Gutiérrez, en sus *Memorias histórico-políticas*, que Venezuela dió en la guerra de independencia los mejores jefes militares. La historia no se puede falsificar, y el verdadero patriotismo no consiste en negar hechos indestructibles. La Nueva Granada no ofreció en aquel tiempo guerreros de la talla de Bolívar, Sucre, Rivas, Urdaneta, Piar, Páez; pero, en cambio, dió las legiones de valientes soldados que se batieron como leones en Venezuela, en el Ecuador, en el Perú, en Bolivia, en toda la América; dió los gallardos héroes que segaron los más puros laureles de la epopeya : nada hay en la historia de América comparable al sacrificio de Ricaurte, nada comparable al heroísmo de Girardot, nada comparable á la intrepidez

de Córdoba, el más joven de los generales de Colombia, ascendido á coronel en Boyacá, á general de brigada, en Pichincha, y á general de división en Ayacucho, á los veinticuatro años. « Córdoba decidió la batalla », dijo Sucre en el parte que envió al Libertador, y Ayacucho fue la libertad y el decoro de América.

La Nueva Granada no dió grandes generales en jefe, pero dió á Camilo Torres, « el Maestro y Padre de la Revolución », el que con su genio descubrió y protegió el genio de Bolívar »; dió á Santander, « el verdadero organizador de la victoria », como lo llamaron los Cuervos; dió un colegio de patricios y de sabios que con su sangre derramada en el cadalzo ennoblecieron la guerra; la Nueva Granada, en fin, costeó la guerra de independencia. Granadinos fueron los quinientos valientes, bien armados y municionados en la Nueva Granada, que llegaron en triunfo hasta Caracas en 1813. « ¡ Caraqueños ! dijo á sus paisanos el Libertador al llegar el 8 de agosto : Un ejército bienhechor, compuesto de vuestros hermanos los ínclitos soldados granadinos, aparece, y como ángeles tutelares os hacen salir de las selvas, y os arrancan de las horribles mazmorras donde yacíais sobrecogidos de espanto ó cargados de cadenas. Aparecen vuestros libertadores, y desde las márgenes del caudaloso Magdalena hasta los floridos Valles de Aragua y de esta ilustre capital, victoriosos han surcado el Zulia, el Táchira, el Boconó, el Masparro, el Aricagua; atravesado desiertos y montañas, triunfado siete veces en las batallas campales de Cúcuta, la Grita, Betijoque, Carache, Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde han quedado vencidos cinco ejércitos que en número de diez mil hombres devastaban las hermosas

provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Barinas y Caracas» (1).

Ahora, escuchad á José de Austria, prócer é historiador venezolano : « Los D'Elluyar, Girardot, París, Vélez, Ortega, Ricaurte, Mantilla, Lamprea, Rosas, Serrano, Maza, Tejada, Orta, y otros granadinos, á la cabeza de los invencibles batallones 4.º y 5.º de la Unión, fueron inseparables de los peligros de aquella campaña, y siempre presidieron la serie de victorias del ejército libertador. Á ningún venezolano cedieron en intrepidez para combatir contra los opresores. La historia de mi patria les consignará una brillante página y, entretanto, sirva este ligero recuerdo como un testimonio de gratitud» (2).

Granadino fue gran parte del ejército de Páez en los Llanos; granadinas las divisiones, los vestuarios, las armas, las provisiones inmensas, las recuas de mulas y caballos, los millares de novillos, los millones de pesos en metálico que concurrieron á la llanura de Carabobo donde se dió libertad á Venezuela (3). El mismo Duarte Level, historiador venezolano contemporáneo, dice, remisamente, que las tropas que iban á librar la batalla de Carabobo « venían bien vestidas, bien alimentadas ».

Granadino fué el ejército que de 1822 á 1825 dió libertad al Ecuador, al Perú y á Bolivia. Oigamos á un gran patriota y bravo soldado de la independencia : á Posada Gutiérrez : « Después de la incomparable campaña de

(1) Sobre los cuantiosos auxilios prestados entonces por la Nueva Granada, véase todo el tomo XIII de O'Leary.

(2) *Historia militar de Venezuela*. Caracas, 1855, pág. 179.

(3) Véase todo el tomo XVIII de los *Documentos* de O'Leary.

1819, el patriotismo granadino lo hizo casi todo. La infantería del ejército que se formó era en su mayor parte granadina; sus oficiales, los más, jóvenes decentes de la Nueva Granada, y con este ejército se combatió y se venció en Tenerife, Ocaña, Cartagena, Ciénaga de Santamarta, Pitayó, Maracaibo, Coro, Carabobo, Puertocabello, Bomboná, Yaguachí, Pichincha, Pasto Guayaquil, Junín, Ayacucho, el Callao. La caballería llanera venezolana no tenía rival en la Nueva Granada sino en Patiá y en Casanare; pero como infantes nadie nos ha excedido, y todo esto lo confesaba Bolívar» (1).

Restrepo, Ministro de lo Interior, nos dice :

« En todo el año 19 y parte del siguiente fueron prodigiosos los esfuerzos que hicieron las provincias del Departamento de Cundinamarca para sostener la independencia. De Bogotá se remitían sumas considerables de dinero para el ejército de Apure, para el del Norte, para el del Magdalena y para el del Sur. Enviábase también para las columnas que se disciplinaban en Tunja, Socorro y otros puntos; de Cundinamarca se dirigían vestuarios de toda clase para las tropas y sus numerosos reclutas, especialmente al Apure y al ejército del Norte. Asegúrase que salieron hacia estos puntos y para otros cerca de treinta y cinco mil hombres, que en su mayor parte morían ó se desertaban.

«Puede formarse una idea aproximada de los sacrificios que harían los pueblos por los hechos siguientes: Según documentos que tenemos á la vista, la provincia de Antioquia, en poco más de un año, dió dos mil

(1) *Memorias*. Tomo I, pág. 253.

reclutas, de los cuales 900 eran esclavos, y cuatrocientos mil pesos. La del Socorro contribuyó con ocho mil reclutas, setecientas mulas, trescientos cincuenta caballos, ocho mil vestidos y cerca de doscientos mil pesos, manteniendo, además, dos batallones. Exigiéronse de Pamplona en el mismo tiempo mil ochocientos reclutas, novecientos caballos, cien mil pesos y gran cantidad de vituallas. Fueron también cuantiosas las contribuciones de Cartagena, Tunja, Bogotá, Neiva y de las otras provincias libres de Cundinamarca. Todos los pueblos hicieron grandes y dolorosos sacrificios para consolidar su independencia; sacrificios que su patriotismo les hizo llevaderos.

« El Vice-presidente, general Santander, era el centro de donde partían los auxilios, y el que presidía á los generosos y patrióticos esfuerzos de los pueblos de Cundinamarca. Y así el período de la Vice presidencia de Cundinamarca fué el más glorioso de la vida pública del general Santander» (1).

O'Leary es no menos elocuente al hablar del ejército granadino, y del contingente de la Nueva Granada para la causa de la independencia, pero se prolongaría demasiado esta nota, que concluyo con este glorioso epílogo :

Cuando el Congreso de Valencia proscribía del territorio venezolano al más excelso de los venezolanos, cuando en Venezuela se extremaban los ultrajes al Padre de la Patria, el Congreso de Colombia del año de 1830, casi todo compuesto de granadinos, dió aquel célebre decreto de desagravio reconociendo los grandes

(1) Historia de Colombia. Tomo III, pág. 62.

servicios del Libertador y asignándole una pensión de $ 30.000 anuales. Y cuando el 16 de mayo de 1839 se reunió en Bogotá una Junta compuesta de los Plenipotenciarios señores Rufino Cuervo, Santos Michelena y Francisco Marcos para dividir y adjudicar los créditos activos y pasivos de la antigua Colombia, conforme al Tratado de 1834, la Nueva Granada, que no sólo fué el cuartel sino el granero faraónico de la guerra de independencia, tomó para sí, de aquella deuda sagrada, la mitad, ó sea, de 100 unidades, 50, mientras Venezuela tomó 28 ½ unidades y el Ecuador 21 ½. Con aquella hidalguía, con esta generosidad selló la Nueva Granada su contingente en la guerra magna.

Por lo demás, al patriotismo colombiano le basta sólo recordar estos grandes hechos : En cuatro momentos culminantes y decisivos de la guerra, cuatro granadinos estuvieron al frente del ejército, en el lugar más peligroso : Girardot manda la vanguardia del ejército que en 1813 invade á Venezuela, se cubre de gloria en cien combates, y entra triunfante á Caracas; Santander manda la vanguardia del ejército que en 1819 escala los Andes, se abre heroico paso por las Termópilas del Paya, y da la primera gran batalla de la independencia en el puente en Boyacá; el almirante Padilla, soldado de Trasfalgar, sella en Maracaibo, en 1823, con una de las páginas más insignes de la epopeya, la independencia de la gran Colombia, y Córdoba decide con su arrojo legendario la batalla de Ayacucho, la última y más trascendental de las batallas de la independencia : la que libertó la América !

Colombia fue la primera nación que erigió ilustre estatua á Bolívar; Colombia celebró su centenario nacional

erigiéndole otra estatua monumental, obra de Frémiet, y en ninguna parte, como en Colombia, se venera más religiosamente su memoria y se exalta su gloria. ¡ Qué dolor no sentiría él si leyera hoy las frases contra el honor militar granadino que pudieron escapársele, ó que pérfidamente puso en sus labios Peru de Lacroix !

Número 2.

Tampoco es propia de la magnanimidad del Libertador la declaración que sobre el héroe del Bárbula pone hábilmente en sus labios Peru de Lacroix. Atanasio Girardot, adolescente aún, después de batirse heroicamente en Palacé, entró á Venezuela en 1813 al frente de la vanguardia del ejército libertador. Y después de una carrera de triunfos, cuando el desastre general se acercaba, cayó vencedor al coronar la cumbre del Bárbula, envuelto en el pabellón de la Patria. Un venerable patricio venezolano refiere así aquel hecho glorioso :

« En el camino de Puerto Cabello á Valencia vese, á la derecha, una suave colina árida que se desprende de uno de los ramales de la cordillera costanera. Allí está la cumbre del Bárbula. El viajero, al oir este nombre, se detiene por largo rato, porque cree asistir al choque de dos ejércitos. Coronan la cima las tropas realistas, en los declives están las republicanas que ascienden con el arma al brazo envueltas en una nube de fuego. En medio de las densas espirales de polvo y de humo divísase la bandera republicana que guía á los vencedores. De repente desaparece ésta, cuando ufana alcanzaba la

altura, y óyese el clarín de guerra que anuncia la victoria. Augusta sombra sobre la cumbre del Bárbula se levanta y ondea sobre ella el pabellón tricolor. No es la sombra de un hombre, es la Musa de la Historia que escribe la más gloriosa página de una campaña inmortal : la alianza de dos naciones hermanas, las primeras en la gloria de América, las primeras en el triunfo, porque llevaron sus legiones hasta los cimas nevadas de los Andes. La madre de aquel héroe, era una espartana de Antioquía que no contenta con dar á la patria su primogénito y su segundo hijo y su esposo, que fué asesinado, ya moribunda, ofrece hasta el único hijo que le queda, el cual será también inmolado. »

(Arístides Rojas, *Obras escogidas*. Edición de París, pág. 670).

El 30 de septiembre de 1813 Bolívar dicta una ley por la cual manda que el corazón de Girardot sea conducido en triunfo á Caracas, donde se le rendirán los honores debidos á un libertador, y el 1.º de octubre hace publicar en Valencia, de manera extraordinaria, el número 16 del *Boletín del Ejército Libertador*, y en el se dice lo siguiente : « Tenemos que llorar eternamente la pérdida del intrépido coronel Atanasio Girardot. Este jefe, cuyas virtudes eran bien conocidas, se hizo un lugar distinguido en todo el ejército; su valor admirable le cubrió de gloria en los campos de Palacé, y renovó esta misma gloria en la maravillosa campaña de Venezuela. Al llegar ayer con sus tropas á la altura que dominaba el enemigo, tremolando el pabellón de la libertad, una bala le hizo morir..., murió, sí, pero para vivir perpetuamente en la memoria de los americanos y en los fastos del heroísmo. »

El 5 siguiente escribe Bolívar al padre de Girardot:

« Las cenizas inmortales de su ilustre hijo vivirán en el corazón de todos los americanos, mientras el honor nacional sea la ley de sus sentimientos, y mientras la sólida gloria tenga atracción para las almas nobles. La carrera de Girardot y su muerte excitarán, aun en la posteridad más remota, la emulación de cuantos aspiren al premio del valor y sientan en sus pechos el fuego divino con que él buscó la gloria propia y la de su amada patria.

« La causa de la libertad, por la que los hombres más grandes de la tierra han combatido, debe honrarse porque nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos...

« Venezuela se ha cubierto de luto espontáneo por la muerte del libertador... »

El 6 siguiente dirige Bolívar una proclama á los vencedores en Bárbula, en la cual les dice : « Yo no me aparto de vosotros, amados compatriotas míos, sino para ir á conducir en triunfo á Caracas el gran corazón del inmortal Girardot. »

Véase en las *Obras escogidas* de Arístides Rojas, página 681, la descripción de la procesión triunfal que llevó á Caracas en preciosa urna el corazón del héroe: « Recordaba aquella procesión, dice Rojas, la época de los primeros cristianos, cuando las poblaciones se reunían para recibir las reliquias de sus mártires. Una prolongada calle, empavesada de flores y de palmas, puede decirse que unía á Valencia con Caracas... »

Ante las unánimes aclamaciones de los contemporáneos, ante los documentes salidos de la pluma de

Bolívar, que nadie ha rectificado hasta hoy, ante los juicios de los compañeros de Girardot que, como José de Austria, venezolano, narraron su heroísmo, nada vale el odio de Peru de Lacroix por las glorias granadinas.

Número 3.

Los siguientes documentos prueban, hasta la evidencia, contra la mala fe de Lacroix exhibida en la pág. 209 de su *Diario*, el heroico sacrificio de Ricaurte.

He aquí el *Boletín militar de San Mateo*, publicado después de la batalla :

« La pérdida del enemigo ha sido inmensa; pues, sin contar los dispersos, ha tenido más de 800 hombres entre muertos y heridos. La nuestra no pasa de 90, entre muertos y heridos. De los primeros lo han sido el capitán de la Unión, Ricaurte, quien, solo, hizo frente al enemigo en nuestra ala izquierda, y quien rodeado por todas partes y no pudiendo salvar los pertrechos los incendió y voló con ellos para que no se aprovecharan los contrarios. » « Jamás ha habido acción más reñida en Venezuela, ni más fuerte para las armas de la República, ni más gloriosa, puesto que se ha destruído en ella á Boves.

« Cuartel general Libertador de San Mateo. Marzo 25 de 1814.

« Por el Mayor general, Antonio Muñoz Tébar (venezolano), Secretario de Guerra. »

José Félix Blanco, venezolano, « cuya rectitud y

probidad fueron proverbiales », y quien asistió á la jornada de San Mateo, refiere :

« En ese día tremendo bajó Boves con todo su ejército sobre San Mateo; atacó de frente todos los puntos de la línea, habiendo hecho marchar á la madrugada una fuerte columna, que tramontando los cerros de nuestra espalda, saliese, como efectivamente lo hizo, sobre la gran casa de la hacienda para aprovecharse de nuestro parque; mas ¡ oh, fuego sagrado de la libertad ! el capitán Antonio Ricaurte, granadino que mandaba aquel punto, viéndose cargado por una espesa nube de llaneros, y no teniendo fuerzas suficientes para oponérselas, ocurrió al heroico arbitrio de prender fuego á los pertrechos, para volar con ellos, con los sitiadores y con la casa, dando así un trágico fin á su existencia y á las operaciones del día; pues instruído Boves del estrago de sus tropas por aquella parte, tocó retirada y volvió á sus alturas.

« Tuvimos la satisfacción de tratar de cerca á la mayor parte de los oficiales granadinos que vinieron el año 13 en la expedición libertadora de Venezuela, y podemos asegurar que eran jóvenes muy recomendables por todos títulos : educación, moral, valor, instrucción, todo se hallaba en ellos; mas siempre observamos que el capitán Ricaurte se distinguía por sus ideas exaltadas y romanescas. Empapado en la historia de las antiguas Repúblicas, quería que todos fuésemos griegos ó romanos. Según él, no se podía ser verdadero republicano sin acciones heroicas, sin sacrificios extraordinarios. Todos debíamos ser víctimas inmoladas en el altar de la Patria. Estas eran sus ideas y sus conversaciones frecuentes. Por estos antecedentes,

creemos que el incendio del parque de San Mateo fué una acción de heroísmo premeditada por Ricaurte para inmortalizar su nombre. La posteridad honrará justamente su memoria. »

(*Bosquejo histórico de la revolución de Venezuela.* Publicado en *La Bandera Nacional*, de Caracas, en 1838 y 1839.)

El general francés Serviez, quien también se batió en San Mateo, dice :

« La historia debe consignar en sus anales el nombre de Ricaurte, joven oficial de veintidós años apenas, cuyo heroico sacrificio llevó el espanto al seno de las tropas realistas. Se le había ordenado fortificarse en una casa de San Mateo y hostilizar al enemigo con fuego incesante. Aquel puesto tenía una grande importancia por la situación de los ejércitos. Ricaurte lo defendió durante cinco días con tanta sangre fría como fortuna. Sólo contaba con cincuenta hombres y Boves lo asaltó con mil doscientos. Las provisiones se agotaron antes que el valor del intrépido Ricaurte; el hambre hacía murmurar á los soldados, quienes declararon al fin que no podían ya sostener la posición. El joven oficial les ordena entonces que vayan á reunirse al ejército, y se queda solo guardando el puesto. Habiendo cesado el fuego, Boves destacó una partida de los suyos para que fuera á tomarlo. Pero, de repente, estalla una terrible explosión, vuela la casa, los soldados de Boves son lanzados por un volcán, y Ricaurte, que se había ocultado

en un cuarto del piso bajo, con un barril de pólvora, muere sepultado bajo las ruinas de su fortaleza. »

(*L'aide de Camp ou l'auteur inconnu. Souvenir des deux mondes, publiés par Maurice de Viarz. Paris*, 1832, ó sea *Memorias del general Manuel Boergas de Serviez.*)

El general Tomás C. de Mosquera refiere : « Bolívar conservaba tal respeto por la memoria de este valiente oficial, que, con entusiasmo guerrero, nos decía un día : ¿Qué hay de semejante en la historia á la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar la patria, el ejército y á mí, sin más esperanza que el amor á la independencia y á la libertad, es digno de cantarse por un ilustre genio como Alfieri. »

(*Memorias sobre Bolívar*).

Y apareciendo, como aparece, evidente la malévola invención de Peru de Lacroix en este pasaje, ¿qué crédito podemos dar á los demás juicios, puestos en boca de Bolívar, sobre los otros militares granadinos? Peru de Lacroix, cruelmente tratado en Bogotá en 1830, se vengaba ahora también cruelmente de sus enemigos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I. — *Luis Peru de Lacroix* 5

II. — *Testamento de Peru de Lacroix* 9

III. — *Los manuscritos del « Diario de Bucaramanga »* 14

IV. — *Juicios de los historiadores* 21

V. — *Conclusión* 24

DIARIO DE BUCARAMANGA

Segunda parte 35

Tercera y última parte 147

NOTAS 253

CHARTRES. — IMPRENTA GARNIER. — 79-3-12.

Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas
LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF
50, Chaussée d'Antin, 50 — PARÍS

FERNANDO ORTIZ
(Catedrático de la Universidad de la Habana)
LA RECONQUISTA DE AMÉRICA

ADOLFO POSADA
(Antiguo Catedrático de la Universidad de Oviedo.)
PARA AMÉRICA DESDE ESPAÑA

J. VICENTE CONCHA
(Catedrático de Derecho Penal en la Escuela de Derecho de Bogotá.)
TRATADO DE DERECHO PENAL

VENTURA GARCIA CALDERON
DEL ROMANTICISMO AL MODERNISMO
Prosistas y Poetas peruanos

J. A. PÉREZ BONALDE
(Correspondiente de la Real Academia Española.)
CANCIONERO DE H. HEINE

CARLOS A. VILLANUEVA
(Miembro de la Academia de la Historia,
(La Monarquía en América)
BOLIVAR Y EL GENERAL SAN MARTIN
FERNANDO VII Y LOS NUEVOS ESTADOS

IMPRIMERIE HERBERT CLARKE, 538, RUE SAINT-HONORÉ, PARIS.